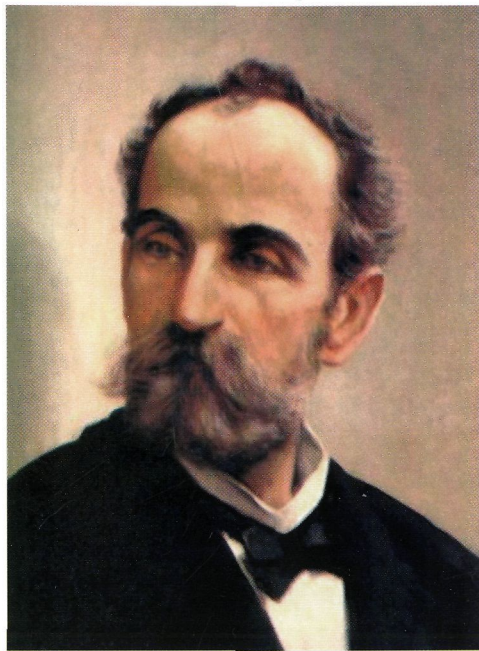


María Caballero Wangüemert

Nº 12

MEMORIA, ESCRITURA,  
IDENTIDAD NACIONAL:  
EUGENIO MARÍA DE HOSTOS



*Prólogo de José Carlos Rovira*

CUADERNOS DE AMÉRICA SIN NOMBRE

Memoria, Escritura,  
Identidad Nacional:  
Eugenio María de HOSTOS



María Caballero Wangüemert

Memoria, Escritura,  
Identidad Nacional:  
Eugenio María de HOSTOS

Prólogo de  
José Carlos Rovira

Cuadernos de *América sin nombre*

# Cuadernos de *América sin nombre*

dirigidos por José Carlos Rovira

Nº 12

## COMITÉ CIENTÍFICO:

Carmen Alemany Bay	Ramiro Muñoz Haedo
Miguel Ángel Auladell Pérez	María Águeda Méndez
Beatriz Aracil Varón	Pedro Mendiola Oñate
Eduardo Becerra Grande	Francisco Javier Mora Contreras
Teodosio Fernández Rodríguez	Nelson Osorio Tejada
Virginia Gil Amate	Ángel Luis Prieto de Paula
Aurelio González Pérez	José Rovira Collado
Rosa M <sup>a</sup> Grillo	Enrique Rubio Cremades
Ramón Lloréns García	Francisco Tovar Blanco
Remedios Mataix Azuar	Eva M <sup>a</sup> Valero Juan
	Abel Villaverde Pérez

El trabajo está integrado en las actividades de la Unidad de Investigación de la Universidad de Alicante «Recuperaciones del mundo precolombino y colonial en el siglo XX hispanoamericano» y en el proyecto «Creación de un corpus textual sobre recuperaciones del mundo precolombino y colonial en los siglos XIX y XX hispanoamericanos y edición digital de los textos sobre el argumento» (MECD, BFF2002-01058).

Los cuadernos de *América sin nombre* están asociados al Centro de Estudios Iberoamericanos Mario Benedetti.

Imagen: Óleo sobre madera de Hostos, pintado por Francisco Oller. Museo de la Universidad de Puerto Rico.

© María Caballero Wangüemert

I.S.B.N.: 84-7908-828-1

Depósito Legal: MU-2016-2005

Fotocomposición e impresión: Compobell, S.L. Murcia

## *Índice*

Prólogo .....	15
Reconocimientos .....	19
Introducción. ....	21
Memoria, escritura e identidad nacional en la Hispanoamérica del siglo XIX .....	21
Lecturas hostosianas .....	27
1. Hostos: el mesianismo romántico .....	37
1.1. La focalización del yo en la "Memoria" de 1874: la autobiografía .....	37

1.2. La biografía de un futuro líder . . . . .	45
1.2.1. Breve itinerario vital . . . . .	45
1.2.2. Contextos sociopolíticos: España y las Antillas	50
—El antillanismo y la confederación antillana . . . . .	55
—Los vaivenes del abolicionismo . . . . .	58
—Del lado de acá: la metrópoli y sus avatares durante el siglo XIX . . . . .	60
1.2.3. Contextos ideológicos: kantismo y neokantis- mo, krausismo, positivismo . . . . .	63
1.2.4. Contexto literario: nace una literatura en Puerto Rico. La metrópoli, entre Romanticismo y Realismo .	69
 2. La biografía textual: el "Diario" y el "Epistolario". . .	 77
 2.1. El "Diario" como espejo y punto de partida escri- tural de "La peregrinación de Bayoán". . . . .	 77
—La lucha titánica en pro de una moral laica . . . . .	78
—¿Por qué escribir un diario? La forja del carácter . .	82
—El itinerario ideológico de un intelectual . . . . .	84
 2.2. La gestación de un político en el "Epistolario" . .	 88
—La intensificación del titanismo romántico . . . . .	92
—El ideal político: del autonomismo a la confedera- ción antillana . . . . .	95

3. “La peregrinación de Bayoán”: del diario a la novela .	101
3.1. El paratexto. La poética de los prólogos . . . . .	104
3.1.1. El prólogo de la primera edición . . . . .	104
3.1.2. El prólogo de la segunda edición . . . . .	109
—El nacimiento de un escritor: las escenas narrativas	110
—El deber de ser un hombre lógico, un hombre completo . . . . .	115
—El deber de abogar por la libertad . . . . .	117
—El arte por el arte frente al libro útil: la escritura como deber y la gloria como poder . . . . .	119
3.2. El paratexto: la "clave" . . . . .	121
3.3. Del paratexto al texto: el título como símbolo del tema . . . . .	122
3.3.1. La peregrinación como viaje iniciático: del caos al orden . . . . .	125
—Imaginación/conciencia . . . . .	127
—Amor/deber . . . . .	129
—Valores del mundo/valores propios . . . . .	131
—La parábola de los dos caminos como alegoría del viaje iniciático. . . . .	135
3.3.2. La peregrinación por la naturaleza. . . . .	138
—La fusión romántica de sentimiento y naturaleza. . .	139



—Espacio real versus espacio como proyección de la mente . . . . .	143
—Campo (utopía)/ ciudad (corrupción). ¿Civilización?.	145
—El caribeño como viajero: simbología del mar y la goleta. . . . .	155
—Las descripciones y su valor simbólico. La dicotomía luz/sombras y su aplicación a personas, acontecimientos y continentes . . . . .	157
3.3.3. La peregrinación por la historia . . . . .	167
—El viaje de Colón, un oxymoron. El cuestionamiento de la conquista . . . . .	167
—El viaje a España, "la Madre Patria", un viaje al sepulcro: "Aquí murió España"... -palabras de Bayoán frente a Cádiz- . . . . .	175
3.3.4. La peregrinación como búsqueda de identidad antillana: colonialismo/liberación . . . . .	182
—El anciano, memoria y profecía de Bayoán-Hostos. La Patria a examen . . . . .	183
—Los nombres de los personajes: una simbología forzada . . . . .	189
3.4. Del paratexto al texto . . . . .	192
3.4.1. El subtítulo y sus implicaciones narratológicas	192
3.4.2. Los modelos literarios: "Werther" y "Ultime lettere di Jacopo Ortis" . . . . .	196

3.4.3. La historia amorosa como subgénero narrativo romántico: lógica de las acciones y caracterización de los personajes .....	207
3.4.4. ¿Un diario que se transforma en novela o una novela que retorna a los cauces diarísticos? Del diario a la tercera persona. De la tercera persona al diario del editor. Focalización y problemas de inserción en el texto .....	219
Conclusiones .....	225
Bibliografía .....	235
a) Obras de Eugenio María de Hostos .....	235
b) Antologías de Eugenio María de Hostos .....	237
c) Estudios sobre Hostos .....	238
d) Otros estudios citados .....	256



*A quienes me apoyaron en la aventura de la cátedra*



## PRÓLOGO

A Eugenio María de Hostos lo debió ver Benito Pérez Galdós hacia 1868 en el Ateneo madrileño. Narra en su episodio nacional *Prim* la represión violenta de una manifestación en la Carrera de San Jerónimo y en la Puerta del Sol, con muertos y heridos, y horas después a un grupo de jóvenes en el Ateneo analizando los incidentes, entre ellos "un antillano llamado Hostos de ideas muy radicales, talentudo y brioso". Sus discursos en el Ateneo fueron memorables y no es extraño por tanto que Galdós se fijase en aquel joven impetuoso, independentista y republicano, que se había afincado en España para estudiar Derecho. Creo que el primer dato de Hostos lo obtuve en aquella lectura juvenil de Galdós.

Luego hubo la sorpresa literaria en Puerto Rico de los veinte volúmenes de su *Obra completa* que aparecían en los estantes de la librería del Instituto de Cultura Puertorriqueña,

amenazantes, con su largo deambular entre la sociología, la historia, la política, la jurisprudencia, la literatura.

Algunos años después asistí, como miembro de la comisión que debía juzgar a los candidatos, a un concurso de Marita Caballero Wangüemert, en donde Eugenio María de Hostos fue broche de investigación de una ya larga trayectoria de trabajos. Lo más que se puede pedir a un acto administrativo es que, quien lo protagoniza, no aduerma sino estimule a los jueces, y eso precisamente me pasó en Sevilla, hace ya tres años, con su disertación, que básicamente es la que hoy tiene el lector en sus manos mediante este nuevo Cuaderno de América sin nombre.

El lector podrá recorrer en estas páginas la producción de una de las figuras más interesantes del pensamiento antillano. Nacido en Mayagüez (Puerto Rico) en 1839, y fallecido en Santo Domingo (República Dominicana) en 1903, su obra densifica una reflexión que tiene que ver sobre todo con el proceso de independencias que se realizan en el área a fines de siglo. La de Puerto Rico, la protagonizada por Hostos, será una independencia de España condicionada por una nueva dependencia de los Estados Unidos que Hostos combatirá en los últimos años de su vida. Pero no es el acontecer histórico el que determina solamente el enfoque de su figura en este libro: su producción literaria abundante, desde sus voluminosos *Diario* y *Epistolario*, condiciona una creación sobresaliente en la novela y documento histórico *La peregrinación*

*de Bayoán* (1863), el texto más antiguo de quien luego deambulará por los caminos de la moral, la pedagogía, el derecho, la sociología en aras de cumplir la reflexión sobre su proyecto histórico antillano.

La autora se ha centrado en la lectura de este primer documento, resaltando su relación con los diarios del autor, quien realiza su primera obra desde una posición autobiográfica que narra el peregrinaje de un americano a España y la iniciación social y cultural que este viaje le depara. Las fuentes culturales de la obra, los modelos literarios de la misma -el *Werther* de Goethe o el *Jacopo Ortis* de Fóscolo entre otros- construyen un camino de tramas recorridas en aras de establecer una indudable densidad cultural de quien buscó la gloria a través de este primer escrito autobiográfico y se encontró con la propia historia personal, enhebrada ya desde entonces a la búsqueda de una patria y a la acción política para conseguirla. La peregrinación de Hostos/ Bayoán adquiere la perspectiva de un "viaje iniciático, travesía del caos al orden en pro de la forja del carácter", y éste viaje es leído instrumentalmente en sus contraseñas personales y en la formación de ideas tempranas que el autor desarrollará siempre a partir de aquí en otras facetas de su amplia escritura.

Viaje por la historia en definitiva es el que se nos propone en las páginas que siguen, una historia de indudable actualidad en la conformación todavía de los dramas y las seguridades del Puerto Rico contemporáneo, de las Antillas como



proyecto histórico y confederal en el que soñó el autor, a quien Rufino Blanco Bombona situaba, en grandeza y dimensión, al lado de "su hermano en ideales" José Martí.

Agradezco a Marita Caballero el que nos haya entregado su libro para estos cuadernos, que pretenden también el rescate de figuras cuyo tratamiento no ha sido tan frecuente en nuestra crítica e historiografía literaria. La lectura de este ensayo sobre Hostos demuestra una lucidez y un rigor que permiten adentrarnos cómodamente en un episodio americano y un autor de largo y seguro aliento.

*José Carlos Rovira*

## *Reconocimientos*

Mi interés por Eugenio María de Hostos le debe mucho a la propuesta que la editorial Archives me hizo, algunos años atrás, para coordinar una edición crítica de *La peregrinación de Bayoán*. Por aquel entonces, viajaba anualmente a la isla para impartir un doctorado de literatura puertorriqueña, en el Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe. Ello me permitió contactar con el Centro de Estudios Hostosianos, en la Universidad de Puerto Rico, sin cuya generosa colaboración este libro no habría visto la luz. Mi agradecimiento a Carlos Rojas, Vivian Quiles-Calderín y Julio César López.



## INTRODUCCIÓN

### *Memoria, escritura e identidad nacional en la Hispanoamérica del siglo XIX*

La búsqueda de identidad en la literatura hispanoamericana parece un dilema imposible de zanjar que agiganta sus proporciones durante el siglo XIX, como consecuencia del fenómeno independentista y la posterior reorganización de lo que hoy son las naciones que configuran Hispanoamérica<sup>1</sup>. La unidad postulada por Bolívar se resquebraja paulatinamente y el conglomerado nacional, todavía sin cuajar su identidad, se ve amenazado por el expansionismo de unos Estados Unidos que tienen a sus espaldas casi un siglo de existencia. Intelectuales como Francisco Bilbao o Torres Caicedo avizoran un peligro que andando el tiempo denunciarán con fuerza Martí, Darío y Rodó.

---

<sup>1</sup> Cfr. Zea, Leopoldo. *Descubrimiento e identidad latinoamericana*. México, UNAM, 1990; y Rovira, José Carlos (ed.). *Identidad cultural y literatura*. Alicante, Instituto de Cultura Gil Albert y Generalitat, 1992.

Los estudios sobre la literatura del siglo XIX hace ya bastantes años vienen enfocándose hacia la búsqueda de identidad. La investigación ha sido desigual pero *grosso modo* podría decirse que se han ido explorado los textos de la primera generación romántica del Río de la Plata, siguiendo las pautas que Echeverría y Sarmiento dejaron en ellos y que críticos como Juan María Gutiérrez o Rodó supieron descubrir muy tempranamente, en parte porque a lo largo del siglo habían venido ventilándose una y otra vez las mismas cuestiones, a saber, cómo hacer posible una cultura que le diera fisonomía a los estados nacionales.

Críticos como Beatriz González Stephan <sup>2</sup> abordaron en los ochenta la difícil tarea de estudiar las historias literarias del XIX como imágenes de unidad nacional. No surgirán hasta la segunda mitad cuando la relativa estabilización de los jóvenes países lo permita y serán obra de los liberales que fabricaron una historiografía literaria para asentar la nacionalidad. Lo hicieron estableciendo un corpus básico de obras y autores, jugando con los binomios que transparentaban las inquietudes de la época y, más en concreto, de su proyecto histórico: estado-escritura, nación-historia, pueblo-literatura... Desde mi punto de vista, eso ha constituido una tercera fase de la revisión crítica

---

<sup>2</sup> En *Fundaciones: canon, historia y cultura nacional. La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*. Madrid, Iberoamericana, 2002.

llevada a cabo por el siglo XX sobre este asunto de la identidad literaria. Porque, previamente, una segunda fase había afectado a la narrativa decimonónica, a esas «novelas fundacionales» —como denomina Doris Sommer a los textos que a mediados del XIX lanzan con fuerza ese género en Hispanoamérica<sup>3</sup>—. Desde ópticas muy diversas —lo rural o lo urbano, el indio o el negro...— testimonian el mundo americano, más allá de temáticas amorosas calcadas de los obligados modelos europeos —Chateaubriand, Saint-Pierre, Lamartine...—. Si vamos a las fechas de escritura, comprobaremos que aparecen entre 1850 y 1870, con la excepción de *Sab* que Gómez de Avellaneda publicará en Madrid en 1841. A pesar de que *La peregrinación de Bayoán* (1863), de Eugenio María de Hostos, entra por derecho propio en esos márgenes no ha sido tratada en el libro de Sommer ni, prácticamente, en ningún otro de este tipo. Es verdad que les separa una diferencia esencial y es el hecho colonial de Puerto Rico. Pero a efectos literarios, esa circunstancia no es tan diversa a la de otros textos, como *Clemencia* (1869), donde Altamirano retrata el México de la ocupación de Maximiliano a mediados de siglo. En ambas subyace la búsqueda de identidad nacional que no contradice la americana.

---

<sup>3</sup> Cfr. Sommer, Doris. *Foundational Fictions. The National Romances of Latin America*. Berkeley, University of California Press, 1993.

Por otra parte, el cuestionamiento por la identidad en el siglo de la emancipación no es sino el corolario de la inquietud que se va generando a lo largo de los tres siglos de la Colonia, en un continente mestizo que, inevitablemente, acabará postulando «la conquista del genio americano» —como dijera Alberdi—. El XIX es un siglo en el que la originalidad literaria se hace programa político, bien sea conservador o liberal. Y así es vivido por muchos de sus intelectuales, hombres públicos comprometidos en tantos casos con la incipiente historia nacional. La crítica del siglo XX ha sido muy receptiva a este asunto que fue abordando en sucesivas calas: la poesía y los manifiestos fundadores, la narrativa, la historiografía nacional... Tal vez haya llegado el momento de recuperar desde esa óptica el corpus de memorias, autobiografías, diarios, epistolarios..., es decir, esa literatura personal que explota ahora con fuerza, condicionada por la peculiar circunstancia nacional. Aquí se engloba este trabajo, al hilo de la crítica contemporánea que, en las dos últimas décadas viene rescatando ese tipo de textos considerados no literarios por la intencionalidad de la enunciación, para releerlos desde parámetros que entrelazan identidad personal y destino de la nación.

He seleccionado un autor, el puertorriqueño Eugenio María de Hostos, y varios de sus escritos entre los que destaca una novela autobiográfica, *La peregrinación de Bayoán*. Los diez años que separan las dos ediciones de la novela (1863-1873), lanzadas en Madrid y Santiago

de Chile respectivamente, configurarán los límites cronológicos del estudio; en consecuencia, también los de la lectura del *Epistolario* —que llegará sólo hasta el 73— y la del *Diario* que se ceñirá a la etapa europea de su autor (Madrid 1866-París 1869). Por fin, estudiaré la *Memoria* (1874), un texto de circunstancias, breve pero con todas las características de la autobiografía

Elijo un personaje como Hostos porque reúne circunstancias que, a mi juicio, lo hacen interesante como objeto de trabajo:

Como Sarmiento, Echeverría y los hombres de la *Generación del 37* es buen ejemplo de *titanismo romántico*: está convencido de que su destino es ser un gran hombre. La vocación de servicio a la comunidad es muy clara y persistente en Hostos quien le supeditará hasta lo más querido, su familia.

Como ellos, es un *personaje público*, con una activa intervención en política. Un ser *itinerante* abocado al exilio con el subsiguiente desgarró interior y la experiencia de los grandes viajeros. Conciencia, sentido del deber, galanura ética... epítetos habituales en la crítica sobre Hostos, se conjugan con sus objetivos, unos objetivos —independencia para su isla y confederación de las Antillas— que sustentan desde dentro la escritura. En ese sentido, como ellos es también un *político* incipiente cuando a sus 24 años publica su única novela. Por fin, como ambos, es un *educador* con un profundo sentido pedagógico heredado de los krausistas españoles.



Pero además, hay una circunstancia que no puede obviarse. Hostos pertenece a una isla que no consiguió la independencia junto al resto de Hispanoamérica, entre 1810 y 1824<sup>4</sup>. Por factores que no vienen al caso, Cuba y Puerto Rico quedan rezagados. Eso supondrá una reiteración vital y textual de la experiencia de los hombres del Río de la Plata, por citar una generación emblemática cuyos escritos —diarios, memorias, autobiografías...— están ahí como telón de fondo para confrontar desde nuestro presente sus vivencias. Personajes tan dispares generan textos cuyo arranque e intencionalidad a veces está en las antípodas pero, curiosamente, con puntos en común: la literatura como instrumento de identidad de las recién estrenadas naciones americanas, o de las que están por venir — como le sucede a Puerto Rico todavía hoy—; como instrumento vindicativo, en el caso de las múltiples autobiografías, memorias...; la implicación del hombre en el medio sociopolítico, una constante de la literatura hispanoamericana; por fin, el bolivarismo como ideal siempre frustrado.

---

<sup>4</sup> Cfr. González, Beatriz; Lasarte, Javier; Montaldo, Graciela y Daroqui, María Julia (comp.). *Esplendores y miserias del siglo XIX. Cultura y sociedad en América Latina*. Caracas, Monte Ávila, 1995.

## *Lecturas hostosianas*

Durante muchos años la crítica sobre el puertorriqueño Eugenio María de Hostos se ha empeñado en delinear los trazos de un personaje épico, pedagogo y político itinerante, cuya cruzada en favor de la independencia y confederación de las Antillas fue faro de su vida. Esa imagen es el resultado del esfuerzo bibliográfico plasmado en biografías y antologías, así como en los primeros estudios sobre al autor y su obra.

En cuanto a las biografías, Antonio S. Pedreira abrió el camino con su tesis doctoral titulada *Hostos, ciudadano de América* publicada en 1932. Al hilo de la conmemoración del centenario de su nacimiento y la publicación de las *Obras Completas* (1939), el dominicano Juan Bosch elabora y lanza su libro *Hostos el sembrador*, una biografía novelada escrita al calor de la admiración por quien trabajó y vivió en su tierra. No en vano su autor es ensayista y narrador reconocido y, en consecuencia su biografía, muy amena, se lee con interés todavía hoy. Le seguirán algunas otras de corte excesivamente hagiográfico. En este concierto de aclamaciones desentona el libro *Hostos según Hostos* (1992), de Argimiro Ruano, filósofo y especialista concienzudo, descubridor y editor de *La tela de araña*, una novela inédita del puertorriqueño, y empeñado en

«humanizar» al héroe. Todo ello ha generado una polémica y el previsible rechazo de sus fieles.

Al filo de su muerte se habían publicado en Santo Domingo las primeras antologías y recopilaciones de textos de y sobre Hostos. Pero serán sus hijos quienes impulsen la tarea: Adolfo de Hostos elabora en el 38 una *Bibliografía hostosiana*, que ampliada y corregida se incluye en su antología *América y Hostos* (1939). A él se debe el mayor esfuerzo por sintetizar la bibliografía durante los primeros cincuenta años del siglo, el *Índice hemero-bibliográfico de Eugenio María de Hostos, 1863-1940*, libro de consulta inevitable todavía hoy<sup>5</sup>. Por su parte, Eugenio Carlos publicará una recopilación de 22 ensayos sobre el prócer bajo el rótulo *Hostos hispanoamericanista* (1952) y una *Antología* del mismo año que reúne otros 44 estudios prologados por Pedro Henríquez Ureña. En 1954 edita en París *Hostos, peregrino del ideal*, 38 trabajos sobre el escritor; y paralelamente recolecta 74 artículos de periódico hostosianos, en *España y América*.

No se trata de citar indiscriminadamente una serie de estudios críticos —para eso remito a la bibliografía—. Sí quisiera comentar que el centenario impulsó las publicaciones concebidas como homenaje, entre las que

---

<sup>5</sup> Los *Cuadernos de Bibliografía Hostosiana* publicados por Christie Capetta Suro en el Instituto de Estudios Hostosianos son, hasta donde conozco, el empeño más completo y actualizado. Cfr. II, 1941-53, (1996); III, 1954-69 (1997); IV, 1970-87 (1997); V, 1988-1990 (1997).

destacaron *Hostos y Cuba* (1939) preparado por Roig de Leuchsenring y *Hostos en Santo Domingo* (1942), de Rodríguez Demorizi. Un poco más tarde se suma Argentina con la antología de José Forgione, *Eugenio M. de Hostos. Páginas escogidas* (1952). Por fin, en los ochenta y con motivo de la creación del Instituto de Estudios Hostosianos en la Universidad de Río Piedras (Puerto Rico), se produce un auténtico boom en este sentido, comenzando por la edición de una nuevas *Obras completas*, de las que hasta ahora han aparecido más de diez volúmenes. La labor coordinadora corresponde a Julio César López y Vivian Quiles-Calderín que dirigen un nutrido grupo de investigadores. El *Primer Encuentro Internacional sobre el Pensamiento de Eugenio María de Hostos*, celebrado en la Isla del 2 al 7 de abril del 89 y cuyas actas fueron publicadas bajo el título *Hostos: sentido y proyección de su obra en América* (1995) fue uno de sus primeros frutos y dio solidez a los estudios. Las antologías de los ochenta en adelante completan y actualizan la bibliografía: *Los rostros del camino* (1995), coordinada por Julio C. López quien ya había publicado una *Obra literaria selecta* en el 88; las *Visiones sobre Hostos*, de Maldonado Denís del mismo año; así como los *Textos, Una antología general*, que José Luis González publicó en la U.N.A.M. de México en el 82 ponen en manos del lector el corpus para trabajar con una cierta dignidad sobre el autor puertorriqueño.

«Personaje épico, pedagogo y político itinerante»... así le define mayoritariamente la crítica —decía—. Siempre interesó el político, el autor de la *Moral*, de la *Sociología*... Los textos de juventud o el *Diario*, cuyos primeros fragmentos no vieron la luz hasta el 39 por motivos familiares entre los que priman su “no literariedad”, quedaron descolgados. Incluso desde la óptica del político y hombre de acción, una obra como *La peregrinación de Bayoán* no sería sino la novela simbólica de la futurible y deseada unidad de las Antillas; un texto al que la personalidad de su autor viste de tintes políticos.

¿Valores literarios? En realidad —dirán los críticos— no son tales porque un hombre como Hostos, entregado a empresas épicas, desdeña la literatura.

¿Valores formales? Nunca tuvo sentido perseguirlos en un texto concebido desde esos parámetros. En consecuencia, no se resalta el diario como cauce escriturario, ni se habla de la presencia de un editor en el texto que, en determinado momento, se convierte en un personaje más. Es decir, no se realiza un auténtico estudio de lo que es el entramado textual, *aprioris* aparte. De hecho en el XIX, aparte de los juicios de Nombela en *Impresiones y recuerdos*, la valoración más completa la realiza el propio autor en el prólogo a la segunda edición chilena (1873).

Los pronunciamientos habituales fluctuaban entre dos polos: la crítica laudatoria en el vacío, o la calificación como novela frustrada lo que, a su vez, podía tener una doble lectura: o se trataba de los límites propios de una obra primeriza o, por el contrario, el lector topaba con algo querido por un escritor a quien no le interesaba la literatura. Es interesante, en este sentido, recoger la opinión de Pedreira:

«*La peregrinación de Bayoán* ni es novela, ni es poema, aunque sí es obra político-social. Lo que gana en social y en política, lo pierde en novela y en poema. Como ya hemos dicho en otra parte de este libro consiste en un largo y tendencioso relato en forma de diario que el Gobierno español confiscó apenas iniciada su circulación»<sup>6</sup>

Así las cosas, el siglo XX comienza tímidamente a bucear en estas páginas, recordando que Hostos no es sólo el autor de *La peregrinación de Bayoán*, sino el de interesantes *Diarios* y un inmenso *Epistolario*. Se tiende, entonces, a establecer las relaciones ideológicas entre los escritos del corpus y se comprueba la comunidad de intereses, las finas redes que los entretejen. Eso sí, siempre desde la perspectiva

---

<sup>6</sup> Pedreira, Antonio S. *Hostos, ciudadano de América*, citado por *Visiones sobre Hostos*. Selección, prólogo y notas de Manuel Maldonado Denis. Caracas, Ayacucho, 1988, p. 102.

sociopolítica, la del hombre que persigue un ideal: la libertad y subsiguiente confederación de las Antillas. Teniendo en cuenta que *La peregrinación...* es obra primeriza, habría que estudiarla como núcleo incipiente de lo que va a ser la doctrina de toda una vida. Ahí radicaría su valor, en su calidad premonitoria, en los atisbos de ideal del gran hombre. Estas son las coordenadas que rigen cuando en 1939 y al calor de las celebraciones en el centenario de su nacimiento, aparece en La Habana la edición de sus *Obras completas*.

La crítica de los últimos quince años va más allá invirtiendo planteamientos. Para ello vuelve los ojos al *Diario*, al momento en que en vísperas de la fallida invasión de Cuba (28 de abril de 1875) que Hostos siguió de cerca, hace recuento de sus publicaciones señalando varios textos narrativos: *La novela de la vida* (1859), de la que hoy queda un primer capítulo; *La resurrección social o memorias de un hombre cautivo en las islas de Palaos* (memorias desaparecida); *La tela de araña*, según el autor escrita en quince días para un concurso de la R.A.E. (encontrada en la Biblioteca Nacional española y editada por Ruano en el 92) y *La peregrinación de Bayoán* (1863) denominada «poema-novela en prosa» y que —siempre según el escritor— «es una exposición desnuda de una conciencia en desarrollo».

A la vista de todo, la crítica da un vuelco radical para presentar a un Hostos que, en esa búsqueda de cauces

expresivos para sus inquietudes sociopolíticas, recalará en el *Diario*, la forma textual que se agiganta y constituye en eje a partir del cual construirá en el futuro. En efecto, Ernesto Álvarez se aventura a proponer que «*La peregrinación de Bayoán* constituye el primer tomo de los *Diarios* de Hostos publicados»<sup>7</sup>, dada su estructura diarística. Pero además recurre al listado de obras de 1875 —verdadero testamento literario— donde el puertorriqueño señala «el *Diario de mi vida* empezado a los 18 años (circa 1857), con objeto de estudiarme a mí mismo, dominarme, mejorarme y proceder según conciencia»<sup>8</sup>. Y sigue reseñando *La sonda* (también diario), con un título tan gráfico que no deja lugar a dudas de su propósito cuasinaturalista: sondear las profundidades del alma propia. Esta tesis concuerda con los atisbos de Gabriela Mora<sup>9</sup> y José Juan Beauchamp<sup>10</sup>. Hostos habría ensayado después el esquema narrativo realista/naturalista, sin éxito, por lo que deja a un lado moldes que -piensa- no son los

---

<sup>7</sup> Álvarez, Ernesto. Introducción a *La tela de araña. Obras Completas (Edición crítica)* Vol. I. Literatura. Tomo IV. Transcripción, revisión y anotaciones por Vivian Quiles-Calderín, con la colaboración de Julio César López y Ernesto Álvarez. San Juan de Puerto Rico, Instituto de Estudios Hostosianos y Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1997, p. 23.

<sup>8</sup> Hostos, Eugenio María de. *Diario II*. San Juan de Puerto Rico, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1969 (facsímil de la edición cubana de 1939), p. 209.

<sup>9</sup> Cfr. *Hostos intimista: introducción a su diario*. San Juan de Puerto Rico, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1976.

<sup>10</sup> En su libro *Hostos novelista. Estética y psicología en «La peregrinación de Bayoán»*. Río Piedras, Edil, 2000.



suyos y retorna a su actividad diarística nunca abandonada. Y destina al ensayo sociológico la empresa de plasmar su doctrina e ideario. No hay que olvidar que *La peregrinación...* se escribió en España y a la temprana edad de 24 años. El joven desarrollará una fecunda labor pedagógica, sobre todo en Santo Domingo y Chile, amén de otras preocupaciones con las que recorrerá el planeta.

En consecuencia, mi trabajo tendrá en cuenta varios frentes:

Delinear un mínimo acercamiento biográfico —ya que es un escritor bastante estudiado desde el punto de visto sociopolítico— con especial incidencia en sus años formativos que afectan a *La peregrinación...* Para lo que me apoyaré en su único intento autobiográfico, redactado en Nueva York (1874) y hoy publicado bajo el rótulo *Memoria* como primera parte de su *Diario*.

Establecer relaciones entre esta obra primeriza, embrión de otras futuras, y el *Diario/Epistolario*.

Abordar la poética de los dos prólogos de la novela, que habrán de ser cotejados con declaraciones posteriores del autor. Es decir, atender al punto de vista del escritor manifestado en el paratexto, a fin de saber por qué y con qué sentido utiliza Hostos la ficción y confrontarlo después con la crítica contemporánea. Estudiar —siempre dentro del paratexto— las implicaciones del título a la hora de evaluar la obra como libro de viajes y novela simbólica: peregrinación

interior, con sus corolarios imaginación/conciencia, amor/deber... Y huida de la civilización en cuyo marco resulta muy operativa la dicotomía de cuño romántico campo-utopía paradisíaca/ciudad-corrupción. Las continuas referencias al viaje de Colón se insertan a modo de oxymoron.

Un eje importante es el de la búsqueda de identidad antillana, todavía muy nebulosa en esta obra. Hostos eligió nombres antillanistas para sus personajes, que remiten a una incipiente tesis de confederación caribeña. Además existen varios núcleos temáticos que pueden explicarse desde esa óptica: el anciano patriota que muere en el barco y, sobre todo, la historia de amor entre Bayoán y Marién verdadero núcleo novelesco con categoría de novela romántica equiparable a la antológica *María* de Jorge Isaacs, y sustentada en la contraposición amor/deber.

Intentar definir el género —¿novela ensayo?, ¿novela romántica de cuño amoroso?, ¿novela diarística?, ¿novela autobiográfica?— o estatuto de *La peregrinación...*, partiendo de la caracterización de Hostos en su *Diario*. Desglosar, a continuación, la estructura de esta primera novela y buscarle modelos europeos -Byron, Foscolo o el *Werther* de Goethe-. Estudiar, asimismo, los antecedentes en España y Puerto Rico; lo que, de hecho, supondrá analizar los contextos literarios, filosóficos e ideológicos, a veces entreverados —romanticismo, positivismo o krausismo—.

Y todo ello desde unos presupuestos: *La peregrinación de Bayoán* no es una novela política, sino la novela de una crisis, de una búsqueda de identidad más amplia que tiene su correlato y continuación en los *Diarios* de su protagonista.

## 1. Hostos: el mesianismo romántico

### 1. 1. La focalización del yo en la «Memoria» de 1874: la autobiografía

El 24 de mayo de 1874 el puertorriqueño Eugenio María de Hostos, infatigable luchador por la libertad de las Antillas, abandona provisionalmente Sudamérica para preparar en Nueva York el que cree golpe definitivo al imperio español en Cuba. Urgido por el tiempo y ante la inminencia de una posible muerte, redacta apresuradamente unas notas que hoy abren sus *Diarios*. La edición que utilizo<sup>11</sup> separa como prólogo estas apretadas líneas que constituyen una especie de testamento autobiográfico. Por eso —dirá— porque «la

---

<sup>11</sup> Hostos, Eugenio María de: *Diario (1866-1869). Obras Completas (Edición crítica)*. Vol. II. Tomo I. Ed. rev. por Julio César López y Vivian Quiles-Calderín, con la colaboración de Gabriela Mora y Pedro Álvarez Ramos. Pról. Gabriela Mora. San Juan de Puerto Rico, Editorial del Instituto de Cultura Puertorriqueña y Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1990. En adelante se citará en el texto por esta edición. Gabriela Mora advierte que el encabezado *Memoria* es de su cosecha, para evitar equívocas al lector. La edición del 39 rotulaba *Diarios*.

vida a que se refieren se dirige lógicamente hacia su fin, urge el momento de presentarla»... (p. 127). Y lo hace en tercera persona, por contraposición a la primera, propia del diario, que el puertorriqueño utilizará sistemáticamente en el suyo. Se trata de hacer recuento, de evaluar «si el nombre de Eugenio María de Hostos ha de pasar a la historia o ha de quedar en la rebelde oscuridad que lo ha perseguido en el curso agitado de sus días» (p. 111). No obstante, no importan tanto fama u olvido, como la seguridad aplastante que el escritor tiene en sí mismo a estas alturas de su vida. Y ello le lleva a concluir desde el primer párrafo de su escrito:

«Pero, recompensado por la historia u olvidado por los hombres, su vida será un ejemplo y una lección severa que importa dar a las generaciones que se forman en la América Latina» (p. 111).

Palabras tan claras y rotundas se inscriben en la estela ciceroniana de la «historia como maestra de la vida» y anuncian al futuro lector el mesianismo romántico del que está imbuido un hombre cuya vida ha sido una constante búsqueda del ideal. Un ideal apuntalado en el cumplimiento del deber, nebulosamente entrevisto al principio pero que, poco a poco, se perfilará como deber político —la independencia de las Antillas— sin abandonar nunca

las raíces morales, tronco del que irán surgiendo las distintas ramificaciones.

Las páginas autobiográficas se abren —y se cierran, en realidad— con la infancia<sup>12</sup>. Para ello, el narrador se retrotrae mediante la narración doblemente analéptica a los orígenes paternos para sentar una genealogía<sup>13</sup>. Una genealogía en la que la madre pertenece a una clase social ligeramente superior de origen dominicano, y el padre, de ascendientes cubanos, deberá afrontar múltiples trabajos hasta llegar al puesto administrativo que le permita estar a su altura. Mientras tanto pasan los años cuajados de hijos y privaciones. Para el Hostos narrador, es importante presentarlo así porque el padre será el modelo ético sobre el que tejerá su vida, como podrá observarse a través de las cartas cruzadas entre ambos a lo largo de los años.

Al hilo del mesianismo romántico, el texto establece un paralelismo laico con el Salvador de la humanidad: como el Niño de Belén, Hostos será la luz de las gentes. Recurso retórico osado, muy del contexto laico y positivista de la época. Pero, además, una enfermedad

---

<sup>12</sup> Ello es habitual en las autobiografías. Cfr. al respecto, Dufief, Pierre-Jean. *Les écritures de l'intime de 1800 à 1914. Autobiographies, Mémoires, journaux intimes et correspondances*. París, Bréal, 2001; Kohan, Silvia Adela. *De la autobiografía a la ficción. Entre la escritura autobiográfica y la novela*. Barcelona, Grafein, 2000.

<sup>13</sup> También eso es parte del código desde las *Confesiones* agustinianas. En Hispanoamérica el procedimiento se agiganta en *Recuerdos de provincia* (1850), la autobiografía del argentino Sarmiento, cuya primera parte glosa las hazañas de sus ilustres antepasados.

que le pone al borde de la muerte en su infancia se salda con la repentina y milagrosa curación. El relato del suceso utiliza la misma simbología: «Eugenio María, aquel hijo de los días oscuros, estuvo a punto de retornar a la oscuridad»... (p. 119), pero «...se levantó, y los padres cariñosos, viendo en aquella casi *resurrección* una confirmación de las extrañas esperanzas de la noche oscura, se dijeron con regocijo supersticioso: ¡*Este niño ha nacido para algo!*»... (p. 119) <sup>14</sup>. Salvado de la amenaza mortal —como el Niño Jesús, de la matanza de los inocentes, como Moisés rescatado de las aguas...— se abrirá a un destino glorioso. Sin embargo el narrador adulto, ya curtido en la dureza de la vida, concluye: «Había nacido para algo, para conocer el abismo de dolor que es la existencia y para descender impávidamente hasta los rincones más tenebrosos de ese abismo» (p. 119). Destino más que glorioso, trágico y por ello consagrado por la inmortalidad. Plutarco y sus *Vidas paralelas*... Augusto y los signos extraordinarios que le rodean... el gran hombre nace marcado y se da a conocer entre fenómenos paranormales. Tal vez por eso, al comentar esta *Memoria*, Ruano la acota bajo el epígrafe «biografía poco feliz» y añade:

«Fatalidad, causalidad, angustia, interrupciones emotivas, abundancia del superlativo, todo lo

---

<sup>14</sup> El subrayado es mío.

temperamental hace acto de presencia en sus páginas. Sobre todo la melancolía, y a partir de la *noche triste, lluviosa y sombría en que Eugenio María de Hostos vino al mundo*. Esta confesión es ya una proyección de tristes experiencias posteriores acumuladas sobre el día en que vio la luz»<sup>15</sup>.

De los recuerdos en torno a padres y hermanos en la casa familiar y al breve episodio de convivencia en el campo con los abuelos, se desglosan los rasgos de carácter del futuro ciudadano, su propensión a los sueños, al mundo ideal. De momento, el niño muestra una precoz tenacidad, impaciencia e inusitada pasión por la justicia. El educador que ya es Hostos cuando escribe estas líneas se plantea cómo chiquillos de edades semejantes reaccionan de forma diversa ante episodios desagradables, tratando de encontrar la génesis de su carácter. Porque en el niño conviven gérmenes positivos y negativos, que se abrirán a tipos humanos opuestos en el porvenir. Entre los recuerdos de aquella edad ocupan lugar privilegiado las referencias entrañables a padres y hermanos, algunos ya muertos cuando escribe estas páginas por lo que la sensibilidad se dispara: Engracia fue su primera protectora; Eladia, la personificación de

---

<sup>15</sup> Ruano, Argimiro. *Hostos según Hostos*. Mayagüez, Puerto Rico, Ediciones Sesquicentenario, 1992, p. 116. En las autobiografías, la distancia temporal va teñida de nostalgia, desaliento... implica una relectura de la propia vida que nunca es inocente.



la dulzura; Carlos, «su protegido, su rival, su víctima, su verdugo»... Y, desde luego, la madre siempre su asidero, su modelo de mujer... «la fecha decisiva en que la sombra y la penumbra le envuelven la conciencia es la de la muerte de su madre» —dice Ruano comentando la *Memoria*—. Por ello catorce años después del fatal acontecimiento se lamenta todavía: «Allí mismo empezó mi nueva vida. Allí mismo empezó la realidad. Allí mismo se abrió este largo periodo de amarguras» (p. 116).

Junto al núcleo familiar, otro tema destacable por la impronta que imprime en el niño será el descubrimiento del mar. Mar que fascina con su oleaje y previsiblemente se transforma en símbolo de su vida. No en vano, *La peregrinación de Bayoán* será una travesía por el mar Caribe y el océano Atlántico; pero también una travesía simbólica por el mar de la vida tan glosado por los poetas, una travesía de iniciación enfocada al descubrimiento del amor y la patria con su primitivo conflicto aún por resolver. De alguna manera, ahora, en este recuento autobiográfico que lega a la posteridad en 1874 lo reconoce así:

«La vista del mar y el estruendo del oleaje sobre la playa solitaria y silenciosa fue una impresión tan viva, tan solemne a la par que tan incitante, que nunca ha podido después, en plena mar, en playas distantes, en horas de nostalgia, en angustias secretas

de su pensamiento o de su sensibilidad, ver aquel espectáculo, oír aquella tragedia del océano, sin volver mentalmente a la hora primera en que conoció severo y violento el mar que desde lejos le había parecido risueño y bonancible. Así su vida. Vio desde lejos un ideal esplendoroso y lo buscó. De cerca, estaba lleno de tempestades y de dolores, de oscuridades y de angustias» (p. 128).

Aunque pudieran parecer notas marginales, las páginas de la *Memoria* dejan caer cargas de profundidad contra el colonialismo, sistema que durante siglos —dice— ha sido incapaz de generar cultura o bienestar social y que obstaculiza la libertad. Por ello, su ideal se concretará en la petición de libertad para el archipiélago caribeño, del que sólo Santo Domingo era independiente cuando el escritor comienza su cruzada. Ese joven, que aprendió de su padre que la fe en el trabajo es capaz de sobreponerse a dificultades tremendas como la ruina —y éste es un episodio más de titanismo familiar—, aplicará a su propia vida el ejemplo y lo proyectará después a los que le rodean e incluso a generaciones venideras. Será un luchador incansable, capaz de sacrificios sin fin por la patria en el sentido más amplio de la palabra. Es interesante ver toda la evolución ideológica al respecto en las páginas del *Diario* y en las distintas cartas que hoy constituyen su *Epistolario*. De ellas habría que destacar al menos dos

dirigidas a su padre durante 1874 -el mismo año en que escribe su *Memoria*- y que traigo aquí porque insisten en el titanismo y la desgracia que persigue al hombre de ideal. La primera es de 29 de abril y cincela su retrato moral. La segunda, de 14 de septiembre, es un documento de gran magnitud respecto a los asuntos que se han venido reseñando. Se agiganta el tema familiar, el dolor ante el sacrificio impuesto a los suyos y la amargura ante la posible incomprensión. ¿Responsables? Las circunstancias y en concreto la situación colonial, porque —dice— «...nuestra desventura y la tragedia de nuestra vida no son tanto la obra de nuestros errores cuanto del tiempo y del país en que nos hemos visto encerrados (...), en una sociedad como la colonial (...) en donde la recompensa que se da a los que todo lo sacrifican por el bien de la patria es el abandono en que vive una familia»<sup>16</sup>. Impotente, incomprendido hasta por su mismo padre cuando sólo desea el bien de los suyos —familia y patria—, recurre una vez más al titanismo romántico: es un mártir de la causa al que le será negada la vistosa corona del martirio... Las reiteraciones y paralelismos anafóricos y el recurso al tópico de la falsa modestia crean en el texto un personaje dramático, alter ego del joven puertorriqueño ya agotado a sus treinta y cinco años y que semeja un viejo perseguido por el *fatum*

---

<sup>16</sup> En *Los rostros del camino (Antología)*. Selección y prólogo de Julio César López. San Juan de Puerto Rico, Instituto de Culturas Puertorriqueña, Instituto de Estudios Hostosianos y Universidad de Puerto Rico, 1995, p. 118.

griego. Pero ¿quién se esconde tras esa máscara y cuáles son los acontecimientos a los que se refiere, cinceladores de su irreductible personalidad?

## *1. 2. La biografía de un futuro líder:*

### *1. 2. 1. Breve itinerario vital.*

Eugenio María de Hostos (1839-1903) nace un once de enero en el barrio Río Cañas de Mayagüez (Puerto Rico). Por el lado paterno, su familia proviene de españoles radicados en Cuba y que finalmente se establecieron en Puerto Rico. Por el materno, descende de dominicanos que emigran a la isla vecina a raíz de las luchas independentistas. Es el quinto de ocho hermanos que fueron desapareciendo paulatinamente —de hecho, cuando publica su novela ya han muerto tres hermanos, una hermana y su madre; y cuando él muere, sólo queda viva su hermana Rosa—.

En 1847 accede a los estudios primarios en el Liceo San Juan de Mayagüez que completará con otros en el Liceo de Jerónimo Gómez de Sotomayor en San Juan; pero ya en 1852 lo encontramos en España, cursando su bachillerato en el Instituto de Segunda Enseñanza de Bilbao. El bajísimo nivel de la enseñanza local obligaba a las familias que podían permitírselo a enviar sus hijos a la metrópoli. En el 54 volverá a la isla donde termina su cuarto curso de latinidad en el Seminario de San

Ildefonso (San Juan). Retorna a Bilbao en el 55 y finalmente pasa a Madrid en el 58 para ingresar en la Universidad Central. De hecho se matricula en las Facultades de Derecho y Filosofía y Letras, carreras que abandonará enseguida. En el 59 y 62-63 realizará sendos viajes a Puerto Rico por motivos familiares, con el subsiguiente retorno a la metrópoli. Será allí donde publique *La peregrinación de Bayoán* (1863) y donde comience a señalarse por sus intervenciones públicas.

Desde el 63 miembro de la Sociedad Abolicionista y del Ateneo de Madrid, vivirá a fondo la política capitalina como expone con sinceridad en el diario y el epistolario, dedica sus esfuerzos a liberar a la propia metrópoli de sus males ocasionados por gobernantes ineptos o corruptos, reivindicando al principio la autonomía para su isla. El 68 marca la divisoria en sus expectativas: su apoyo a la revolución septembrina, que le encontrará viajando hacia París para entrevistarse con Castelar, va seguido de una gran decepción al convencerse de que los republicanos no favorecerán la causa colonial. En ello tuvo su peso el subsiguiente *Grito de Yara* lanzado en una Cuba insurrecta el diez de octubre del mismo año. En consecuencia, el veinte de diciembre pronuncia un famoso discurso en el Ateneo madrileño, en contra de la política de España en el Caribe; discurso que refrenda la franca ruptura y el derrumbamiento de sus ideales. Por el diario y el epistolario pueden seguirse sin dificultad las relaciones

y entrevistas con personajes de la política metropolitana y las alternativas que baraja durante esta época. Propuesto por el Partido Liberal de Puerto Rico como candidato a Cortes por Mayagüez, se entrevista con el jefe del Gobierno provisional, general Serrano, a quien dirigirá sin éxito su solicitud de autonomía para las Antillas.

Prácticamente aquí termina su etapa europea y se inicia una larga, itinerante y fructífera vida americana: Nueva York será el centro de operaciones de quienes ya promueven públicamente la independencia de Cuba y Puerto Rico. Hacia allí se dirigirá nuestro hombre entrevistándose con su compatriota el abolicionista Betances quien, por cierto, le acogió con cierta frialdad por desconfiar de quien intentó primero la vía conciliadora del autonomismo. Miembro de la Sociedad de Auxilios a los Cubanos, de la Sociedad de Instrucción de la Liga de Independencia y de algunos otros foros, abre un largo periplo suramericano por Perú, Chile, Uruguay, Argentina y Brasil (noviembre del 70-marzo del 74). Por el epistolario sabemos de su intensa actividad política, siempre en torno a las asociaciones independentistas cubanas, más numerosas y mejor organizadas de cara a estos ideales.

En esta etapa intensificará lo que fue su medio de vida habitual, el trabajo en los periódicos. Ya lo había hecho en el neoyorquino *La Revolución* y había fundando además *La Patria* (1871) en Lima, y *Las Tres*

*Antillas y Los Antillanos* (1875) en Puerto Plata (República Dominicana). Pero sus intereses profundos estaban dirigidos a la educación y la política, es decir, el apoyo a la revolución, independencia y posterior confederación de las Antillas. Son significativos al respecto sus viajes a Nueva York en el 74 pasando por Buenos Aires, Río de Janeiro y Saint Thomas; o en el 76 para redactar el programa de la Liga de los Independientes. Mucho más meritorio fue el que realizó en 1898, puesto que implicaba un corte radical con la vida familiar, por fin asentada y feliz en Chile. En efecto años atrás, el nueve de julio de 1877, se había casado en Caracas con la cubana Belinda Ayala, de la que tendrá seis hijos y con la que será feliz. En 1898 rompe con su vida cotidiana urgido por su patriotismo: so capa de cumplir el encargo del gobierno chileno de estudiar los Institutos de Psicología Experimental de los Estados Unidos, embarca en Valparaíso rumbo a Panamá abriendo un nuevo periplo de actividad política. Llega a Caracas y, comisionado por los emigrados cubanos y puertorriqueños de Colombia y Venezuela, parte hacia Nueva York, donde fundará la Liga de Patriotas, de la que es elegido presidente. Se dirige después a Puerto Rico, estableciendo en Juana Díaz el Primer Capítulo de esa Liga. Sus coterráneos le escogen —junto a Manuel Zeno Gandía, Rafael del Valle y Julio J. Henna— para formar parte de la comisión puertorriqueña que planteará sus reivindicaciones en Washington al presidente McKinley (21 de enero del 99).

Dos son los países que reclaman a Hostos como propio: Chile y Santo Domingo. En ambos incardinó su vida cotidiana. Llega a Chile en diciembre del 71 y vivirá allí año y medio, entre Santiago y Valparaíso; tiempo suficiente para crear la Sociedad de Auxilios para Cuba. Esta primera estancia en Chile es importante por el despliegue de actividad literaria: gana un premio por su *Memoria para la Exposición Nacional de Arte e Industrias*, publica su biografía sobre *Plácido*, su *Ensayo crítico sobre Hamlet* y unas conferencias sobre la educación científica de la mujer, bastante progresistas. Asimismo lanza una segunda edición (corregida y aumentada) de *La peregrinación de Bayoán* (1873). Índice del prestigio alcanzado fue su nombramiento como socio de la Academia de Bellas Letras de Santiago. Su segunda estancia chilena —país al que venía siendo invitado de nuevo desde el 85— se abre a comienzos del 89. Rector del Liceo de Chillán (1889-1890) y del Miguel Luis Amunátegui (1890-1898), redacta su *Reforma de la Enseñanza en Chile y Reforma del Plan de Estudios de la Facultad de Leyes* y colabora con Letelier y Bañados Espinosa en la *Reforma para la Enseñanza del Derecho*. Vendrán después una *Gramática general* (1890), su *Crisis constitucional de Chile* (1891), *Ensayo sobre la historia de la lengua castellana* (1894) y una *Historia de la civilización antigua* (1894).



Por lo que se refiere a Santo Domingo, se establecerá en marzo del 79: fundará la primera Escuela Normal del país y realizará durante nueve años una honda labor cívica y educativa que a veces choca con la política oficial. Labor apoyada en grandes amigos como Henríquez y Carvajal o Salomé Ureña... y ensombrecida por el ascenso al poder en 1887 del dictador Ulises Heureaux que le decide a partir. En consecuencia, acepta la petición del presidente chileno Balmaceda para regresar a Chile a principios del 89, no sin antes publicar sus *Lecciones de Derecho Constitucional* (1887) y su *Moral social* (1888). Volverá a la isla caribeña el 6 de enero de 1900 aprovechando el nuevo gobierno de Horacio Vázquez y será nombrado Inspector General de Enseñanza Pública y Director de la Escuela Normal. Dictará una serie de conferencias sobre *sociología* publicadas póstumamente por sus discípulos <sup>17</sup>. Allí morirá el 11 de agosto de 1903.

## ***1. 2. 2. Contextos sociopolíticos: España y Las Antillas.***

Esta apretada síntesis que no le hace justicia deja entrever, no obstante, la implicación sociopolítica del

---

<sup>17</sup> Entre otros, Pedro Henríquez Ureña quien en su artículo «La sociología de Hostos» —incluido hoy en *La utopía de América* (Caracas, Ayacucho, 1989)— llevará a cabo un entusiasta homenaje a quien denomina *Mi maestro Hostos*.

puertorriqueño desde sus primeros años españoles. Siendo un joven estudiante sin medios ni relaciones —y en el *Diario* se echa de ver la humillante pobreza en que vive— toma conciencia de la marginación colonial de las Antillas y, dentro de ellas, de la insignificancia de Puerto Rico frente a una Cuba, rica, incomparablemente más culta y centro político del Caribe con su Capitanía General... etc. No obstante, la lucha de Hostos será una lucha por la libertad en el sentido más amplio del término. Ya en el *Diario* queda claro cómo no tiene de entrada un proyecto independentista, al contrario del cubano Martí <sup>18</sup>, sino que ofrece con generosidad su persona al servicio de lo noble y justo allí donde estuviere, inclusive España.

En las Antillas no habían faltado intentos independentistas entre 1808 y 1826, es decir, en fechas paralelas a los levantamientos del continente. Puerto Rico tuvo también su intentona fraguada al calor de la independencia de Venezuela: la denominada conspiración de San Germán de 1811, en la que participaron relevantes familias del lugar como los Ramírez o los Quiñones. Pero, por una serie de circunstancias —por ejemplo la utilización de los puertos isleños como base de los proyectos españoles de

---

<sup>18</sup> Para los puntos de contacto y desencuentros entre ambos próceres, cfr. Ferrer Canales, José. *Hostos y Martí*. San Juan de Puerto Rico, Instituto de Estudios Hostosianos, Universidad de Puerto Rico y Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, 1990.

reconquista dependiendo de la Capitanía general de Cuba<sup>19</sup> — no hubo éxito. En los años venideros, Puerto Rico apenas si plantea problemas a sus autoridades<sup>20</sup> y en absoluto puede compararse con Cuba, de la que vivía a remolque en su condición de provincia de Ultramar, con unos 160.000 habitantes, en su mayor parte a niveles de subsistencia. Los peninsulares controlaban el comercio y la población, predominantemente rural y dispersa, se caracterizaba por su talante pacífico, dócil, e incluso apático. La educación, también la religiosa, era muy deficiente.

Cuando Fernando VII restablece el absolutismo en 1814 y se aprueba la Constitución que reconoce a la isla como una provincia más de la nación española, no puede hablarse todavía de ideas independentistas. El Trienio liberal (1820-1823) trajo consigo la ley de libertad de imprenta y la supresión de la Junta de Censura; incluso hubo algunos levantamientos en Cuba, como el famoso complot de «los soles y rayos de Bolívar» dirigido por José Francisco Lemus y apoyado por la intelectualidad en el exilio: es el caso del poeta Heredia o del presbítero Félix Varela. Hacia 1830 surge

---

<sup>19</sup> Cfr. Sánchez-Arcilla Bernal, José. «Apuntes para el estudio de la Capitanía General de Cuba durante el siglo XIX», en *Cuba, Puerto Rico y Filipinas en la perspectiva del 98*. Curso de verano de El Escorial, dirigido por Demetrio Ramos y Emilio de Diego. Madrid, Universidad Complutense, 1997, pp. 163-214.

<sup>20</sup> Cfr. Sevilla Soler, María Rosario. *Las Antillas y la independencia de la América española (1808-1826)*. Madrid- Sevilla, C.S.I.C y Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1986.

todo un grupo de patriotas liberales, entre los que se encuentran José Antonio Saco, Domingo del Monte y José de la Luz Caballero<sup>21</sup>. Son abolicionistas<sup>22</sup> y mantienen una actitud ambivalente, incluso anexionista, hacia Estados Unidos, que en la segunda mitad del siglo irá derivando hacia el independentismo sustentado en la prensa. Por fin, la figura de Martí aunará esfuerzos desde el exilio neoyorquino.

El andamiaje sociopolítico que ligaba a los isleños con la metrópoli era muy inestable. En 1837 se había privado a los antillanos de voz y voto en las Cortes, lo que caldeó los ambientes sensibilizados con lo autóctono en el despuntar del romanticismo. Hacia 1860 el gobernador Echagüe, recién llegado al país, se lanza a perseguir a todo aquel que oliera a liberal en un momento de regresión económica. Confluyeron entonces los intereses de Estados Unidos —que importaba más del 40% de los productos puertorriqueños— y el proteccionismo español contrario a los intereses de los hacendados antillanos. Un cocktail explosivo. En 1861 estalla la guerra secesionista entre el norte y el sur de Estados Unidos; Betances y Ruiz

---

<sup>21</sup> Cfr. Llorens, Irma. *Nacionalismo y literatura. Constitución e institucionalización de la República de las letras cubanas*. Lleida, Asociación Española de Estudios Literarios Hispanoamericanos y Universitat de Lleida, 1998.

<sup>22</sup> Cfr. para toda esta introducción Rama, Carlos M. *Historia de las relaciones culturales entre España y la América Latina. Siglo XIX*. México, Fondo de Cultura Económica, 1982, especialmente el cap. V «Cuba y Puerto Rico en el siglo XIX», pp. 199-240.

Belvis activan el abolicionismo. Y, culminada la guerra americana, se promueven planes de anexión en Cuba y Santo Domingo.

Asimilismos, autonomismos y separatismos son parte de la agitación reformista en las Antillas<sup>23</sup>. Los liberales ganan las elecciones de comisionados ante la Junta Informativa de Reformas. Llamados a Madrid, los puertorriqueños fueron más allá que los cubanos pidiendo la abolición de la esclavitud, el libre comercio entre el archipiélago y la península, la reducción de los aranceles y los mismos derechos individuales que los españoles... sin éxito: Cánovas fue reemplazado por el ultraconservador Alejandro de Castro. La frustrada sedición militar de 7 de junio del 67 en San Juan tuvo como resultado el destierro de los liberal-reformistas como Betances y Ruiz Belvis quienes, a partir de ahora, trabajarán desde fuera. El también fracasado Grito de Lares (1868) sólo se palió con la revolución española de septiembre del 68, en la que participaron los antillanos residentes en Madrid logrando la amnistía para los presos antillanos. Por ley de 14 de diciembre del 68 se le reconoció a la isla el derecho a enviar a las Constituyentes del 69 once diputados, que se ampliaron después. Triunfarán los liberales y en 1873 se

---

<sup>23</sup> Con una clara repercusión en el siglo XX. Cfr. al respecto Fernández Valledor, Roberto. *Identidad nacional y sociedad en la ensayística cubana y puertorriqueña 1920-1940 (Mañach, Marinello, Pedreira y Blanco)*. San Juan de Puerto Rico, Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, 1993.

proclamará la Primera República Española que abolió la esclavitud en ese mismo año. No obstante, la inmediata caída de los liberales españoles y el posterior encumbramiento de Cánovas arrinconaría el reformismo en las Antillas. Entre 1865 y 1879 —es decir más o menos durante los años transcurridos entre las dos ediciones de *La peregrinación de Bayoán*— la productividad económica favorece a los hacendados criollos conservadores. Pero las alternativas políticas van de mal en peor. El club Borinquen, organizado por un grupo de separatistas puertorriqueños en Nueva York, lanza ardientes proclamas, buscando la ayuda militar de Estados Unidos. La, en otro tiempo tan ansiada carta autonomista, llega tarde y se queda corta, de la mano del recién nombrado ministro de Ultramar Moret, tras ser asesinado Cánovas el 17 de febrero del 97 y subir al poder Mateo Sagasta.

### *El antillanismo y la confederación antillana.*

Por lo que se refiere al antillanismo, es decir, a la idea de una confederación entre Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico que sirviera de contrapeso entre el norte anglo y el sur hispano una vez alcanzada la independencia, es de origen puertorriqueño y va cuajando a partir de los años sesenta. Aunque suele atribuírsele a Hostos, está ya en Betances, el líder que durante cuarenta años (1858-1898) activará la lucha

anticolonialista en las Antillas, y será el mentor de dos generaciones independentistas. El encuentro con Hostos se producirá en Nueva York, si bien en su artículo *Recuerdos de Betances* confiesa una fugaz primera toma de contacto en la isla boricua durante un viaje anterior.

No obstante, acerca del asunto del antillanismo la historiografía actual pone los ojos en la Española, que consiguió su independencia en el XIX no sin problemas y oscilaciones: proclamación independentista y autoincorporación a Colombia, dominio de Haití en 1822, recuperación de la independencia en el 44, anexión a España de la mano del presidente Santana y, por fin, la “guerra restauradora” (16 de agosto del 63-julio del 65) con la derrota hispana. Sin olvidar la guerra de los seis años (1868-1874) en medio de no disimuladas apetencias anexionistas de Estados Unidos. Todo ello generó un clima nacionalista del que surgieron figuras como Espaillat, Luperón, Meriño y Tejera. Demetrio Ramos, al glosar la historia, adjudica la paternidad del antillanismo al general Luperón:

«Así Luperón, además de ser un tenaz luchador en el campo de batalla, pasó pronto a enunciar la voluntad antillanista, pues *vislumbró*, antes que los puertorriqueños Ramón Emeterio Betances y Eugenio María de Hostos, y del cubano José Martí, que *las Antillas solamente podrían evitar ser dominadas por los Estados Unidos de América*

*mediante la integración política dentro de una amplia configuración insular»*<sup>24</sup>.

Es decir, que cuando el 11 de junio del 95 y desde su lugar de residencia chileno Eugenio María de Hostos escribe a Luperón rogándole que se ponga al frente de la lucha que se avecina, no hace sino reconocer esa trayectoria. En el 95, el puertorriqueño tiene muy claras las ideas, pero llegar ahí tuvo una prehistoria. En el artículo póstumo donde glosa la trayectoria de Luperón como caudillo y patriota<sup>25</sup>, Hostos recuerda que fué Betances quien le presentó al quisqueyano en Puerto Plata (1875). De cualquier modo, para él la meta es «...el *antillanismo*, la hermosa quimera que los puertorriqueños hemos concebido; que con el ánimo y el brazo de Luperón habríamos realizado»...<sup>26</sup>

Son textos de la década de los noventa. Siguiendo el diario, *La peregrinación de Bayoán* y el epistolario veremos fraguarse y variar sutilmente estas ideas que están

---

<sup>24</sup> Ramos, Demetrio. “El antillanismo extremista: Betances y los *velos* que cubrieron la muerte de Cánovas”, en *Cuba...*, op. cit., p. 79. El subrayado es del autor. Luperón fue deudor del presidente haitiano Geffrard, quien habría premeditado esta confederación tras la independencia y fusión de Haití y Santo Domingo. Cfr. De la Gándara, José. *Anexión y guerra de Santo Domingo*. Madrid, 1884.

<sup>25</sup> Y cuya segunda parte, escrita cinco años después con motivo de su muerte y en clave de *laudatio*, olvida las críticas a la «inercia egoísta» de quien, por bonhomía, dejó el gobierno en manos de otros.

<sup>26</sup> Hostos, Eugenio María de. «Luperón», en Maldonado Denis, Manuel (ed.). *América. La lucha por la libertad*. México, Siglo XXI, 1980, p. 64.



ya sobradamente plasmadas en el 84<sup>27</sup>. Añadiría un dato que me parece importante, el influjo de Proudhon sobre el puertorriqueño quien lo descubre en París y traduce posteriormente en Madrid, lo que supone una línea distinta, europea, en la génesis de la idea federativa.

### ***Los vaivenes del abolicionismo.***

La confederación antillana no tenía sentido alguno sin la independencia de las islas, a su vez muy ligada al abolicionismo, caballo de batalla durante más de cincuenta años en el Caribe y la metrópoli. Desde el Congreso de Viena (febrero de 1815) España había aceptado la abolición de la trata de negros, pero de hecho será el último país en llevarlo a cabo entre 1873 y 1880. Para Puerto Rico se votó y aprobó por unanimidad, después de una larga batalla legal y administrativa, en las Cortes de la Primera República - 22 de marzo de 1873-. Por lo que se refiere a Cuba, no será posible hasta el 13 de febrero del 80. Y aún así, la Sociedad Abolicionista Española, integrada por peninsulares e isleños, se verá obligada a denunciar su encubrimiento a través del Patronato de Cuba que no fue suprimido hasta octubre del 86, fecha última de abolición de la esclavitud en los dominios caribeños si

---

<sup>27</sup> Cfr. Rojas Osorio, Carlos. «Hostos y la identidad caribeña», en *Caribbean Studies*, 25, 1992, núms. 1-2, pp. 133-145.

bien clandestinamente se mantiene hasta el 98<sup>28</sup>. Hostos entrará en contacto con esta Sociedad fundada por Vizcarrondo el siete de diciembre del 64 y en la que se iban integrando los isleños llegados a Madrid -el cubano Labra<sup>29</sup> y los puertorriqueños José Julián Acosta y Segundo Ruiz Belvis-. Muy pronto la Sociedad conectó con el progresismo español -Salmerón, Pi y Margall, Castelar y Francisco Giner-. Y tuvo su propia revista, *El Abolicionista*. Posteriormente se constituyó en los locales de la Academia Matritense de Legislación y Jurisprudencia frecuentados por un joven Hostos, que había empezado la carrera de Derecho.

Nunca olvidó el tema, como prueba en su artículo «La abolición de la esclavitud en Puerto Rico», publicado en Santiago de Chile (*El Ferrocarril*, 1873) donde, en siete capitulillos, hará un recorrido por el proceso y los hombres que lo sustentaron destacando su propio papel con el titanismo de siempre. Adopta un tono dolorido para contar las miserias humanas, las trabas que imponen la metrópoli y los negreros cubanos en extraña alianza... y las falacias legales que impiden la inmediata aplicación de la ley. El puertorriqueño ha cerrado el ciclo, está de vuelta de todo lo que no sea

---

<sup>28</sup> Cfr. Corwin. *Spain and the abolition of Slavery in Cuba 1781-1886*. Austin, University of Texas, 1967; y Díaz Soler, Luis Manuel. *Historia de la esclavitud negra en Puerto Rico*. San Juan, Universidad, 1965 (2ª ed. 1974).

<sup>29</sup> Cfr. Labra, Rafael María. *La Sociedad Abolicionista Española (su fundación, sus periodos históricos, sus hombres, sus éxitos)*. Madrid, 1908.

clamar por la justicia en contra de los peninsulares que, viviendo en la isla, sumaron sus votos a los metropolitanos. «Para éstos —dirá— como para todos los gobiernos de España, la emancipación de la esclavitud significaba emancipación de las Antillas, y la independencia de éstas significaba la ruina de todos los privilegios de que viven»<sup>30</sup>.

### ***Del lado de acá: la metrópoli y sus avatares durante el siglo XIX.***

Para la metrópoli no corrían buenos tiempos durante el turbulento siglo XIX. En el marco del estrenado liberalismo se funda en 1835 el Ateneo de Madrid que llegará a ser una entidad prestigiosa<sup>31</sup>, con una gran actividad de cuño progresista en los años 54-68. El veinte de diciembre de este último año y como curiosamente Galdós revive en *Prim*, Hostos pronunciará un discurso crítico y desencantado, en franca polémica con Castelar y Olázaga. Sus palabras y su apuesta independentista marcaron la ruptura y el final de estancia en la vieja patria. Aunque el joven isleño no lo transcribe en su diario, lo traigo aquí por el indudable interés del documento. Su intervención responde a la pregunta del presidente, señor Moreno Nieto: «cuál de

---

<sup>30</sup> Hostos, Eugenio María de. «La abolición»..., op. cit., p. 95.

<sup>31</sup> Cfr. Labra, Rafael. *El Ateneo de Madrid 1835-1905*. Madrid, Alonso, 1906.

las dos formas de gobierno, monarquía o república, realiza mejor el ideal del derecho»... Una pregunta teórica, que no lo es tanto por las circunstancias: se acaba de producir el derrocamiento de la monarquía en la Gloriosa. El caribeño sabe templar gaitas y jugar las dos cartas: la teórica del derecho —se pronunciará a favor de la que realice más plenamente la justicia— y la práctica, ligada al problema insular. Para él la monarquía es injusta al ser gobierno de uno, sin margen de libertad y menos para las colonias. «El lazo de libertad que aún puede unir a las Antillas con España es el lazo federal; el modo de realizar la independencia dentro de la dependencia, la federación»<sup>32</sup>.

El escándalo conmueve la sala: imprecaciones, intercambios de opinión... Cuando el presidente logra calmar los ánimos, Hostos glosa la historia de las relaciones entre la metrópoli y sus colonias. Es su propia historia, cuajada de apuestas esperanzadas e inexorables desengaños: ha perdido la fe en las posibilidades autonómicas del Caribe desde los planteamientos de una metrópoli cada vez más miope. No es suficiente la propuesta de Sagasta, llega tarde y se queda corta. Sus amigos españoles tienen otras preocupaciones tras la revolución del 68. En consecuencia, el isleño rompe violentamente con ellos

---

<sup>32</sup> Hostos, Eugenio María de. "Intervención en el Ateneo de Madrid", en Maldonado Denis, Manuel (ed.). *América...*, op. cit., pp. 176-7.

para impulsar las actividades emancipadoras de la emigración cubana en Nueva York.

El discurso es la culminación de una actividad política cuyo eje fue la relación de España con las Islas - se puede seguir en el *Diario* y aún más en el *Epistolario*. Y utiliza como apoyo su labor periodística; una labor crítica, *in crescendo* del 65 a la revolución, centrada en la relación de España con sus colonias. Y aunque se le escapen crónicas apasionadas e intensamente subjetivas —es el caso de la publicada en *La Iberia* el 13 de abril del 65 denunciando los hechos de la «noche de San Daniel»— trata de adoptar la distancia que le da el lenguaje jurídico. Citaré algunos artículos: «Sobre las manifestaciones públicas en los países regidos constitucionalmente» (*La Nación*, 22 abril 1865), un artículo en el que denuncia la apariencia de legalidad constitucional en un gobierno de caciques... Todas las injusticias le atañen: la falta de libertad del ciudadano —centro de «Doctrina militar y constitucional» (5 agosto 1865) y «La seguridad individual» (9 abril 1866)—; los atropellos contra la prensa —ése es el tema de «El país de los fenómenos» (22 febrero 1866)—... Pero detrás de algunos, como «Los fueros de las provincias vascongadas» (27 septiembre 1867) en que se declara a favor, late su eterna preocupación: la isla de Puerto Rico y su condición colonial. Asunto al que, por supuesto, dedica artículos específicos: «La administración de justicia en Puerto Rico» (25 octubre

1865), «Las Capitanías generales en Cuba y Puerto Rico» (17 abril 1866), «A los comisionados de Puerto Rico» (25 diciembre 1866). No es cuestión de glosar cada uno de los múltiples escritos que fueron apareciendo en prensa, pero sí de arrojar luz acerca de las preocupaciones de quien en su *Diario* se queja, sin razón, de su inercia. Acorde con el lema de que «es deber de conciencia decir la verdad», ejerce de hecho como acicate social y compromete su persona al acusar a la vieja España.

### ***1. 2. 3. Contextos ideológicos: kantismo y neokantismo, krausismo, positivismo.***

«La calle de San Bernardo, sede de la Universidad Central de Madrid, bulle de algarabía estudiantil. A la 1:30 de la tarde abre el curso de 1857-1858. El discurso de apertura le ha correspondido al catedrático de Historia de la filosofía, Julián Sanz del Río, quien también es jurista»...<sup>33</sup>.

Esta imagen recrea con cierta exactitud la experiencia de un joven recién llegado a la universidad

---

<sup>33</sup> Delgado Cintrón, Carmelo. «Los escritos jurídicos de Hostos: la etapa de España 1857-1869», en *Hostos: sentido y proyección de su obra en América*. Ed. Julio César López. Río Piedras, Puerto Rico, Instituto de Estudios Hostosianos y Universidad de Puerto Rico, 1995, p. 186.

madrileña tras cursar sus estudios secundarios en Bilbao y San Juan de Puerto Rico. Como ya se ha adelantado, la educación en España dejaba bastante que desear durante los primeros cuarenta años del siglo XIX. Conscientes de la gravedad del problema educativo, los políticos becaron a algunos jóvenes para estudiar en Alemania: Julián Sanz del Río (1814-1869) es fruto de esas expectativas. Su fascinación por Krause (1781-1832) -afín al idealismo alemán y del que tuvo noticia en Bruselas de la mano de Ahrens- orientó en esa dirección la filosofía española. A su vuelta a Madrid organiza el «Círculo filosófico y literario», germen del núcleo krausista español y desde 1853 enseña a Krause como catedrático de universidad. Su discípulo Giner de los Ríos ha dejado un testimonio del éxito de su magisterio oral y de su profesionalidad en la docencia, de la que fue depuesto en el 67 por negarse a jurar una profesión de fe religiosa y monárquica <sup>34</sup>. Utilizando como punto de partida las notas de clase del curso 62-63, su discípulo José de Caso publicará en 1877 *Análisis del pensamiento racional*, que se considera su obra más representativa. Más que una metafísica, el krausismo fue

---

<sup>34</sup> Cfr. «En el Centenario de Sanz del Río», en BILE (Boletín de la Institución Libre de Enseñanza), XXXVIII, 1914, p. 225; reproducido en *Sanz del Río (1814-1869). Apunte biográfico por Francisco Giner de los Ríos. Documentos, Diario y Epistolario preparados con una introducción por Pablo de Azcárate*. Madrid, Tecnos, 1969.

una moral laica, predicó una «virtud estimulante»<sup>35</sup> basada en el racionalismo armónico, es decir, la perfecta unión entre lo finito y lo infinito, del que extrae una consecuencia que podría formularse así: «haz el bien porque es bueno, sin más consideración que su intrínseca bondad». Apostó también por el panenteísmo, el concepto de que «todo es en Dios», todo se sume en él.

Eugenio María de Hostos, hombre de talante liberal y ascético, conecta muy bien con la moral laica del «hombre completo», alternativa a la religión tradicional. Hay unanimidad entre los críticos en adscribirle a un krausismo que andando el tiempo se teñirá de positivismo, compatible con rasgos kantianos<sup>36</sup>. De hecho, Kant se difunde en España muy tardíamente: la primera noticia al respecto fue su necrológica (1804). Palacios encontró un par de referencias más que retrotraen su presencia hasta 1802... Es lo mismo. No hay un conocimiento, ni un texto de primera mano hasta la traducción de Perojo en 1883<sup>37</sup>.

---

<sup>35</sup> Cfr. López Morillas, Juan. *El krausismo español: perfil de una aventura intelectual*. México, Fondo de Cultura Económica, 1980, 2ª ed..

<sup>36</sup> Cfr. Rojas Osorio, Carlos. *Hostos: Apreciación filosófica*. Humacao (Puerto Rico), Colegio Universitario de Humacao e Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1988.

<sup>37</sup> Existen estudios e incluso traducciones parciales, siempre indirectas, del francés: es el caso de Rey Heredia que tradujo como apéndice de su libro *Teoría Trascendental de las Cantidades Imaginarias* (1865) un fragmento de la *Crítica de la Razón Pura* (retraducción de la versión francesa de Tissot). Cfr. Palacios, Juan



Interesan todos estos datos para aquilatar las influencias filosóficas e ideológicas del puertorriqueño. La crítica viene sugiriendo habitualmente que es un kantiano: «el deber por el deber», esa rigidez moral... se adjudican al filósofo de Königsberg. No obstante, a la vista de los datos de su difusión, Hostos no pudo conocerlo durante su estancia madrileña, le llegará a través del krausismo español del que tomará unas cuantas ideas de filosofía del Derecho, el concepto del racionalismo armónico y el denominado «panenteísmo».

En cuanto al positivismo, las historias de la filosofía española lo consideran igualmente tardío, fruto de la disgregación de movimientos anteriores. Entre los precursores se cita a un tal José Segundo Flórez quien conoció a Comte en París y a su vuelta a la patria publicó en Madrid un trabajo sobre Espartero en cuatro tomos (1844-45). Es bastante improbable que el joven Hostos lo leyera. Más accesible pudo resultarle la *Filosofía española* publicada en 1858 por Pedro Mata, catedrático de medicina legal en la universidad de Madrid y político liberal... Antes, la presencia de Augusto Comte (1798-1857) se rastrea esporádicamente en *El censor*, como una reacción contra el idealismo romántico. A la mentalidad espiritualista opone las

---

Miguel. «La Filosofía de Kant en la España del siglo XIX», en *Kant in der Hispanidad*. Eds. Jorge Eugenio Dotti, Harald Holz y Hans Radermacher. Bern, Peter Lang, 1988, pp. 171-207.

certezas que se derivan de la observación directa de la naturaleza, el hombre o la sociedad —comenta Diego Núñez Ruiz en su libro *La mentalidad positiva en España: desarrollo y crisis*<sup>38</sup>—. En realidad, el ámbito de difusión del positivismo fue la medicina y su cauce inmediato las revistas *El Pabellón Médico* (1868) y *Anales de Ciencias médicas* (1876) bastante alejadas de los círculos en los que se movía el puertorriqueño. Por fin, el Ateneo madrileño se hizo eco de la nueva escuela filosófica y abrió un foro de debate a lo largo del curso 75-76 en torno al tema «si el actual movimiento de las ciencias naturales y filosóficas en sentido positivista constituye un grave peligro para los principios morales, sociales y religiosos en que descansa la civilización». Al reto acuden antiguos racionalistas armónicos, como Salmerón o Revilla, que, al llegar la Restauración se pasan al positivismo. Para entonces, hacía tiempo que Hostos había dejado España, por lo que se debe concluir que el positivismo no incide en su formación, si bien pueden rastrearse huellas en textos de última época -según las tesis de Rojas Osorio<sup>39</sup>, Zea<sup>40</sup>, o Massuh<sup>41</sup>- siempre contrapesadas por el idealismo del

---

<sup>38</sup> Madrid, Tucur, 1975.

<sup>39</sup> Cfr. Rojas Osorio, Carlos. «El positivismo en el Caribe hispano», en *Diálogos*, 66, 1995, pp. 153-171.

<sup>40</sup> Cfr. *El positivismo en México* (1943) y *Apogeo y decadencia del positivismo en México* (1944) y *El pensamiento latinoamericano*. Barcelona, Ariel, 1976.

<sup>41</sup> Recogido en *Visiones sobre Hostos...*, op. cit., pp. 477-495.

puertorriqueño, que actuó de freno en quien concebirá la renovación social a partir de cada ser humano. Un hombre que, como afirma Massuh “verá a América convertida en el drama interior de un hombre»<sup>42</sup> que se identifica con Hamlet —mucho pensar, poco hacer— en el ensayo homónimo redactado en Chile durante 1872. Un «*Hamlet colectivo* que pasea sus miradas inquietas por la anarquía de sus propias entrañas»<sup>43</sup>, desazonado porque tal vez no haya sido capaz de transmitir su mensaje: «en América toda *revolución política* tiene que convertirse en *revolución interior* para ser verdadera»<sup>44</sup>. La verdadera revolución americana consistirá en dar forma a las verdades interiores, empresa a la que dedicó más de veinte años a través de la educación.

Para concluir, Eugenio María de Hostos no puede encorsetarse en una escuela filosófica, ni en una tendencia política. Como él mismo dijera en alguna ocasión «el hombre completo es un edificio que no se acaba nunca». Su trayectoria es bastante singular, pero no única, coincide con ciertos krausistas de segunda generación como Giner de los Ríos<sup>45</sup>, González Serrano o Salmerón, que

---

<sup>42</sup> *Ibíd.*, p. 484.

<sup>43</sup> *Ibíd.*, p. 488.

<sup>44</sup> *Ibíd.*, p. 487.

<sup>45</sup> Las coincidencias entre Hostos y Giner han sido ampliamente señaladas: «coinciden en el idealismo moral que impregna todas sus vidas y sus obras. En la fe inquebrantable en los más altos valores de justicia, libertad, deber y responsabilidad. En el afán renovador que mediante la educación y la moral ha

influyeron también en el positivismo hispanoamericano. Para ellos Abellán relanzó el término *krausopositivismo*, ya utilizado a fines del XIX por Adolfo Posada<sup>46</sup>.

### ***1. 2. 4. Contexto literario: nace una literatura en Puerto Rico. La metrópoli entre Romanticismo y Realismo:***

Por lo que se refiere al Caribe y para la época que nos ocupa, Cuba era el centro cultural por excelencia, la isla mayor, con potente desarrollo económico a manos de una sacarocracia que prácticamente gobernaba el país. En las décadas 1830-1860 alcanza gran auge la prensa cubana, órgano de propaganda ideológica y ámbito de difusión de las traducciones y folletines casi siempre franceses, entre las que destaca la *Revista Bimestre cubana* (1831-35), dirigida por José Antonio Saco. A la par, hombres como Delmonte, Mendive y Zenea impulsan las letras y la conexión con la vieja Europa a través de viajes y recepción de libros. Delmonte (1804-1853), guía y maestro de los jóvenes escritores de los treinta y padre de la crítica literaria

---

de cambiar la sociedad. Finalmente en la inquebrantable fe en el ser humano y sus potencialidades. Para los dos filósofos el primer deber es “ser hombre”. “La vida es para ambos el cumplimiento de un deber”». Rojas Osorio, Carlos. *Hostos. Apreciación...*, op. cit., p. 4.

<sup>46</sup> Cfr. Abellán, José Luis. «La dimensión krausopositivista en Eugenio María de Hostos», en *Hostos. sentido...*, op. cit., p. 336.

antillana que iluminó desde su americanismo literario, aglutinó en sus tertulias de La Habana y Matanzas la incipiente literatura criolla <sup>47</sup>. Por allí pasaron Cirilo Villaverde, Betancourt, Plácido, Manzano, es decir, blancos, mulatos, libres y esclavos. El costumbrismo, en la línea de Mesonero Romanos, tuvo un temprano florecimiento (1830-40) y supo deslizar veladas críticas contra el problema colonial. La novela romántica llegó por esta vía —el costumbrismo y lo ideológico— a veces de la mano de la metrópoli, y perduró más que en otros países <sup>48</sup>. Ya en 1839 —aunque no se edita hasta el 82— se escribe *Cecilia Valdés*, de Cirilo Villaverde, periodista y docente comprometido con la independencia de la isla. En cuanto a la cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda, hizo su carrera en España y se interesó por otros asuntos: *Dos mujeres* (1844) y *Guatimozín, el último emperador de México* (1846) son un buen ejemplo de la problemática femenina y el tema histórico mexicano, respectivamente. Aún así, su novela *Sab* (1841) pone sobre el tapete el tema abolicionista al que volverá su compatriota Anselmo Suárez y Romero, autor del *Francisco*, una novela antiesclavista que relata el amor

---

<sup>47</sup> Cfr. Bueno, Salvador. «Domingo Delmonte como crítico», en *La crítica literaria cubana del siglo XIX*. La Habana, Letras Cubanas, 1979, pp. 32-50.

<sup>48</sup> Cfr. Yáñez, Mirta. *La novela romántica latinoamericana*. La Habana, Casa de las Américas, 1978; y Suárez Murias, Marguerite. *La novela romántica en Hispanoamérica*. New York, Hispanic Institute, 1963.

de dos siervos en el marco del ingenio antillano y que, a pesar de haberse escrito por estos años, no se publicó hasta 1880. De este retorno a las raíces arranca también la *Autobiografía* (1835-39) del mulato Francisco Manzano, quien la escribe por encargo y con el deseo de comprar su libertad <sup>49</sup>. A partir de la conjuración de La Escalera (1844) se abre un periodo (1844-54) de escasa actividad cultural y literaria; pero a fines de la década 1850-60 asistimos a un cierto restablecimiento en el campo de las letras: aparecen nuevos autores y se fundan revistas literarias de calidad y prestigio, como la *Revista de la Habana* (1853-57) dirigida por el poeta Rafael de Mendive —el maestro de Martí— o la *Revista Habanera*, editada por el también poeta Juan Clemente Zenea (1861-62).

Puerto Rico estaba lamentablemente atrasado. La primera imprenta no se establece hasta 1808. En consecuencia, la actividad literaria se vio muy limitada; de hecho la literatura puertorriqueña nace en el siglo XIX de la mano del periodismo, los artículos de costumbres, los folletines —generalmente meras traducciones— y la novela por entregas. La primera novela isleña fue *El Gíbaro. Cuadro de costumbres de*

---

<sup>49</sup> Curiosamente se publicó en inglés (1840) ya que Delmonte —el patrocinador— le dio el manuscrito a su amigo R. Madden —comisionado inglés ante el tribunal mixto de arbitraje en el asunto de la trata— para que la publicara en Londres.

*la isla de Puerto Rico* (1849)<sup>50</sup>, de Manuel A. Alonso, que funde costumbrismo y autoctonismo. Seis años antes de *El Gíbaro* se había publicado en España *El Aguinaldo puertorriqueño*<sup>51</sup>, en el que cuatro autores escriben relatos entre costumbristas y escapistas. Se presenta como el producto de una reunión de amigos que localizan sus historias en Francia, España o, incluso, en la Edad Media europea a tono con el romanticismo de sesgo histórico que imperaba entonces. Sin embargo, «...historias domésticas y de entretenimiento pueden ser también litigios públicos disfrazados»<sup>52</sup>. Teniendo en cuenta la censura y la necesidad de hacerse con un público lector, el libro cumplió su papel al abrir el espacio que ocuparon el *Álbum puertorriqueño* (1844) y los sucesivos cancioneros y álbumes que se ponen de moda. En el caso de los dos primeros, se trata de publicaciones colectivas, que deben mucho a España - Bécquer<sup>53</sup> y los costumbristas-. No obstante, cuando a

---

<sup>50</sup> Esta obra se reimprimió en 1882-3 adjuntándole un segundo tomo. Libro misceláneo, recoge trabajos publicados por el mismo Alonso en el *Album puertorriqueño* del 44 y en el *Cancionero de Borinquen* del 46. Cfr. Faria, Edith. «Manuel A. Alonso, al margen de un clásico: Algunos recuerdos y bocetos autobiográficos», en *Revista de Estudios Hispánicos*, Río Piedras, Puerto Rico, 29, op. cit., pp. 15-23.

<sup>51</sup> Barcelona, Gimbernat y Dalmau, 1843.

<sup>52</sup> Pérez Ortiz, Melanie. «Historias privadas, litigios públicos: El *Aguinaldo puertorriqueño* de 1843», en *Revista de Estudios Hispánicos*, 29, op. cit., p. 6.

<sup>53</sup> Acerca de la recepción de Bécquer en Hispanoamérica, cfr. Esteban, Ángel. *La modernidad literaria. De Bécquer a Martí* (Granada, Impredisur, 1992) y *Donde no habite el olvido. La influencia de Bécquer en Hispanoamérica*. Pról. de Vicente Sabido (Granada, 1994).

principios de los sesenta y en Madrid escriba su *Peregrinación de Bayoán*, tal vez Hostos recuerde esos y otros libros que corrían por la isla, como *Pedro Deuchateau*, —una de las cuatro narraciones del *Aguinaldo*, escrita por Martín J. Travieso, especie de autobiografía—. En estos años también se publican un par de relatos simbólicos de Betances, muy cercanos al panfleto político. O *La palma del cacique* (1852), del costumbrista Tapia y Rivera, novela histórica que cuenta los amores frustrados de tres personajes: Guarionex —cacique de Boriquen—, Sotomayor —capitán español— y Loarina —joven indígena—. La temática indianista, condimentada a lo Chateaubriand, no tiene puntos de contacto con la obra de Hostos. Pero, como sucede en la metrópoli, la consolidación narrativa en Puerto Rico llega de la mano del realismo naturalista cuyo representante es Zeno Gandía. La huella de Zola, muy clara en la década del ochenta en toda Hispanoamérica, es inequívoca en sus novelas *La charca* (1894) y *Garduña* (1896). Aún así, lo único que liga a Zeno y Hostos es la pasión política: podría considerársele continuador de *La peregrinación de Bayoán* en su novela *Redentores* (1925), obra de madurez en que se glosan los males de la isla, el sempiterno colonialismo y la necesidad urgente de independencia, desde personajes estereotipados.



Mi conclusión es obvia: Eugenio María se educa en España y allí habrá que buscar sus lecturas y modelos. Pero, además, la pobreza cultural y literaria de su isla, no le permitió otra cosa. Vamos pues a esbozar unas breves líneas acerca de la cultura literaria de la metrópoli en los años previos a la llegada de Hostos. Como han demostrado ampliamente en sus manuales Alborg (1996), Rubio Cremades (2001) o Romero Tobar (1998), a pesar de la censura en la década del treinta el mercado se inunda de traducciones: Scott, Chateaubriand, Hugo, Sand, Sue y Dumas... *Atala*, *Les misérables*, *Indiana* y *Los misterios de París* se ven arrollados por toda una serie de imitadores, de dudoso nivel literario. También llegan Byron o la *Corinne* de Stäel a partir de 1820... Balzac, vertido hacia los cuarenta, no ejercerá influjo hasta casi los setenta. El fenómeno de las traducciones va ligado al incremento del público lector. En los cuarenta desembarca el socialismo utópico de Fourier y Saint-Simon, retardado pero reconducido en los múltiples folletines de la época y la novela social se convierte en vehículo ideológico. Su mejor representante fue Ayguals de Izco, el más famoso autor y editor de novelas por entregas, fundador de periódicos e impulsor de un complejo editorial, *La Sociedad Literaria*, que lanzó su obra y la de Sue, muy popular y generadora de «misterios», como *Los*

*misterios del saladero* (1860), de Treserra. La novela o folletín por entregas fue un fenómeno sociológico<sup>54</sup>: se documentan más de cien editores en Madrid y Barcelona durante 1840-70<sup>55</sup> y otros tantos autores que generan textos de baja calidad, dirigidos a un público popular mayoritariamente femenino<sup>56</sup>. No es extraño, entonces, el tono melodramático en novelones de estructura triangular, donde buenos y malos se enfrentan abiertamente en un ámbito contemporáneo. Leonardo Romero los considera uniformes y con estructuras repetitivas que alcanzarán hasta 1870; historias de carácter lineal, cuyos personajes son simple soporte ideológico, tanto liberal, democrático y socialista, como antiliberal, católico y conservador. El dualismo maniqueo, amparado en nombres simbólicos, se proyecta sobre un espacio urbano y costumbrista. Madrid, «corte de los milagros», suele ser el ámbito preferido de narraciones, como las de Manuel Fernández y González, mediatizadas por la intromisión del autor, a tono con la finalidad didáctica de muchos escritores.

---

<sup>54</sup> En su libro *La novela por entregas 1840-1870*. Madrid, Taurus, 1972. Ferreras recoge pormenorizadamente las publicaciones de estos treinta años, detallando por décadas las distintas colecciones e individualizando a los autores más representativos. Cfr. también su *Introducción para una sociología de la novela española del siglo XIX*. Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1973.

<sup>55</sup> Carmen de Artigas-Sanz en su monumental estudio *El libro romántico en España* (Madrid, CSIC, 1953, 4 vols.) habla de 400 entre 1820 y 1860.

<sup>56</sup> Cfr. Ortega, Marie-Linde (ed.). *Escribir en España entre 1840 y 1876*. Madrid, Librería Visor-Fundación Duques de Soria y Presses Universitaires de Marne-La-Vallée, 2002.

Las traducciones perjudicaron notablemente el nivel de la lengua escrita y cercenaron la capacidad creadora, pero también dieron a conocer las novedades europeas<sup>57</sup>. Así se fue forjando el género narrativo con sus diversas variantes: novela histórica, muy pujante entre 1830-45 y cuyos hitos fueron *El doncel de Don Enrique el Doliente* (1834), de Larra; *Sancho Saldaña* (1834), de Espronceda y *El señor de Bembibre* (1844) de Gil y Carrasco... Pero además toda una saga costumbrista de la que quedan en pie los nombres de Mesonero Romanos y Estébanez Calderón... La novela social, los folletines... Por fin *La Gaviota* (1849), de Fernán Caballero, puede considerarse punta de lanza de lo que andando el tiempo desembocará en la gran novela realista, que alcanza su plenitud hacia 1875 liderada por Galdós.

---

<sup>57</sup> Cfr. Baker, Edward. «El comercio y la novela en el Madrid del siglo XIX», en *Literatura y espacio urbano*. Actas del I Coloquio Internacional *Literatura y Espacio Urbano*. Eds. José Carlos Rovira y José Ramón Navarro. Alicante, CAM, 1994, pp. 45-48.

## 2. La biografía textual: el «Diario» y el «Epistolario».

### 2. 1. El «Diario» como espejo y punto de partida escritural de «La peregrinación de Bayoán».

«¿Es tiempo todavía para ser hombre?». Con estas palabras de un joven de 27 años que escribe en Madrid el 23 de septiembre del 66 se abre la citada edición del *Diario* (p. 127), que abarca dos épocas 1866-1878 y 1898-1903, hasta cinco días antes de su muerte. Un texto escrito con apresuramiento, concebido como examen de conciencia por su destinatario, el propio Hostos<sup>58</sup>, quien desde los 18 años se dedica con tesón a la actividad diarística. En consecuencia, cumple abordar el *Diario* como documento de la interioridad del puertorriqueño, más que de su trayectoria. Y ello al margen de su valor literario o de su importancia como «primer diario íntimo de las literaturas hispánicas», en palabras de Gabriela Mora<sup>59</sup>.

---

<sup>58</sup> En efecto, la primera publicación del *Diario* se debe al dominicano Juan Bosch, quien también lo tradujo parcialmente al francés e inglés, en el marco de la edición de las *Obras completas* de 1939.

<sup>59</sup> Cfr. Mora, Gabriela. *Hostos intimista...*, op. cit., p. 55.

¿Por qué escribe Hostos un diario? ¿Y qué papel juega el molde formal del diario en la configuración de su novela, *La peregrinación de Bayoán*? A priori partiré de la tesis —mantenida por Ernesto Álvarez— según la cual la primitiva actividad diarística del isleño se reelabora en la ficción.

### *La lucha titánica en pro de una moral laica.*

“Ser hombre” es el objetivo de un joven que ya en su juventud decide examinarse. En el texto, el narrador habla desde la primera persona y el presente típicos del diario, aunque también se desdobra mediante estrategias enunciativas para dialogar con su otro yo, al que increpa o toma como confidente. Caben entonces las pequeñas miserias: la timidez, las molestias corporales... de modo que, poco a poco, se va perfilando un personaje romántico: el ansia de gloria, el orgullo, la soledad, el sentimiento de singularidad propio de la época, las protestas de sinceridad...

«¿Hasta cuándo seré niño? ¿Hasta cuándo seré esclavo? Yo tengo el deber de emanciparme de este tirano de mi vida interna que tan difícil me la ha hecho; tengo el deber de ser hombre, y ya es tiempo de ser hombre y de ser libre» (p. 139)<sup>60</sup>.

---

<sup>60</sup> En la misma línea, cfr. pp. 131, 134-135, 143, 155... Como recuerda

«Ser hombre», «ser hombre completo» es un deber urgente para lograr la madurez, requisito imprescindible de cualquier acción en favor propio o de los demás. Hostos va a ser un hombre ético sin paliativos, pero ese proceso todavía no se ha cerrado.

¿Cuáles son los medios para alcanzar la libertad que permite al ser humano convertirse en hombre de una pieza? En primer lugar la voluntad. «Si la voluntad no renace —dirá reforzando su pensamiento con el asíndeton— hombre al agua, inteligencia a las sombras, espíritu al vacío» (p. 131). Esta idea llega a ser obsesiva en un joven que teme ser arrollado por sus instintos o, todavía más, por la apatía de su carácter que ya su madre definiera como su principal limitación<sup>61</sup>. Así lo recordará una y otra vez en el *Diario*<sup>62</sup>, a veces con dramatismo, por ejemplo en la entrada de 4 de noviembre del 66: «...porque en vano me pregunto qué he hecho, qué pienso hacer. Muerto, muerto, muerto. Vida sin voluntad no es vida. Vivir es querer y hacer» —dirá (p. 152)—. Es la lucha del hombre que se siente marcado por el peso de la culpa<sup>63</sup> y la incapacidad de

---

Gabriela Mora (*Hostos intimista...*, op. cit, p. 22 y ss.), en el diario el *yo* está en continuo proceso de formación o cambio, frente a las autobiografías o las memorias, que evalúan globalmente cuando todo se ha cerrado.

<sup>61</sup> Cfr. p. 153.

<sup>62</sup> Cfr pp. 132-133, 142, 152, 153...

<sup>63</sup> Cfr. pp. 149, 150, 190, 193...

estudiar, la falta de iniciativas, de actividad que le comprometa con los otros sacándole de su solitario yo. Su titanismo romántico le lleva a aceptar sus límites como propios:

«...soy yo y nadie más, quien interviene, quien propone y dispone, quien se engaña o acierta, quien triunfa o quien cae, yo, y no la fatalidad, mi carácter y no el destino, mis virtudes y mis vicios, mis defectos y mis excesos, mi perspicacia y mi torpeza, mi sensibilidad y mi dureza, mi firmeza y mi debilidad, en una palabra yo, yo soy el responsable»... (p. 193).

Esta anotación corresponde ya al 26 de agosto del 68, en una etapa en que, cansado de tanto autoanálisis y con mayor seguridad en sí mismo, pasa revista a las cosas de su vida. Y elabora una especie de catecismo laico con las máximas -“estímulos”- que un hombre íntegro debe observar. En el *Diario* ocupan tres páginas correspondientes al 2 de octubre del 66. Se mueven entre lo abstracto y lo concreto —las cosas pequeñas, los detalles incluso económicos—<sup>64</sup> y han sido concebidos a partir de la

---

<sup>64</sup> Recientemente se han publicado exentos con el título *Estímulos de vida para cada día (Pensamientos)* (Sel. Vivian Quiles-Calderín. Pról. Julio César López. Río Piedras, Universidad de Puerto Rico, Instituto de Estudios Hostosianos e Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1998). En algún sentido y salvando las distancias, pudieran tener puntos de contacto con los *Estudios morales* que

experiencia propia, aunque sin traspasar lo contingente. El listado es buen ejemplo de la capacidad del intelectual para desdoblarse y analizarse desde el exterior. En efecto, la dinámica de la escritura es normalmente la misma: esboza en imperativo la máxima y, a continuación, o bien se la aplica o la muestra como resultado de su lucha:

«Tu primer deber es el de gozar de la armonía de tu ser con todo lo que existe. Perfeccionate, es decir, sométete al deber, y la *armonía* será»(p. 144) .

Moral laica, de cuño krausista, cuyo fin último es el deber por el deber, uno de los ejes de *La peregrinación de Bayoán...* Seguirá obsesionándole a lo largo de su existencia y cuajará en su *Moral...* Moral laica que, paradójicamente, se apoya en una simbología de raigambre cristiana, si bien con un sentido restrictivo: habla de culpa y pecado pero nunca de perdón y amor. En su lugar, un término como «armonía», de raíces platónicas y no bien delineado en el *Diario*. Y la insatisfacción, en la línea de las cartas paulinas: «¿Cómo es que quien tan altamente ha colocado su ser moral, camina tan despacio?» (p. 144)... En resumen, el diario nos da un hombre de carne y hueso que contraponer a la imagen del prócer impoluto acuñada por la crítica.

---

Mansilla publicará en 1888; eso sí, con una neta diferencia: lo que en el puertorriqueño es una ética vivida agónicamente, en el rioplatense no pasa de ser un juego entre humorístico e irónico.



## *¿Por qué escribir un diario? La forja del carácter.*

El *Diario* se concibió como un medio para conocerse, especie de examen de conciencia laico para delimitar los fallos y obrar en consecuencia: en eso consiste según expuso Didier en *Le journal intime* <sup>65</sup>. La confesión cristiana implica ciertos requisitos: examen, dolor por las faltas cometidas, propósito de mejora, decir los pecados al confesor y cumplir una penitencia por ellos. El diario asume muchos de ellos: la autoevaluación y la escritura textual calcan el examen y el acto subsiguiente de manifestar los pecados al confesor. Pero, al igual que en la confesión, el diario implica un juicio: Hostos se examina con severidad y se reprocha límites que le avergüenzan ante sí mismo. Así funciona en la primera etapa madrileña cuando todavía está forjando una personalidad y carece de la reciedumbre que desearía. Por fin, el propósito: «conocerse es mejorarse»; es la máxima que repite una y otra vez. Al principio el conocimiento tiene que mucho ver con los propios sentimientos: «Moderemos la imaginación» (...) «ejercitemos otra vez la reflexión: moralicémonos» —dirá (p. 131)—. El joven tamiza todo a través de su yo, definido como razón, conciencia, deber... y batalla interminablemente contra su imaginación -fantasía, sueños-... que considera un modo

---

<sup>65</sup> París, P.U.F., 1976.

peligroso de evadir sus compromisos<sup>66</sup>. Después se abre al entorno, en un ejercicio de cómputo aburrido en ocasiones. Así el 1 de octubre del 66 se aconseja a sí mismo:

«Confíesate tres veces por la noche; una, en el diario de tus sentimientos y tus actos; otra, en el resumen de tu trabajo intelectual; otra, en tu libro de cuentas» (p. 140).

En su inicio el puertorriqueño se impone escribir un diario como terapia salvadora. «Escribo para buscar consuelo» —confesará el 15 de noviembre del 66—. Y lo reconocerá en uno de los frecuentes sumarios analépticos, en los que hace un alto en el texto tras un corte espaciotemporal que no suele sobrepasar el año. Ello responde al carácter discontinuo del diario, que es también confidente para un joven sin un círculo de amigos que le respete. Por eso cada noche necesita del papel en blanco para proyectar sus sueños y experiencias cotidianas.

Texto íntimo, en resumen, aunque el diario será siempre un género que fluctúe entre lo privado y lo público. Ahí estaban como modelos prestigiados, entre otros, los diarios de Byron y Goethe, incluso el de Amiel que no pudo conocer.

---

<sup>66</sup> Cfr. al respecto las distintas formulaciones del deber en contra del sentimiento en las pp. 158, 162, 218, 231, 243...

## *El itinerario ideológico de un intelectual.*

1858 es una fecha a la que Hostos vuelve varias veces en el *Diario*, señalándola como arranque de su lucha, por un lado y punto de partida de su escritura diarística. ¿Dónde están hoy estas páginas del adolescente? Lo poco que se cuele en el *Diario* aporta interesantes referencias autobiográficas de una etapa dura para quien se verá reclamado por necesidades familiares —cuidar a hermanos, retornar a la isla tras las tristes nuevas de las muertes familiares...—, y que se debate en brazos del sentimiento, incluido el amoroso, con todo el rechazo racional que ello le supondrá a lo largo de su vida.

El *Diario* se desenvuelve en tres espacios: Madrid, Barcelona y París, con lapsus entre ellos e incluso peculiaridades que distinguen las etapas correspondientes a cada uno. El primero es el más amplio y su *leitmotiv* es la formación de una personalidad, la de su autor. Madrid se extiende desde el 23 de septiembre del 66 hasta el 3 de abril del 67. Después se abre un periodo de casi un año hasta la siguiente entrega, fechada en Barcelona el 10 de mayo del 68.

Es breve, «un nefando error» en palabras del puertorriqueño, quien ha acudido a la llamada de amigos para trabajar en periódicos liberales. No obstante la ilusión primera —mejor reflejada en el epistolario que

aquí—, las limitaciones económicas y el abandono de los suyos le pesan demasiado. Tal vez por ello, tras dos meses en blanco, el 5 de agosto del mismo año le encontramos instalado en el 42 del parisino Boulevard St. Germain, para una estancia indefinida aunque siempre de paso. Por entonces la última notación es del 3 de septiembre del mismo año. Hostos vuelve a Madrid y el 29 de mayo del 69 reanuda sus apuntes cotidianos en la castiza Plaza de Oriente hasta el 8 de junio. Realiza después una nueva escapada a la ciudad de la luz<sup>67</sup> el 8 de septiembre del 69. La falta de dinero le acogota (pp. 214, 229) y se lamenta de su mala suerte (p. 235), pero vibra con fuerza cuando habla de la patria y la confederación de las Antillas, síntesis de su ideal. Y asombra el vigor, la seguridad y la audacia con que expone sus tesis, en contraste con la realidad que está viviendo. El 10 de octubre garrapateará sus últimas impresiones, mientras la venta de los derechos de autor de *La peregrinación de Bayoán* le permitirá salir de la miseria con la alegre mirada puesta en América: le espera un compromiso más directo en la lucha por la libertad de las islas. Los objetivos se van perfilando, el autoanálisis va cediendo terreno a lo inmediato, asumido en el texto desde su resonancia interior<sup>68</sup>.

---

<sup>67</sup> Sobre las dos breves estancias parisinas de Hostos, cfr. el trabajo de Carmen Vázquez. «Los trabajos y los días. Hostos en París (1868 y 1869)», en *Hostos: sentido...*, op. cit., pp. 165-184.

<sup>68</sup> No cabe olvidar que la interiorización de los sucesos diferencia la

¿Por qué no llegó a culminar sus estudios en Madrid? En un sumario más propio de la autobiografía se sincera: «la vocación literaria; el orgullo y la timidez que han formado mi carácter; la falta de emulación; mi rebeldía contra todo formalismo, fueron las causas determinantes del abandono intelectual en que he vivido»... (p. 134). La abogacía no le atrae y probará el cauce narrativo buscando salida a sus incipientes ideales, con la patria como telón de fondo. Tiempo después, el 6 de agosto del 68 en París, haciendo balance de la desdichada temporada de Barcelona en la que se ha sentido engañado y explotado por sus amigos, vuelve a hacer recuento<sup>69</sup>:

«Vine a Europa para conquistar un renombre literario. Las virtudes y los vicios de mi carácter le impidieron brotar tan poderosamente como yo necesitaba. Mediante el renombre, quería yo independencia personal, trabajo suficiente para asegurarla, y posición política para servir a mi país. Ni posición, ni trabajo, ni independencia» (p. 176).

---

autobiografía y el diario, de las memorias. Cfr. Laouyen, Mounir. *Perceptios et réalisations du moi*. Clermont-Ferrand, Presses Universitaires Blaise Pascal, 2000.

<sup>69</sup> A pesar del carácter lineal del *Diario*, en el que por definición opera la mínima distancia temporal, hay varios momentos en que se realiza este arqueo: cfr. París, 5 de agosto del 68 —p. 175—; Barcelona, 10 de mayo del 68 —p. 156—; Madrid, 29 de mayo del 69, p. 202; o París, 5 de septiembre del 69, p. 214.

Habría que valorar hasta dónde llega la manipulación del diarista que, pasados los años, reconstruye una figura tal vez inexistente <sup>70</sup>. Como sucede con su intervención en el Ateneo, el 1 de octubre del 66, definida desde el titanismo romántico. El puertorriqueño era miembro de la institución desde el 63 y participaba habitualmente con sus lecturas. Ese día anota las incidencias cotidianas, pero le interesa ir más allá y por ello evalúa su paso por la institución. Inevitablemente, eso le enfrenta al grupo:

«Yo, solitario precoz, producto de mí mismo, inteligencia independiente, carácter libre, naturaleza anormal, entraba en el seno de una juventud de renacimiento, ingeniosa, chispeante, hija de un mismo molde, estatua de un mismo molde, fruto de un mismo árbol; juventud erudita, osada, vacilante, ecléctica, de juicios severos como el diablo-dios. El convencionalismo científico me anonadó y me confesé ignorante»... (p. 141).

El primer contacto afianza su inseguridad, pero se crece después ante el convencionalismo y falta de raíces

---

<sup>70</sup> En ese sentido y por lo que se refiere a la inevitable y a veces voluntaria manipulación, cfr. Poirier, J; Clapier, S y Raybaut, P. *Les récits de vie. Théorie et pratique*. París, P.U.F., 1983, pp. 38-45.

de los españoles: «... me sentí gigante. Ellos, los titanes en ciencia y arte, eran liliputienses en carácter. Eran niños sabios, yo hombre a secas. Valía más que ellos, y sin embargo me sentía dominado» (p. 141). Aún así se amarga porque sus intervenciones le parecen torpes y teñidas de titubeos... Los años le harán cambiar: el 20 de diciembre del 68 y tras haberse curtido en la lucha periodística al lado de progresistas y liberales, se lanza a la escena política en la que venía fogueándose con un famoso discurso que hizo historia en el Ateneo madrileño por su elocuencia y seguridad en la denuncia del gobierno español.

Por otra parte y ateniéndose a la lectura del *Diario*, podría concluirse que en 1863 la escritura y lanzamiento editorial de *La peregrinación de Bayoán* obedeció a requisitos intuitos con vaguedad. Además la obra, interpretada como panfleto político, fue decomisada en Puerto Rico por orden del general Félix María de Messina. En España se vendió mal y su repercusión fue mínima.

## 2. 2. *La gestación de un político en el «Epistolario».*

La lectura del *Epistolario*<sup>71</sup> completa y continúa la del *Diario*. El lector se encuentra ante un Hostos más cuajado y seguro, no sólo porque la cronología haya

---

<sup>71</sup> *Epistolario (1865-1878)* Tomo I. Compilación, revisión y notas de Vivian Quiles-Calderín, con la colaboración de Julio César López. Estudio preliminar de Julio César López, en *Obras completas*, op. cit., vol. III, 1999.

avanzado permitiéndole madurar, sino porque en sus cartas «políticas» es muy consciente de que está proyectando su imagen hacia el exterior. Los titubeos con respecto a la forja de su propia personalidad, propios del *Diario*, quedan en un nivel íntimo que no ha lugar aquí. Por el contrario se incrementa el titanismo romántico: tiene muy clara su misión y enfoca su vida de cara a ella. En consecuencia, son habituales términos como «sufrimiento», «sacrificio»... aplicados a su vida; o los conceptos que implican aunque no los apellide en el texto. Tal vez por ello el editor considera el epistolario como un «breviario ético» (p. LXIX). La edición que manejo recoge cartas *de* y *a* Hostos entre 1865 y 1868, lo que permite hacerse cargo de la imagen que el puertorriqueño va generando entre personalidades de la vida pública española, caribeña o hispanoamericana... es decir, sus corresponsales.

¿Cuál es la finalidad de sus cartas? Se siente educador de hombres y pueblos a los que quiere informar y formar. Este volumen es un inventario de sueños y realizaciones de una vida activa: están representadas dieciocho ciudades, nueve países y cuatro continentes. Nada que ver con el rincón provinciano o la timidez de un joven que se abría al mundo cuatro o cinco años atrás. Asombra, por el contrario, la seguridad del autor en muchas cartas en las que caben todos los tonos y matices, debido a los múltiples destinatarios y variados asuntos.



Me ceñiré aquí al tema político. Es curioso que no hayan cruzado cartas Hostos y Martí, dos personajes distintos pero unidos por la patria. El cubano es más joven (1853-1895). Ambos estudian en España filosofía y derecho — Martí termina la licenciatura—. Ambos coinciden en su inicial amor a España, pero el cubano se desengaña antes exigiendo independencia para su patria. Ambos pasan la mayor parte de su vida en el exilio, viajando de país en país y urgidos por las múltiples relaciones, dejan un amplio epistolario. La comparación favorece a Martí, más apasionado y brillante, dotado de una fuerza arrolladora que desborda en sus más de 1.500 cartas <sup>72</sup>. Fina García Marruz apuesta por su capacidad psicológica, por su sabiduría a la hora de captar a ese *otro* mejor que late en cada hombre (... tras) haberse propuesto una doble redención, política y personal: no es la patria <sup>73</sup> sólo la que quiere redimir, sino esto de preso que hay en cada hombre». Sumándose a la cruzada antillana Hostos expone sus ideas y se ofrece a aglutinar las fuerzas de los exilados cubanos en Centro y Sudamérica. El puertorriqueño y el cubano coinciden en su lucidez para avizorar el futuro, lo que alcanza niveles de profetismo en Martí.

---

<sup>72</sup> Cfr., González, Manuel Pedro. *José Martí. Epistolario. Antología*. Madrid, Gredos, 1973.

<sup>73</sup> «Las cartas de Martí» en *Temas martianos*. La Habana, 1967, p. 307.

En el epistolario de Hostos, convendría separar la primera carta, no sólo por la cronología —12 de abril del 65 en Madrid—, sino porque la narración dialogada de la famosa «noche de San Daniel»<sup>74</sup> adquiere matices ficcionales distintos a los del bloque epistolar. Se revive el aplastamiento del motín desencadenado por los estudiantes de la universidad al saber que el eminente profesor Castelar, había sido destituido de su cátedra. Episodio autobiográfico y novelado a la vez, muestra la capacidad de indignación de su autor pero sobre todo su habilidad narrativa:

«Aunque escribo con absoluto dominio de mí mismo, temo perderlo, y me apresuro a relatar la escena que presencié (...). El tropel de hombres y caballos, la confusión de unos y otros, los gritos de espanto, los ayes lastimeros, las voces quejumbrosas, los lamentos de los caídos o los atropellados nos habían hasta entonces impedido ver lo más horrible. Detrás de la caballería, con bayoneta calada y ademán hostil, corrían precipitadamente otros guardias de a pie; los caballos habían pasado por delante del Ateneo; los grupos se habían dispersado y vimos con horror y claramente que a la puerta de una relojería un hombre indefenso caía»... (pp. 1-2).

---

<sup>74</sup> Cfr. Rupérez, Paloma. *La cuestión universitaria y la noche de San Daniel*. Pról. de Manuel Tuñón de Lara. Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1975.

En realidad, el epistolario se abre en enero del 68 en Barcelona. Esta primera carta de la secuencia catalana rellena el lapsus diarístico desde Madrid: el lector se entera de las circunstancias que impulsaron a Hostos al cambio de geografía, muy relacionadas con el entusiasmo y posterior desencanto ante los liberales. Asimismo se detectan las distintas alternativas políticas en una España al borde de la guerra civil —el famoso estallido del 68— e incapaz de apreciar cómo el descontento de los jóvenes caribeños, que brujuleaban por Madrid en busca de solución para su patria, les llevará de la autonomía a la independencia y de allí a la confederación, especie de renacido ideario bolivariano.

### *La intensificación del titanismo romántico*

En consecuencia, el epistolario ilustra el titanismo del puertorriqueño. Agiganta su figura, convencido de que está librando una lucha desigual. ¿Su apoyo? La juventud del país y los liberales en los que, al principio, confía ciegamente. En cartas a Fernández de los Ríos y Sagasta se sincera: «Reserva, silencio, afectada indiferencia, mal cubierta enemistad de empresa, todo lo hemos experimentado; pero yo estoy acostumbrado a todo» (p. 28). Estamos en la Barcelona del 68 y pretende:

«1º Estimular a la juventud del país hasta que tome la parte que debe en la vida política de España;  
2º Devolver su dignidad y su confianza al pueblo, para prepararlo a reclamar su libertad;  
3º Preparar el triunfo de la idea de libertad, difundiendo los principios del partido progresista»...  
(p. 9).

Principios que enumera a continuación: libertad individual, municipal, de enseñanza... reforma judicial, descentralización y, desde luego, sufragio universal. Se muestra ferviente devoto del Partido Progresista porque cree que es el vehículo para lograrlo. Y escribe a intelectuales y políticos para dar a conocer su programa y conseguir adeptos. Pero, aunque joven y utopista intuye la cruda realidad: “no se me oculta, toda tentativa de acción desinteresada y generosa, tiene un fracaso por término probable» (p. 5). Los modelos están muy cerca y son sus maestros, por ejemplo Julián Sanz del Río a quien escribe solidarizándose por el calvario que atraviesa en Madrid:

«Mi venerable maestro:

Bienaventurado el que sufre persecución por la verdad (...). Perdónelos usted, Maestro; los infelices no saben que se hieren (...). Bendito, sí, bendito sea el momento en que pugnando con la vida que se va»... (pp. 18-19).

La intertextualidad funciona a partir de un Evangelio doblemente parodiado, desde la desacralización propia del XIX y la divinización de su protagonista inmolado por el advenimiento de la verdad —como Cristo en la cruz para redimir al mundo—. Hostos sigue adelante. El sorprendente tono de firmeza no le abandonará en Nueva York -donde le encontramos en abril del 70 visitando a su compatriota Betances rodeado de recelos-, ni en Cartagena o Panamá, Lima, Chile o Buenos Aires... si nos atenemos a una correspondencia que abarca esa geografía del 70 al 73 con pequeños saltos cronológicos. Recuerda una y otra vez a los correspondientes su actitud de servicio a la comunidad: «Yo he tenido en mi mano una fortuna política y otra fortuna pecuniaria y las he pospuesto a las ideas que hubiera sacrificado para alcanzarlas» (p. 77); y añade que «...ha probado que prefiere su independencia a su bienestar» (p. 81).

A fines del 73 —por elegir la fecha en que decide lanzar una segunda edición de *La peregrinación de Bayoán*— el titanismo se ha agigantado. Cada vez son más amplios en las cartas los párrafos destinados a perfilar su actuación: es el luchador tenaz y desinteresado, el hombre de deber que ya a estas alturas tiene muy claro el ideal independentista de las Antillas<sup>75</sup>.

---

<sup>75</sup> Cfr. Figueroa, Loida. «Eugenio María de Hostos y Bonilla, según su epistolario inédito», en *Hostos: sentido...*, op. cit., pp. 55-92.

## ***El ideal político: del autonomismo a la confederación antillana.***

Al principio, el puertorriqueño no tuvo las ideas tan claras. Lo sabemos por el *Diario* en que desnuda su desconcierto en los primeros años capitalinos; o por el protagonista de su novela autobiográfica, inexperto en la lucha contra el destino. Igualmente por sus cartas donde hace balance de su vida a través del sumario: por ejemplo el 9 de diciembre del 73, con motivo del fusilamiento en Cuba de los «rebeldes» Céspedes, Ryan, Jesús del Sol y Quesada, arde en santa indignación contra la sistemática crueldad de España y recrea su lucha para *El Argentino...* Porque «este país adolece de una verdadera caquexia» (p. 20) —comentará a Fernández de los Ríos el 3 de febrero del 68—. Incluso parece lograr una cierta empatía con Castelar, del que se distanciará después pero que ahora le promete apoyo:

«Puedo decirle que en cuanto vaya a las Cortes, pediré la responsabilidad al Gobierno Provisional por su política reaccionaria y por las leyes con que ha vulnerado la dignidad de nuestros hermanos de América. Más tarde, cuando tratemos la organización política del país, reclamaré con mi palabra y apoyaré con mi voto la autonomía de las dos islas, única solución justa, único medio de conservar la integridad nacional» (p. 22).

Hostos escribe también a Olózaga, jefe intelectual del Partido Liberal, formulando claramente su postura: «...queremos gobierno y asambleas coloniales para Cuba y Puerto Rico (que) no pueden estar contentas de su madre patria ni de sí mismas, hasta que se haya abolido la esclavitud y constituido en cada una de ellas un gobierno propio. Sin igualdad civil, sin libertad política no hay dignidad; sin dignidad no hay vida. Las Antillas no viven, languidecen, como languidecía la tenebrosa España de Isabel de Borbón» -dirá tras la Gloriosa (pp. 32-33) y el subsiguiente desengaño: a los liberales no les importan las islas-. La postura está clara y se convertirá en bandera de muchos. Por eso apoyará la independencia de una Cuba que, con Martí, había dado pasos de gigante en este sentido <sup>76</sup>; ambas islas constituyen un todo por el que luchar. Así lo hace

---

<sup>76</sup> Y dará muchos más andando el tiempo. Martí se hará cargo desde Nueva York de una compleja tarea: coordinar los centros de conspiración independentistas, uno en Estados Unidos —que unificó en el Partido Revolucionario Cubano fundado el 10 de abril del 92—; otro en Cuba y otro en Santo Domingo cuya autoridad militar era Máximo Gómez... Pero había que contar también con Maceo y suavizar asperezas... Por fin fundará el periódico *Patria*, cuyo primer número es de 14 de marzo del 92 y que mantuvo prácticamente hasta su muerte. Allí salieron artículos como «El convite a Puerto Rico», «Adelante, juntos», «Vengo a darte patria» —especialmente significativo porque resume toda la historia de la revolución y sus hombres hasta la fecha (14-III-93)—... y varios más sobre el partido revolucionario cubano y las cuestiones candentes del autonomismo y anexionismo, siempre criticadas por él al considerarlas como fracaso de una revolución que debería ser independentista... Cfr. al respecto Bueno, Salvador. *José Martí y su periódico «Patria»*. Barcelona, Puvill Libros, 1997.

saber en el famoso discurso del Ateneo, que levantó ampollas y fue seguido por una concienzuda labor de difusión en los periódicos, con artículos como *Los trastornos de Puerto Rico*, *La isla de Puerto Rico* y *el Poder Ejecutivo*; ¿cuál de las dos formas de gobierno, monarquía o república, realiza mejor el ideal del derecho?. En carta de 20 de diciembre al director de *La Voz del Siglo*, dice quizá por vez primera «...que la única libertad posible en las colonias españolas es la federación» (p. 34).

En resumen, las cartas del 68 español muestran al isleño bien situado. Sus destinatarios son los políticos e intelectuales más relevantes del momento, entre los que se mueve con soltura y dignidad a pesar de sus problemas económicos. Prueba de ello es que, tras el triunfo de la revolución, llega incluso a ofrecérsele el puesto de gobernador de Barcelona que no aceptará.

El *Epistolario* salta a comienzos del 70, fecha en que está en Nueva York iniciando su definitiva etapa americana. Las cartas van siguiendo sus pasos por Cartagena, Panamá, Lima, Chile y Buenos Aires, en lo que ya es la incansable actividad pública de un patriota reconocido. Cartas a amigos, misivas a políticos y medios de comunicación, voceros de la lucha de quien se atreve incluso a ofrecerse a Miguel Aldama -Presidente de la Junta Cubana de Nueva York- como representante de Cuba en Perú. La gestión no tendrá éxito de momento, pero el isleño no olvidará el problema de los emigrados, uno de



sus centros de atención en los tres años siguientes en que fue llenando Hispanoamérica de centros de apoyo, clubes y asociaciones... Como Martí, que vive en Nueva York con la mirada en la patria para ofrendarle su vida en el desembarco del 95, cuando la acción parezca inevitable Hostos la apoyará con su persona. Así en 1875 dejará Chile al enterarse del plan de desembarco en Cuba, si bien tiene la seguridad de que ésta no es la solución al problema. Será un claro heredero de Bolívar —de hecho escribió recordando la gratitud que le adeudan los americanos<sup>77</sup>-. Independencia implica... “la confederación de todas las Antillas y, como fin por venir, la liga de la raza latina en el nuevo continente y en el archipiélago del Mar Caribe»... (p. 65). Y apuesta por ello de forma honesta y rotunda: «Yo no he escrito —dirá— ni pronunciado una palabra que no sea directa expresión de mi conciencia, y creo en conciencia que es verdad cuanto he dicho sobre la revolución de las Antillas» (p. 65).

---

<sup>77</sup> «Hay un hecho más memorable que ninguno: fue la intención libertadora de Bolívar» —dirá en determinado momento. Y en su artículo «Lo que intentó Bolívar», dirigido a *La Opinión Nacional* de Caracas, hoy en *Obra literaria selecta* (Ed. de J. C. López. Caracas, Ayacucho, pp. 339-341)— alude al “hombre-legión, al hombre-idea y al hombre-humanidad. Al primero porque rompió nuestro sueño de vida colonial para nuestra redención. Al segundo, porque concibió la unidad de la patria continental; al tercero porque proclamó que Cuba y Puerto Rico eran parte esencial del Continente». Cfr. Zea, Leopoldo. «Hostos como conciencia latinoamericana», en *Hostos: sentido...*, op. cit, pp. 509-520; y Dávila, Marcos Reyes. «Hostos, la llamarada escrituraria», en *Ibíd.*, pp. 553-568.

En conclusión, del 68 al 73 se ha forjado un político visionario pero prudente, con los pies en la tierra, que escribe con pasión y elige con cuidado a sus destinatarios; que sabe ser escueto, ir al grano, pero también gusta de reconstruir su titánica lucha por la libertad de los hombres sean los de la metrópoli en trance de revolución, o los antillanos, aun más urgidos a un cambio que les consolide como árbitros del porvenir americano.



### 3. *La peregrinación de Bayoán: del diario a la novela*

Entre los primeros diarios y las cartas iniciales de Hostos aparecerán las dos ediciones de *La peregrinación de Bayoán*, novela que centrará mi estudio<sup>78</sup>. Se abre como un diario del protagonista cuya primera entrada es de doce de octubre. Desde esta fecha hasta el veintitrés de febrero se suceden distintas anotaciones que en la edición que manejo ocupan unas doscientas cincuenta páginas. Se trata del diario de Bayoán, joven puertorriqueño a quien encontramos «a bordo». La rúbrica de cada entrada fija el cronotopo que en el texto es muy sobrio -día y mes, «por la noche, mediodía, mañana»... sin señalar el año, aunque sabemos de su contemporaneidad por la referencia a la metrópoli.

---

<sup>78</sup> Cfr. Lorente Medina, Antonio. «Hostos, España y la génesis textual de *La peregrinación de Bayoán*», en *Actas del XXIX Congreso del I.L.L.I.*. Tomo II, vol. I. Barcelona, 15-19 junio 1992. Publicadas por Joaquín Marco. Barcelona, PPU, 1994, pp. 295-306.

La navegación se desarrolla en dos partes: la primera tiene como marco el Caribe (pp. 101-217) y la segunda refiere la travesía hasta España (pp. 218-283). Dos tramos del mismo viaje a la metrópoli planteados, aparentemente, con una cierta incoherencia geográfica porque Hostos quiere dar un repaso a la historia colombina y necesita pasearse al hilo del descubridor. Por ello, el protagonista viaja primero hacia el occidente contorneando las islas del archipiélago: Santo Domingo, Santiago de Cuba, La Habana y su bahía y, por fin, la capital de Puerto Rico. Se trata de puntos entrevistados casi siempre de lejos, si bien los breves desembarcos permiten conocer más de cerca una naturaleza descrita desde los cánones del momento. Las estancias en tierra, no obstante, impulsan la acción narrativa: en la primera Bayoán conocerá a Marién lo que da un vuelco espectacular a su existencia: «en el cielo» titulará la anotación de veintiocho de noviembre en que detalla pormenorizadamente el feliz encuentro. Tras una breve navegación que los separa, se consolida el idilio en el Dorado puertorriqueño.

Por fin, ambos embarcan rumbo a España, en un viaje con alternativas y microhistorias como la del anciano patriota. Se intensifica el conflicto amor/deber en Bayoán. Las disquisiciones ensayísticas irán cediendo ante la historia amorosa que se adueña del texto y cuya dinámica contaré en el apartado correspondiente.

Hasta aquí, el diario de Bayoán que corresponde a poco más de un año, tiempo de la historia. La focalización no escapa al *yo* del protagonista que describe el entorno y narra los acontecimientos. No obstante, además de la descripción y el sumario narrativo, el texto introduce muchas escenas dialogadas que lo agilizan. Porque el molde diarístico tiende a crear una rutina que adormece a los lectores. Y las disquisiciones ensayísticas y alguna visión alegórica abruma la historia y tienden a ralentizarla, lo que puede ser un obstáculo para la ficción. Aún así Carilla, al estudiar la novela hispanoamericana durante el romanticismo, no la considera «novela-ensayo», género en el que sitúa por ejemplo la *Peregrinación de Luz del Día en América* (1875), del argentino Alberdi, o *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes* (1895), del ecuatoriano Montalvo. La considera «novela política» por derecho propio <sup>79</sup>.

Interesa examinar los prólogos que plasman la génesis de la obra y la teoría poética del autor, así como las posibles concomitancias entre la novela, el *Diario* y el *Epistolario*. Atendiendo a la cronología de la gestación y segunda edición de la novela, cabe relacionar la obra del 63 con páginas del *Diario* y la del 73 con las del *Epistolario*, en los años correspondientes.

---

<sup>79</sup> Cfr. Carilla, Emilio. *El romanticismo en la América Hispánica*. Madrid, Gredos, 1967, tomo II, p. 73.

### **3. 1. *El paratexto. La poética de los prólogos.***

En esta obra de Eugenio María de Hostos el paratexto<sup>80</sup> cobra una importancia singular, como era previsible teniendo en cuenta la época y la personalidad ética. El nombre del autor, en consecuencia, será fundamental para ese lector destinatario, en lo que no es sino una autobiografía poco disimulada. En cuanto al prólogo, sintetizará las claves del autor plasmadas en su escritura, simple vehículo de sus ilusiones y luchas.

#### **3. 1. 1. *El prólogo de la primera edición.***

El joven Hostos antepone a su obra un prólogo breve, pero esencial para entender el por qué de la escritura plasmado en un título simbólico. Se abre así:

«Este libro más que un libro, es un deseo; más que un deseo, una intención; más que una intención, es sed.

---

<sup>80</sup> Para este concepto, cfr. Genette, Gérard. *Palimpsestes. La littérature au second degré*. Paris, Seuil, 1982, p. 7). Para Genette dentro del paratexto cabe «...titre, sous-titre, intertitres; préfaces, postfaces, avertissements, avant-propos, etc; notes marginales, infrapaginales, terminales; épigraphes; illustrations; prière d'insérer, bande, jaquette, et bien d'autres types de signaux accessoires, autographes ou allographes, qui procurent au texte un entourage (variable) et parfois un commentaire, officiel ou officieux, dont le lecteur le plus puriste et le moins porté à l'érudition externe ne peut pas toujours disposer aussi facilement qu'il le voudrait et le prétend» (p. 9). Cfr. también Lane, Philippe. *La périphérie du texte*. Paris, Nathan Université, 1992.

Sed de justicia y de verdad;  
Intención de probar que hay otra dicha mejor que  
la que el hombre busca:  
Deseo de que el ejemplo fructifique»<sup>81</sup> ..

En este párrafo de textura romántica los términos establecen correlaciones entre sí, en un movimiento envolvente de ida y vuelta cuyo centro son la justicia y la verdad. Términos de distintos campos semánticos se van entrelazando con naturalidad hasta llegar al último, que supone un salto metafórico. En efecto, mediante el asíndeton el deseo se transforma en intención, la intención en sed de justicia y verdad —lo que apunta al evangélico «la Verdad os hará libres»—. Todo cuadra a la perfección porque la libertad de España y de la isla es fin último de la escritura.

En cualquier caso, justicia y verdad son el faro luminoso que guía al peregrino. En los párrafos siguientes, una voz —el autor— abre en el texto un doble diálogo tras haberse implicado como un personaje más, puente entre el protagonista y los lectores que deberán aprender el mensaje. Porque la

---

<sup>81</sup> *La peregrinación de Bayoán. Diario Recogido y Publicado por Eugenio María Hostos. Obras Completas (Edición crítica). Vol. I. Literatura. Tomo I.* Ed. revisada y anotada por Julio César López, Vivian Quiles-Calderín y Pedro Álvarez Ramos. Pról. José Emilio González. San Juan de Puerto Rico, Instituto de Cultura Puertorriqueña y Universidad de Puerto Rico, 1988, p. 97. En adelante citaré en el texto por esta edición.



novela tiene una finalidad didáctica: transmitir las experiencias de Bayoán, el alter-ego de Hostos quien, al tomar la palabra para dirigirse al autor, sienta las bases de esa desdicha gloriosa que aguarda como premio al hombre justo:

«Bayoán me lo dijo: “Feliz, amigo mío, quien tiene el valor del sufrimiento; porque ése al concluir su peregrinación por este mundo, habrá encontrado su Jerusalén, su Dios.”» (p. 97).

El autor asume las palabras de su protagonista en cuyo vocero se convierte al dirigirse a sus destinatarios. La novela está escrita para «que el ejemplo fructifique»; y parece que el autor hubiese anticipado en la de Bayoán su propia peregrinación a partir del 68, en que abandona España:

«Vosotros, los que en vez de vivir, peregrináis, seguid con paso firme: la desdicha que os espera es tan gloriosa, que no la trocaréis por la inútil felicidad de los felices.

Los que no peregrinan, que no lean» (p. 97).

Con estas palabras trabadas por el oxymoron comienza a esclarecerse el sentido del título, de

raigambre religiosa<sup>82</sup>, pero inmanente y altruista, a tono con el laicismo de ese mundo krausista...

La segunda parte del prólogo glosa otro tema, referido al estatuto textual:

«al publicar este *Diario*, cometo una profanación (...). Perdónenme si, por el misterioso anhelo que tengo de ventura para ellos, robo a la oscuridad un *Diario* escrito en la oscuridad de una conciencia» (pp. 97-98).

¿Un diario? ¿Simple falacia para introducir el texto al estilo del manuscrito hallado? Críticos como Beauchamp<sup>83</sup> van más allá: en realidad, el texto forma parte de los primeros diarios escritos en Madrid y vertidos en la novela. ¿Apoyos para esta interpretación? Las mismas palabras del puertorriqueño que en ambas ediciones dice en el subtítulo «Diario recogido y publicado por Eugenio María de Hostos». Además el vocablo «diario» se empleará un par de veces en el interior de la novela cuando el editor identificado con

---

<sup>82</sup> Cfr. Cataluña Rigoberto, Víctor. *Eugenio María de Hostos. Su forma de vida, su obra y su pensamiento*. Madrid, Universidad Complutense, 1985. Difiero de su tesis, según el cual «el trascendente mensaje de esta peregrinación hostosiana es un eco fiel de aquel otro trascendental y divino mensaje que Cristo Jesús legara a sus íntimos, momentos antes de su Pascua o tránsito, camino de este mundo al Padre», p. 80.

<sup>83</sup> Cfr. Beauchamp, José Juan. «*La peregrinación de Bayoán: crisis de la novela y novela de la crisis de la búsqueda de valores*», en *Talleres*, San Juan de Puerto Rico, 5, 1989, núms. 1-2, p. 119.

Hostos - quien se ha introducido como un personaje más en el texto para completar las lagunas textuales de Bayoán- dice: «...después de vacilar por largo tiempo, me decidí a dar el *Diario* al público» (p. 302). No obstante, existe una elaboración, personajes y núcleos narrativos que invalidan afirmaciones tan excesivas como la de Cataluñá Rigoberto:

«*La peregrinación de Bayoán* no es otra cosa que un simple diario autobiográfico, pese a su carácter simbólico-político»<sup>84</sup>.

Más completa e inteligente, la evaluación de Juan Manuel Rivera pone las cosas en su sitio:

«*La peregrinación de Bayoán* no será una gran novela, como ya es sabido; pero es una novela importante como documento autobiográfico, y como testigo de un momento angustioso de la conciencia puertorriqueña del pasado. Baraja o espejo mágico, en ella se encuentran dibujados muchos episodios de la vida futura del autor (...). Es una profecía que empezará a cumplirse seis años después de pronunciada, cuando Hostos (...) enderezara hacia el sur la ruta de su peregrinaje»<sup>85</sup>.

---

<sup>84</sup> *Eugenio María de Hostos...*, op. cit., p. 69.

<sup>85</sup> Rivera, Juan Manuel. «*La peregrinación de Bayoán*: fragmentos de una lectura

### 3. 1. 2. *El prólogo de la segunda edición.*

¿Qué ha ocurrido del 63 al 73 para que a Hostos le merezca la pena volver a editar su vieja novela? ¿Hasta qué punto expresa todavía en lo esencial su ideario, si bien más perfilado? La explicación más simple se debe a críticos como Rosa:

«Aunque, decía en el prólogo, su intención inicial había sido la de escribir la novela de una vez para después no tener que seguir perdiendo el tiempo escribiendo ficciones y dedicarse a tareas más serias, se ve obligado a continuar escribiendo, o reescribiendo la novela; a pesar suyo tiene que seguir *con la pluma en la mano*»<sup>86</sup>.

Es decir, Hostos reedita en Chile *La peregrinación...* porque sus ideas no han llegado al público. ¿Las causas? La sagacidad de una censura que hizo retirar la edición en Puerto Rico (pp. 94-95), pero sobre todo el absoluto anonimato de su autor.

---

disidente, en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Lima, 15, 2º semestre 1989, núm. 30, pp. 52-53.

<sup>86</sup> Rosa, Richard. Comentarios a Doris Sommer. «Puerto Rico a flote; desde Hostos hasta hoy», en *Op. Cit. El Caribe entre imperios (Coloquio de Princeton)*. Ed. Arcadio Díaz Quiñones. Río Piedras, Universidad de Puerto Rico y Comité del Centenario del 98, 1997, núm. 9, p. 265.

El prólogo se abre así: «voy a relatar la historia de este libro». Y, en efecto, el autor intercala un relato semiautobiográfico, enmarcado por la ejemplaridad y titanismo romántico: «quiero que la juventud tenga en la historia de este libro un buen ejemplo y en la personalidad que de ella se destaca, un buen amigo» — dirá (p. 68)—. El texto tendrá entonces -1873- el sentido didáctico y testimonial propio de un krausista:

«El mundo me ha derrotado muchas veces, cuantas veces he intentado hacer un bien con mi pluma, con mi palabra, con mis actos, con mi vida. No me he desalentado jamás, y cada vez que mis principios han necesitado un sacrificio de amor propio, de afectos, de interés, de porvenir personal, el primero en ofrecerse al sacrificio he sido yo» (p. 68).

Son palabras muy cercanas a las de su epistolario. Y añade: “la personalidad que es hija del combate y del dolor tiene el derecho de hablar y ser oída, porque tiene la conciencia de ser desinteresada y ejemplar” (p. 65).

### ***El nacimiento de un escritor: las escenas narrativas.***

Hostos refiere la génesis del libro por medio de una escena que dosifica el suspense y permite asistir al nacimiento de un escritor:

«Tomé pluma, tinta, papel y escribí.

A la media hora salí radiante de alegría, y gritando: *Aquí está el libro*, leí a Rada los seis primeros diarios de LA PEREGRINACIÓN DE BAYOÁN (...) el libro estaba escrito en mi cerebro, y era imposible que no obedeciera a mi mandato; él saldría» (p. 74).

A partir de este momento, el prólogo se convierte en una alternancia de escenas y sumarios que dan cuenta de la escritura. La historia va progresando en torno a un escritor-protagonista que lee su obra ante el editor Rada y un grupo de españoles reticente, lo que augura una recepción problemática, como se confirmará después. ¿Qué le queda al autor? “yo tenía el poder de castigar eficazmente con mi pluma a los soberbios que encadenaban y esclavizaban a mi patria» -afirmará (pp. 79-80)-.

La escena con el cajista de la imprenta que le reclama material tiñe de romanticismo el nacimiento de un escritor genial, intuitivo, capaz de generar texto literario de la vida misma:

«—Pues yo no tengo original. Descansaba en la lentitud de Uds, y nada he escrito.

—¿Y eso?

—Eso son apuntes de viaje (...).

Y tanto me importunó que yo tomé uno de los manojos de papel que había revuelto sobre mi escritorio, y se lo entregué.

No había sido una distracción. El manuscrito entregado era un episodio interesantísimo del viaje más fructuoso que yo había hecho en el periodo más crítico de la adolescencia (...). Al ser sorprendido desprovisto, se me ocurrió que aquel episodio podía, no sólo suplir, sino completar mi obra» (p. 85).

Sobre este pasaje pivotan cuestiones críticas como la identidad autor-personaje, es decir, Hostos-Bayoán. O la génesis del texto narrativo: son apuntes de viaje personales lo que trasvasa a la novela. Estas palabras del prólogo dan cuenta de su taller de laboratorio: «antepuse al episodio unos cuantos *diarios* que lo preparaban, iluminé el cuadro con la presencia de Marién»... (p. 85).

Además, pareciera que cada escena está pensada por el autor en pro de esclarecer su pensamiento: así, por ejemplo y siempre dentro del prólogo, un grupo de amigos escucha el episodio que glosa los amores de Bayoán y Marién, con su conflicto amor/deber. El entusiasmo es total. Pero... ¡no han entendido nada! Se trata de una cuestión ética y no de un calculado recurso sentimental -defecto típico de los folletines-:

«—¡No siga Ud! Déjeme Ud. saborear la emoción que me ha producido ese trozo.

—Pero si es una vulgaridad —observé yo.

—Eso es arte —exclamó el novelista Entrala, que me había mirado tanto, mientras yo leía, que yo creí que me oía—. Eso es arte, enaltecer la vulgaridad hasta hacerla producir efectos nuevos» (p. 83).

Por último la escena del censor (pp. 86-87), al margen de la crítica al personaje por su falta de profesionalidad, marca las pautas de la recepción crítica en esos diez años: la obra se considera blasfema, irreligiosa y antiespañola. Ergo... no es tolerable. El tiempo transcurrido permite a Hostos jugar a profeta aprovechando los hechos consumados :

«¿No probaba la conducta observada con mi libro, que hasta en el campo de las letras éramos tiranizados los colonos? Porque, a mis ojos, (...) el vacío que se hacía a mi alrededor era efecto en gran parte del espíritu americano y de la intención antiespañolista de mi obra» (p. 91).

En resumen, hay una lógica en el encadenamiento de escenas que hilvanan la historia narrada en el prólogo: la génesis de la obra a partir de los propios diarios de Hostos; el qué sea la literatura; la corrupta censura que sólo ve colonos blasfemos y no escritores valiosos en gente como el puertorriqueño y, por fin, la recepción crítica preconizada por las reacciones del privilegiado



grupito... Se busca el juicio de la colectividad, de escritores y público; se obtiene, sólo el apoyo de amigos —Miralles, Entrala y Rada— bienintencionados pero temerosos de expresar públicamente sus ideas (pp. 93-94). El desconsuelo del autor es total. Narrativamente hablando esta parte del prólogo tiene su interés. Hostos consigue volver a crear el suspense con un falso guiño al lector: ¡por fin llega el triunfo! La secuencia se articula en torno a una carta del general-escritor Ros de Olano:

«...mi libro había sido para él *como algo que caía del cielo*. Si yo lo hubiera creído, Goethe habría hecho menos en *Werther* que yo en *Bayoán* (...). Aquella carta era más que un acontecimiento en mi vida; era si yo quería, el prólogo de mi nueva vida» (p. 89).

La tentación del triunfo fácil... pero Olano es amigo de O'Donnell, ergo... “yo iba irremediamente a parar en el mar de la Unión liberal, a caer postrado a los pies de O'Donnell, a ser uno de los mil palaciegos de aquel liberticida que, después de haber asesinado la libertad de las Antillas, la apuñaleaba en España. ¿Y era eso lo que me proponía? ¿No era lo contrario, servir a la libertad, combatir a sus enemigos, elevarme por mi propio esfuerzo, darme a conocer por mí mismo, no por mediaciones poderosas, lo que yo intentaba?» (p. 90).

Hay que ser cautos: estas palabras corresponden al 73, cuando la revolución del 68 ha abierto definitivamente los ojos al puertorriqueño. Diez años antes se definía como liberal autonomista. Ahora las cosas han cambiado. Mínimo consuelo en esta cadena de decepciones, la carta de una mujer que no escatima elogios. Hostos reacciona: «con un solo hombre como aquella mujer hubiera yo podido hacer en breve tiempo lo que tanto me ha costado después y todavía no he podido conseguir» (p. 93). Habla, una vez más, el krausista del 73 pionero de la educación laica y la formación de las señoritas <sup>87</sup>. Desde esa óptica, la referencia a la recepción crítica femenina dice mucho del pedagogo.

***El deber de ser un hombre lógico, un hombre completo.***

«¡Hombre lógico! ¿Quién es capaz de concebir ese ideal sin temblar en todas las raíces de su ser al concebirlo?» (p. 75).

---

<sup>87</sup> Cfr. al respecto Guerra Cunnigham, Lucía. «Feminismo e ideología liberal en el pensamiento de Eugenio María de Hostos», en *Hostos: sentido...*, op. cit., pp. 361-374.; y Mora, Gabriela. «Hostos y la mujer», en *Ibidem*, pp. 707-720. Mora recuerda cómo, recién llegado a Chile, Lastarria le invitó a exponer sus ideas en la Academia de Letras, que acababa de fundar. Allí leyó sus trabajos sobre «La educación científica de la mujer», tres conferencias publicadas en la *Revista Sud-Americana* de Santiago de Chile, el 10 de junio, 25 de junio y 25 de julio, respectivamente.

Esta doble exclamación e interrogación retórica, muy del gusto romántico, constituye uno de los núcleos vertebradores del prólogo: el sintagma «hombre lógico» condensa el máximo ideal del ser humano. En el *Diario* es notoria la lucha por forjarse a sí mismo; en consecuencia, el lector espera que Hostos lo aplique a su alter-ego narrativo que protagoniza la aventura de *La peregrinación...* Y así lo hace. «La tarea de una vida, consagrada a dar un hombre lógico (...) consiste en eliminar facultades exclusivas y en suprimir pasiones absorbentes» —dirá con aplomo (p. 76) —. A lo largo de la novela eso se traduce en una lucha sorda e ininterrumpida entre el deber con la patria y el amor a Marién. Y, por lo que se refiere al impulso amoroso, acabará concretándose en una nueva dicotomía cuyos polos son la atracción sensual, por un lado, y la devoción espiritual de cuño romántico, por otro. Él no deja de ver su tarea como un calvario del que se excluyen gloria, poder y ventura, elementos apetecidos por todos.

El hombre lógico no es un ideal inmutable: «serlo todo en una vida; sentimiento y fantasía en la primera edad; razón y actividad en la segunda; armonía de lo pensado y lo sentido en la tercera; conciencia en todas ellas, es imponerse una tarea tremenda»... (p. 76). El autor lo vive y obliga a ello al titubeante Bayoán, todavía en barbecho cuando se abre la novela, en la confianza de que «...ser hombre lógico, no es ideal inaccesible, no es empeño inútil, no es tarea imposible»... (p. 76).

## ***El deber de abogar por la libertad.***

Por lo que se refiere a la gestación de esta novela-diario, el contacto con la metrópoli dará una perspectiva más amplia a lo que habría sido una mirada a la colonial Puerto Rico. Con asombro descubrirá que «España tiranizadora de Puerto Rico y Cuba, estaba también tiranizada» (p. 71). Y, en consecuencia, concluirá ensanchando la patria política:

«... Si la metrópoli se libertaba de sus déspotas ¿no libertaría de su despotismo a las Antillas? Trabajar en España por la libertad ¿no era trabajar por la libertad de las Antillas? (p. 71).

En estas palabras está el meollo del por qué de su lucha y de su escritura, que no es más que un instrumento al servicio de la verdad. Y así el autor tiende un puente al prólogo del 63, donde la búsqueda de la verdad ocupa un espacio central: «Las Antillas estarán con España, si hay derechos para ellas; contra España, si continúa la época de dominación» (p. 80). En consecuencia, será autonomista hasta el 68 y sufrirá las consecuencias en el futuro. Hostos aún no ha desarrollado una identidad puertorriqueña, si bien la idea de nación está en vías de ser conceptualizada

por los intelectuales hispanoamericanos del XIX<sup>88</sup>. Y cuando hable de «nación» y «patria», es el hombre del 73 quien se proyecta sobre el pasado, una vez adquirido el sentido de identidad política del que carecía en el 63. En consecuencia, realiza una doble relectura: por un lado de su persona y sentimientos exagerando su papel de víctima; y por el otro de Bayoán, cuyos actos se reinterpretan al calor de la nueva identidad nacional. Todo lo que caracteriza a Bayoán se aplica implícitamente al autor: es él quien desnuda su alma ante el público, tratando de encontrar un destinatario que comprenda su lucha por la libertad. De forma que el titanismo romántico iguala al escritor y su personaje:

«¿Por qué, sino por consagrarse entera y exclusivamente al deber de libertar su patria, ahogaba *Bayoán* los afectos más puros, sofocaba los deseos más venturosos, sacrificaba los deberes secundarios, su amor, su felicidad?»... (p. 82).

Del autonomismo o la federación con España, a la independencia y confederación de las Antillas... El instrumento será la escritura porque «...la conquista de un nombre literario es la conquista de un poder. El poder

---

<sup>88</sup> Cfr. *Imaginar la Nación*, coordinado por François-Xavier Guerra y Mónica Quijada (Münster, Lit y Ahila, Cuadernos de Historia Latinoamericana, 1994). También el número 178-179 de la *Revista Iberoamericana*, de Pittsburgh (63, enero-junio 1997) dedicado a *Siglo XIX: fundación y fronteras de la ciudadanía*.

me hacía falta para servir inmediatamente a mi país, olvidado, vejado, escarnecido» (p. 77).

***El arte por el arte frente al libro útil: la escritura como deber y la gloria como poder.***

Los términos del problema están claros: la gloria literaria es poder sin el cual el hombre colonial no existe frente a la metrópoli. Así se entiende que en las páginas de Hostos el lector se enfrente a una clara disyuntiva: el libro útil frente a la simple obra de arte. Tampoco sorprende, entonces, el recelo hacia la ficción del escritor puertorriqueño, paradójico puesto que demostró soltura en ese campo. Recelo que vencerá para reeditar *La peregrinación de Bayoán*, «...el único de mis trabajos literarios que contemplo con orgullo y puedo leer sin la tristeza piadosa que tengo para las obras de imaginación» —dirá (p. 68)—. Es que se trata de un libro útil, concebido como portavoz de sus ideales y no mera obra de arte. Por eso lo rescata en el 73, cuando piensa ponerlo al servicio de la patria, es decir, de todo el Caribe. Y, por el contrario, lanza sus dardos contra el vacío retórico de tantos romanticismos y esteticismos premodernistas: «hay en el mundo demasiados artistas de la palabra, demasiados adoradores de la forma, demasiados espíritus vacíos (...). Las letras son el oficio de los ociosos o de los que han terminado ya el trabajo de su vida» —dirá con desdén (p. 78)—.

Hostos se siente como un mesías redivivo para despertar al mundo en tinieblas: «...si algo no he perdonado y si algo no perdono todavía es que aquel silencio inesperado me haya obligado, imposibilitando mi plan, a seguir con la pluma en la mano. Lo que en mi intención no era más que un instrumento de combate, ha tenido que convertirse después en fin de vida» (p. 94). Y puesto en esa tesitura, atisba la posibilidad de aunar lo literario con lo sociopolítico, sin que lo primero se supedita necesariamente a lo segundo. Es una de las escasas ocasiones en que Hostos contempla una posibilidad que redime a la literatura de su función de «ancilla» de la realidad contextual:

«...imaginé un plan en el cual estuvieran de tal modo ligadas entre sí las ideas que deseaba exponer, que el fin literario de la obra contribuyera a su objeto político y social; y que éste, presentado como objeto secundario resplandeciera tanto más claramente cuanto más absorbido pareciera por el fin literario de la obra» (p. 78).

Ésta será la justificación última de *La peregrinación de Bayoán*, una obra cargada de simbolismo dentro de las novelas del XIX hispanoamericano.

### 3. 2. *El paratexto: la clave.*

Bajo este epígrafe —«Clave»— Hostos inserta una página que no consta estuviera en la primera edición de la novela, unas líneas escuetas propiciadas por el didactismo de los 70. Mucho más imbuido de su misión debe asegurarse de que no fracase por la incompetencia del público.

La clave traduce el simbolismo de los nombres<sup>89</sup>, en su mayoría geográficos —Borinquén, Haití, Cibao, Luquillo, Guanahaní, Higüey—. ¿Explícitos? Tal vez, pero el autor es consciente de la lejanía cultural entre la metrópoli y sus colonias; le interesa crear lazos de unión que puedan servir de refuerzo a la epopeya en la que se están embarcando los caribeños.

En cuanto a los nombres precolombinos de los protagonistas, se insertan en la tradición indianista del romanticismo hispanoamericano y en el contexto de la lucha liberadora contra España se cargan de connotaciones para el lector antillano: la belleza de Marién, la comarca cubana que hoy conocemos como Mariel; o la valentía de Guarionex, el poderoso cacique de la actual Haití. La trilogía onomástica se tiñe de audacia con Bayoán, «nombre del primer indígena de Borinquen que dudó de la inmortalidad de los españoles» (p. 99). En consonancia a él

---

<sup>89</sup> Cfr. Lorente, Antonio. «La peregrinación de Bayoán o la aventura mítica de la redención», en *Anuario de Letras*, México, 28, 1990, pp. 327-339.



corresponde poner en tela de juicio el status colonial y abrir la brecha del independentismo. Y ello a pesar de incoherencias reseñadas por críticos: «...el nombre de los personajes resulta un tanto artificioso, puesto que ni son indios, ni mantienen una relación de identidad étnico-racial que rompa el marco de lo Occidental»<sup>90</sup>. Aún así inmersos en una realidad colonial, no deja de ser atrevido el final de esta clave:

«Estos tres nombres: *Guarionex, Bayoán, Marién*, representan en este libro la unión de las tres grandes Antillas, Santo Domingo, Puerto Rico, Cuba» (p. 99).

Tal vez por ello, la edición salió en Chile. En España hubiera sido imposible una apuesta tan directa por el cambio de status. El hombre público Hostos tiene ya perfectamente definido un ideario, que expone a la opinión pública sin tapujo alguno.

### **3. 3. *Del paratexto al texto: el título como símbolo del tema.***

A distinto nivel, título y subtítulo son elementos fundamentales de la propuesta del autor -como

---

<sup>90</sup> Rivera, Juan Manuel. «*La Peregrinación de Bayoán: fragmentos de una lectura disidente*», en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 15, Lima, segundo semestre de 1989, núm. 30, p. 40.

advirtieron Genette y Couégnas<sup>91</sup> -; identifican la obra, designan su contenido y lo potencian. Esas funciones pueden moverse a nivel de simple denotación o cargarse de connotaciones a través de metáforas, metonimias, sinécdoques... incluso alegorías.

Volviendo los ojos a la novela y de acuerdo con el diccionario de la R.A.E. peregrinación es un «viaje por tierras extrañas». Y las Antillas resultan extrañas a un Bayoán que, en esa búsqueda de identidad patria, necesitará un reencuentro profundo con los viejos lugares para resemantizarlos, antes de saltar a España buscándole sentido a su vida. Ése es en realidad el tema de la novela, que se ve amenizada con una romántica historia amorosa; tiene mucho de cruzada, por cuanto la segunda acepción del diccionario —«viaje que se hace a un santuario por devoción o por voto»<sup>92</sup>— no resulta del todo inadecuada: Bayoán sacraliza una misión que tiene todas las trazas de un viaje iniciático. Además y a pesar del laicismo de la obra, cabría asumir la acepción figurada del diccionario: «la vida humana considerada como paso para la eterna»... La vida como camino, viaje o peregrinación es un *leitmotiv* literario desde la *Odisea*, si bien lo religioso es más claro en obras medievales como la *Divina Comedia*

---

<sup>91</sup> Cfr. *Introduction à la paralittérature*. París, Seuil, 1992.

<sup>92</sup> La *Peregrinatio Egeriae*, relato de la peregrinación que la citada monja hiciera a los Santos Lugares en el siglo VI, es el modelo por antonomasia de esa acepción, tal vez el intertexto último —si bien no premeditado— de esta nueva peregrinación decimonónica.

y lo iniciático abarca desde los cuentos de hadas hasta *El señor de los anillos*, de Tolkien.

No obstante, me atrevo a postular un intertexto mucho más cercano, el *Childe-Harold* de lord Byron (1788-1824). Su autor fue un personaje popular, excéntrico y apasionado, que viajó a España, Portugal, Grecia, Turquía y los Países Bajos. Hubo de expatriarse y se convirtió en el símbolo del exilado romántico, del héroe por antonomasia, al embarcarse en las luchas por la emancipación de Italia. Su obra generó imitadores y gozó de una recepción amplísima en Hispanoamérica, hasta el punto de igualar a Víctor Hugo<sup>93</sup>. Su prestigio, más que en lo literario o político, se debía a su magnetismo personal. A Hostos ha debido interesarle su aureola de libertador, de hombre capaz de arriesgar la vida por un ideal. Tal vez desconocía entonces que el inglés sintió una gran admiración por Bolívar e incluso proyectó un viaje hacia América que no pudo ser. Sea como fuere, *La peregrinación de Bayoán* concuerda con esos ideales y pasó a formar parte de un corpus marcado por su herencia y que tiene en común el vocablo configurador del título: *Peregrinations d'une paria* (1837) escrito en francés por la cubana Flora Tristán; *la Peregrinación de un alma triste* de Juana Manuela Gorriti; o *la Peregrinación de Luz del Día en América* (1875), de Alberdi, por citar algunas.

---

<sup>93</sup> Cfr. Carilla, Emilio. *El romanticismo...*, op. cit., tomo I, pp. 83-87.

### 3. 3. 1. *La peregrinación como viaje iniciático: del caos al orden.*

«Este viaje/búsqueda es un viaje a través de la historia (Colón), es un viaje a través de la conciencia (Hostos), es un viaje por el cuerpo de Marién, y es también representativo del viaje de la pluma a través del papel (el texto literario) Bayoán diría que el diario es en este caso su nave para poder explorar el mar de su conciencia»<sup>94</sup>.

Viaje iniciático pero ¿en qué dirección? Porque Ángel Rivera —cuya cita acabo de recoger— considera que el protagonista parte del caos y se enfrenta a él a modo de peregrinación por la historia, la naturaleza que evoca esa historia, la conciencia propia y de su autor identificadas; la psicología de la amada y el papel en blanco del diario que le sirve de lazarillo en el proceso. *La peregrinación de Bayoán* no es sino «la exposición desnuda de una conciencia en desarrollo»<sup>95</sup>, es decir, la trayectoria existencial de un ser humano. Por ello el autor -dirá-:

«...empujado por mi amor a la verdad, por la larga indignación que me ha costado el penetrar en las

---

<sup>94</sup> Rivera, Ángel: «*La peregrinación de Bayoán*, de Eugenio María de Hostos: viaje de retorno al caos», en *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, 17, primavera 1993, núm. 3, p. 529.

<sup>95</sup> *Diario II*, op. cit., p. 210.

profundidades de la Historia, y sobre todo, de ese periodo prodigioso, feliz y desgraciado a un tiempo, en que la fe del genio arrebató este mundo a las tinieblas, *peregrinaré, no viajaré*; buscará en vano mi alma lo que sólo hay en mi alma, y al fin del viaje, al fin de la peregrinación, no hallaré Jerusalén ninguna, o sólo la que a la salida de la vida nos está siempre llamando» (p. 109).

No existe en el texto una declaración de principios tan rotunda como ésta. Hay que recordar que, en la ficción han transcurrido escasos días —del 12 al 21 de octubre—, el propósito último de Bayoán está claro, así como la intuición de que la búsqueda es esencialmente interior y tiene que ver con la forja del carácter, cuyos polos serán el afianzamiento de la conciencia frente a la peligrosa imaginación que desvirtúa al ser humano; y el cumplimiento del deber consigo mismo y con la sociedad, frente a posibles tentaciones como la vivencia amorosa. En definitiva, el afianzamiento de los propios valores que van cuajando el hombre lógico, el hombre completo que Bayoán —como Hostos— quiere ser. El ideal como meta del hombre singular que debe elegir el camino arduo. En consecuencia, la parábola de los dos caminos se constituye en eje de esa búsqueda, en alegoría del viaje iniciático.

## *Imaginación/conciencia*

La anotación del 4 de febrero escenifica el conflicto de Bayoán que permanentemente acosa a Bayoán, en realidad, trasunto del de su autor. Conciencia y razón, de un lado, señalan el áspero y doloroso camino del ideal, del bien a largo plazo. Y los convencionalismos vitales, los sentidos y sentimientos marcan el dejarse ir tan desgarradamente apetecible para el protagonista: el terruño y la amada, la ventura. El protagonista se rebela, se niega a *ser*, a obedecer a razón y conciencia. Ya lo ha hecho hasta entonces —viene a decirles— y ¿para qué?: «Para que tú, razón soberbia, me envuelvas en tus sombras; para que tú, conciencia, me hundas en el dolor»... (p. 203). Todo eso es cierto, pero en esa noche oscura del alma el sufrimiento engendra ventura —le contestan—. Y puntualizan los pasos que debe recorrer:

«Amas, y eres amado; eso no basta: hazte digno de ese amor; ya sabes cómo. Tienes deberes para con tu patria; son difíciles; deberes para con la humanidad, son formidables (...) ¿has de retroceder? (...) seguirás tu camino: ¡es tan hermoso!» (p. 204).

La lucha de Bayoán es una lucha vacilante, con alternativas cuya finalidad es cincelar el propio espíritu. En ese sentido hay una progresión y el hilo argumental derivará gran parte de esas tensiones hacia el conflicto

amoroso: el amor por Marién, debido a su falta de salud, supone una renuncia a la realización personal, ligada a la patria. En una vuelta de tuerca imprevisible, la enfermedad de la amada le obliga a prometerse en matrimonio; por lo que «quien amaba a Marién, no era, pues, Bayoán; era su conciencia» — dirá el editor (p. 299)—<sup>96</sup>. El dilema será focalizado por el protagonista, pero en las últimas cincuenta páginas estará a cargo del editor: Hostos toma la palabra y se introduce en el texto como un personaje más para conducir la acción narrativa hasta su final. ¿El resultado? Un autorretrato del propio Hostos a través de la caracterización del protagonista:

«Predestinado al dolor, Bayoán amaba el dolor; sufriendo, cumplía su misión (...). Todos los actos de aquel espíritu iban a parar a la conciencia, nunca recusada, porque siempre la apoyaba la razón (...). Bayoán no era ya un hombre; era su conciencia (...). Vio que la virtud no da la felicidad, y pensó en la desgracia y la aceptó (...). Bayoán sería para el lector

---

<sup>96</sup> Hostos está aplicando las enseñanzas krausistas: la vida se desenvuelve conforme a un plan trazado de antemano cuyos pilares son razón, conciencia y voluntad. Hay que someter lo espontáneo —léase instintos, imaginación...— a lo racional... Doctrina expuesta en la *Minuta*, de Gumersindo Azcárate. Cfr. al respecto López Morillas, Juan: «Una crisis de la conciencia española: krausismo y religión» y «Una afinidad electiva: G. de Azcárate y W. E. Channing», en *Hacia el 98...*, op. cit., pp. 119-160 y 161-180, respectivamente.

un objeto de estudio, y tal vez comprobación de que la felicidad más digna del hombre es la desgracia» (pp. 299-301).

El lector comprueba lo que se temía: el protagonista no es sino el portavoz de su creador, la conceptualización de sus preocupaciones más profundas. El paso a la tercera persona y la focalización heterodiegética confirman que Bayoán ha cumplido con su misión: despertar la conciencia, faro de su vida.

### *Amor/deber*

Esta dicotomía es el eje que vertebra la historia amorosa entre Bayoán y Marién. La anotación de 15 de diciembre (pp. 147-150) sintetiza muy bien la lucha del protagonista, que se ha dejado ganar por la costumbre de la felicidad pero se siente acosado por el deber. Para aclararse es preciso partir, pero «...¿Adónde? ¿Para qué? ¿Por qué razón?» Las interrogaciones retóricas, que le permiten desdoblar el yo, concretan el deber en cada momento: “¿templar el alma en la ciencia, la sabiduría y la gloria?” Algo insuficiente... “¿Encontrar los medios de hacer feliz a mi infeliz Borinquen, para dar el ejemplo y preparar el advenimiento de una patria que hoy no tengo?”... En último término, «¿viajar por la América continental, a pensar en su porvenir y a provocarlo?



¿A Europa, a convencerla de que América es el lugar predestinado de una civilización futura?» (p. 149)<sup>97</sup>.

Como puede observarse, objetivos y razonamientos están encadenados en un *in crescendo* que compromete el destino de su vida, progresivamente anclado en la búsqueda de la identidad antillana. La anotación de 25 de diciembre reitera el dilema condensándolo en nuevas interrogaciones retóricas dirigidas a su otro yo, el pesimista:

«¿Qué es cumplir con tu deber? ¿Partir para Europa, y entregarte allí a tu presuntuoso anhelo de verdad y de justicia, porque te crees llamado a proclamarlas, y a hacer con ellas feliz a la humanidad, glorioso tu nombre, el de tu patria? ¿Es tu deber abandonarlo todo por buscar una luz que a ti te quemará y a nadie enseñará un camino nuevo?» (p. 158).

La desolación consciente de ser, a corto plazo, instrumento de infelicidad al «...sacrificar a una idea la realidad; a un oscuro mañana un hoy feliz» (p. 168) le mantiene indeciso atosigándole antes y a lo largo del viaje. Los dilemas imaginación/conciencia y amor/deber se entreveran en el texto una y otra vez, según avanza la

---

<sup>97</sup> Esta intuición adelanta el pensamiento finisecular que el uruguayo Rodó plasmará en su ensayo *Ariel* (1900).

narración y los diálogos entre la pareja fluyen con mayor frecuencia y naturalidad. Hay dos secuencias dialogadas interesantes para el asunto que nos atañe: una en que, cambiadas las tornas, Marién se hace cargo del problema y lucha por su amor enfrentándose a la conciencia de su prometido:

«—Sí, yo sé que me quieres...! ¿Viviría, si lo dudara? Pero tu amor es cruel; yo no quiero ese amor, quiero otro amor, el amor que yo siento por ti (...) yo no quiero para nada tu razón»... (p. 170).

En esta secuencia, que corresponde a la anotación diarística del 7 de enero por la noche (pp. 168-172), el amor se ha corporeizado en Marién, quien lleva la voz cantante, y el deber sigue identificado con Bayoán, receptor pasivo de las protestas de su amada. Esta secuencia tiene su correlato, cien páginas después (pp. 268-271) en otra del 25 de marzo. Bayoán renuncia: justicia, patria y verdad se posponen ante la amenaza de muerte de la amada.

### ***Valores del mundo/valores propios***

Esta dicotomía tiene mucho que ver con el titanismo romántico de Hostos, explícito tantas veces en el *Diario* y *Epistolario*. Los valores propios son excepcionales, no en el sentido de superiores —que también, pero eso se

descubrirá tras su peregrinación iniciática—, sino en el de «fuera de la norma» porque el mundo no entiende de ideal, se mueve por el deseo de poder, riquezas y el gozo que proporcionan. Hay una secuencia breve pero elocuente, que corresponde al 17 de noviembre en La Habana: su tema, el «menosprecio de corte y alabanza de aldea», la denuncia de la corrupta ciudad y el anhelo de la campiña deliciosa. Porque para Bayoán, el silogismo está claro: las ciudades son los hombres; en las grandes concentraciones pululan los vicios y éstos esclavizan.

El 26 de enero y a bordo de la fragata, un protagonista malhumorado lanza toda una serie de improperios. El texto se convierte en una disertación sobre la identidad y el destino del hombre, un ser libre que se ha hecho esclavo. ¿Las causas? Su incapacidad para reconocer las bellezas divinas, el egoísmo y la búsqueda desordenada de placer al nivel de otros mamíferos. ¿Así es el hombre? -se pregunta desolado-. Para concluir que sí y definirlo con cuatro sustantivos que desnudan su miseria: «tras la pequeñez, la infamia; la infamia y la maldad y la ignorancia» (p. 189). Bayoán se lanza, entonces, a una lucha titánica para distanciarse del medio:

«Los hombres no son él; no hay equilibrio: los hombres no piensan; él medita: los hombres no reflexionan; él se abstrae: los hombres aceptan lo que

encuentran; él busca lo que no ve: los hombres indiferentes se encogen de hombros y siguen caminando (...); él ve la felicidad tras la virtud, en el sacrificio, en la difícil resistencia de los males que halagan y seducen»...(pp. 190-191).

Y recurre a la alegoría visionaria en un diálogo ficticio con su otro yo, el rastrero científicista; diálogo que permite marcar las distancias entre la humanidad que se pliega al nivel y el hombre que se eleva. Ni que decir tiene que ese «...hombre que se eleva, el Chimborazo, ardiendo interiormente en fuego eterno»... (p. 191) no es otro que Bayoán-Hostos escondido tras un escueto aunque inflamado diálogo entre cursivas. ¿Ruptura del ritmo narrativo? Quizá sí, pero al autor le interesa el mensaje. Lo demás puede esperar. Ha sido elegido para una misión, conseguir un hombre perfecto en un mundo que no lo es. Así se explican otros pasajes donde se enfrentan el protagonista y el resto de los humanos, por ejemplo, la historia del anciano: el interés por su alimentación le lleva a abroncar al capitán; la petición de respeto a sus restos mortales le hace un incomprendido entre los pasajeros que se mofan de un harapiento (pp. 260-263)... No es una sorpresa para Bayoán: «empecé a ver un abismo entre los hombres y yo»... —dirá en la entrega del 28 de marzo—. Un poco después, el propio editor se refiere a su incapacidad para vivir entre los hombres -la secuencia de las páginas 289-294:

«...él era una razón amante de verdad, y ellos la prueba terminante de que la razón casi nunca es otra cosa que la diferencia entre los hombres y los brutos; él pensaba mucho y ellos poco; él hablaba poco y ellos mucho (...). Él los quería pero no los estimaba: ellos, a su pesar, lo respetaban; pero no lo querían» (p. 293).

Beauchamp insiste en que el protagonista practica «...un individualismo humanitario, idealista y problemático. También es mesiánico y voluntarista»<sup>98</sup>. Y califica el texto como «novela de la crisis» de unos valores cristianos que el mundo ya no reconoce como tales: «libertad, justicia, fraternidad, sacrificio, virtud, verdad, igualdad, amor, patriotismo, felicidad»<sup>99</sup>. El hombre completo -lógico- sería su síntesis. En el texto, no choca la nomenclatura cristiana aplicada al protagonista laico porque la época conserva esas referencias religiosas<sup>100</sup>; no obstante, los razonamientos positivistas que se le cuelan a Bayoán muestran el influjo de esa filosofía.

---

<sup>98</sup> Beauchamp, José Juan: «*La peregrinación de Bayoán*»..., op. cit., p. 134.

<sup>99</sup> *Ibidem*, p. 134.

<sup>100</sup> Es interesante observar que esas referencias al Dios cristiano no aparecen ni en el *Diario* ni en el *Epistolario*. Tal vez, el autor es consciente de que el destinatario de su texto narrativo es el gran público que todavía piensa masivamente en cristiano. O conoce bien las primeras narraciones románticas donde la presencia divina se hace notar.

## ***La parábola de los dos caminos como alegoría del viaje iniciático.***

«Esta parábola es una síntesis de la alegoría encerrada en el término *peregrinar*; vale decir un croquis de toda la novela»<sup>101</sup>.

Palabras de un crítico sutil, Juan Manuel Rivera, que sitúan un pasaje central, una parábola que se incluye dentro de la anotación del martes 28, a su vez, supone el clímax del dilema amor/deber, bien sugerido en el diario del protagonista a las puertas de Alicante:

«Ella ha dormido, mientras yo velaba: ella murmuraba blandamente: *vamos a casarnos*, mientras que yo me repetía, asustándome: *se lo he prometido: sólo eso la salva*» (p. 271).

Mientras vela el agitado sueño de su amada, su mente trabaja con ritmo febril. En ese contexto se abre una visión, la de los dos caminos que ya está en el sofista Pródico, recoge asimismo el evangelio de Mateo (7, 13) y utilizaron los místicos del Siglo de Oro, a partir de la tradición del *homo viator*. En el caso de Bayoán, la primera opción —el camino áspero— es fruto de la

---

<sup>101</sup> Rivera, Juan Manuel: «*La peregrinación de Bayoán*»..., op. cit., p. 47.

soberbia: poco concurrido, es el de los elitistas capaces de sufrir la soledad. Pero un día llega la tentación del valle delicioso, entrevisto a lo lejos con los encantos propios del *locus amoenus*, del paraíso perdido: «...sus flores, su luz, sus fuentes cristalinas, sus pobladores, alegres, risueños, audaces, felices» (p. 273). Y se cede.

La decepción sigue al reclamo: en verdad el cielo era radiante y resplandecía... la naturaleza, paradisiaca; pero los seres humanos, prematuramente decrepitos, se mostraban incapaces de admirar la belleza. En este sueño visionario Bayoán sabe que ha elegido mal, pero no tiene fuerzas para remediarlo. Necesitará del encuentro con un hombre que ha pasado por lo mismo y vuelve, a contracorriente, al duro camino. El diálogo entre ambos personajes es sintomático:

«—Vente conmigo —me dijo.

—¿A dónde vas?

—Al camino difícil (...)

—¡Ah, sí! Me acuerdo: un camino pendiente, con abismos, sin flores, sin pájaros, sin luz... No vayas a él porque es muy triste.

—Lo sé.

—Pues ¿cómo vas?

—Porque en él no hay engaños, ni falsos placeres, ni falsa virtud, ni felicidad prometida y no otorgada» (p. 275).

El desenlace es previsible: aunque los sentidos tiren de él hacia el camino fácil, instintivamente volverá al otro. ¿Motivos? La insensibilidad de los hombres le causa horror, su soledad se agudiza en medio de la muchedumbre que progresivamente le asquea. Es decir, de nuevo el orgullo: “empecé a ver un abismo entre los hombres y yo» —dirá el narrador recordando su visión (p. 276)—. El tramo final de esta secuencia en primera persona —con sus fragmentos dialogados— cierra el periodo de purificación, la ascética noche oscura del alma:

«Animado por la seguridad que da la certeza de que existe la virtud, sigo resignado mi camino. Voy dejando en sus cuevas pedazos de mi corazón; voy olvidándome de mi juventud, de mis deseos, de la felicidad fácil por hallar la difícil, por acatar mis deberes, por llegar a la vejez de mi espíritu antes de que el tiempo haya arrugado mi frente y la calma de las grandes pasiones aquietado mi ansioso corazón» (p. 278).

Una propuesta senequista, poco entusiasmante, pero que «...responde al fin que se ha propuesto Bayoán: conquistarse, someter a control la nave de su ser, alcanzando la óptima madurez a la más temprana edad posible»<sup>102</sup>.

---

<sup>102</sup> Ibidem, p. 46.



### 3. 3. 2. *La peregrinación por la naturaleza.*

Bayoán es un isleño que viaja en barco por el Caribe hacia España. En consecuencia, el mar y los puntos avizorados van contextualizando sus sentimientos, recuerdos y vivencias. La insularidad pesa mucho en el relato. Además, el lector se enfrenta a una novela ensayística cuyo molde en dos terceras partes del texto es el diario. Esas peculiaridades condicionan en gran medida la visión de la naturaleza: lo descriptivo no va a ser un valor en sí mismo, estará al servicio del simbolismo; e interesa en relación al sujeto, es decir, los sentimientos del personaje tiñen la realidad que le rodea. Algo muy romántico que Hostos debe de haber tomado de las novelas de la época.

Pero además, el espacio «real» suele contraponerse a la recreación utópica de una geografía inventada por el narrador a partir del *Diario* de Colón -intertexto que se irá siguiendo-. La virginal naturaleza indígena se transforma en mito arcádico frente a la geografía decimonónica, con la subsiguiente crítica al descubrimiento que viene a hollar el jardín edénico. En consecuencia, no siempre habrá ojos para la belleza del presente, porque la tesis a defender mediatiza la mirada del narrador. Otros *aprioris* condicionan igualmente el texto, por ejemplo, la condena de las ciudades, símbolo de corrupción, mientras el campo conserva las virtudes de la raza.

Por último y de nuevo al modo romántico, el espacio tiene habitualmente un valor simbólico: luces y sombras reflejan la salud y a la relación amorosa de los protagonistas.

### **La fusión romántica de sentimiento y naturaleza.**

«¡Campos, cielo, patria!

Nunca he sentido las angustias que ahora siento: comprímese mi pecho, retuércese mi corazón, ahógame el vacío. El Luquillo, que siempre se me ha presentado magnífico y azul, está cubierto por nubes de color de muerte, desvanecido en un horizonte oscuro; el campo, que siempre me ha alegrado, me entristece ahora; el cielo ya no me sonrío, el sol no tiene brillo.

¿Qué desgracias auguráis, sol, cielo, campos, caprichosa sierra?

Y el mar también sombrío! Sus olas me recuerdan el desierto. Yo llevo uno conmigo. ¿Por qué me asusta su soledad?» (p. 101).

Este largo fragmento es el segundo párrafo de *La peregrinación de Bayoán* y constituye un magnífico ejemplo de la empatía entre naturaleza y protagonista. La angustia y soledad del viajero, compelido a abandonar la patria, tiñe con tonos cenicientos la bella

naturaleza de Puerto Rico, desde la sierra hasta el campo habitualmente risueño. Mar y cielo corresponden con su reflejo especular a esa visión sombría de quien, desesperanzado, augura la desgracia. El arranque textual cumple con los requisitos de las narraciones románticas: lo plástico y lo patético se conjugan transfiriendo al lector los sentimientos de Bayoán <sup>103</sup>.

No obstante Bayoán, que en su relación con Marién actúa como un romántico, tiene además mucho de racionalista ilustrado y de positivista decimonónico. Eso le lleva a resistirse al influjo benefactor de la naturaleza, temeroso de olvidar los deberes con la patria ante esa Circe encantadora. Aún así, sucumbirá a la fascinación de la naturaleza proyectando sus vivencias -oscuras, o de rotunda felicidad-:

«Campos, cielo, sol, ¡qué hermosos sois! ¡Qué amable eres vida! Y tú, ¡qué bueno!, autor de lo que existe.

Tú, alegría; y tú, amor; y tú, Marién!  
Cómo resplandecía anoche!» (p. 142) <sup>104</sup>.

---

<sup>103</sup> Cfr. Béguin, Albert. *El alma romántica y el sueño. Ensayo sobre el romanticismo alemán y la poesía francesa*. México, Fondo de Cultura Económica. 1954; Schenk, H.G. *El espíritu de los románticos europeos. Ensayo sobre historia de la cultura*. México, Fondo de Cultura Económica, 1983; y Paz, Octavio. *Los hijos del limo. Del romanticismo a la vanguardia*. Barcelona, Seix, 1974.

<sup>104</sup> Este funcionamiento se repite bastantes veces en el texto. Citaré, a modo de ejemplo, las páginas 104, 133, 174-5, 194-6 o 264...

El análisis de la obra permite detectar patrones reiterados, por ejemplo, la armonía entre el color del cielo y el alma de los protagonistas: «luz en el cielo, luz en su fisonomía, luz en la nuestra» (p. 230) — sentenciará de modo taxativo Bayoán refiriéndose a su amada <sup>105</sup>—. La naturaleza es maternal, suaviza los sentimientos de quienes se debaten entre el conflicto amor/deber (Bayoán), o la tristeza del amor amenazado (Marién):

«Bajamos al jardín: la brisa de la tarde, el perfume de las flores, la melancolía del ocaso, cambiaron en un sentimiento de dulce languidez el dolor que la madre adivinó en su hija.

Yo también sentí que mi pena se trocaba en una suavísima melancolía» (p. 139).

Si la naturaleza ama, se sienten abocados al amor; si ellos sufren, la naturaleza se ensombrece. Un alto durante la travesía por el Caribe les devuelve a la tierra antillana, focalizada como un paraíso. Así lo vivencia Bayoán, transido de amor patrio:

«... oí el murmullo de un arrollo, respiré los perfumes de la brisa, oí ávidamente el trino del sinsonte, y viendo amor en todas partes, sentí amor

---

<sup>105</sup> Ejemplos semejantes en las páginas 176, 202, 218 y 238-40.

como lo siente la naturaleza y traté de expresarlo como ella» (p. 154) <sup>106</sup>.

Las alteraciones climáticas<sup>107</sup> se van llenando de connotaciones al acercarse a la metrópoli. La nostalgia de la tierra propicia la melancolía en los enamorados, en quienes el sol caribeño opera como un bálsamo mientras la niebla de las costas europeas anega el alma en dolor. Esos cambios climáticos afectan especialmente a Marién, mujer frágil y enferma como buena romántica<sup>108</sup> ...Su enamorado se inquieta y transfiere a la naturaleza -mediante la hipálage- la capacidad de sufrir del ser humano. Por eso exclama una y otra vez: «¡Qué niebla tan triste! ¡Pobre Marién!» (p. 227). Asimismo personificará lo natural mediante prosopopeyas e interrogaciones retóricas<sup>109</sup>, o lanzará imprecaciones:

«¡Cálmate, viento; serénate, golfo; tengo ansias de cruzarte para pasar el Continente. ¡No te arredres, vapor! Tú tienes fuerzas bastantes para luchar con el viento y con el mar. No te hundas así; no te estremezcas» (p. 127).

---

<sup>106</sup> Ejemplos en la misma línea en las páginas 153, 179, 226, 284...

<sup>107</sup> Una referencia obligada en los escritos románticos es la del huracán, que aquí no falta en las páginas 128, 180-3..., con su correspondiente tempestad interna (p. 153...).

<sup>108</sup> Cfr. las páginas 225-226, 253, 266...

<sup>109</sup> Cfr. las páginas 116, 120, 124...

Pero también cabe el rompimiento de la armonía entre ambos: ante la perspectiva de la muerte de Marién es notorio para Bayoán cómo se disocian la naturaleza y sus sentimientos. La España oscurantista troca sus días en sol inmisericorde, ajeno por completo al dolor del enamorado; disociación que resalta el titanismo romántico de quien está condenado a sufrir en pro de sus ideales <sup>110</sup>.

### ***Espacio real versus espacio como proyección de la mente.***

Tres espacios, el mar, las Antillas y España enmarcan la novela. Pero además el espacio puede transformarse en punto de encuentro de lo real y lo imaginario, por lo que se refiere al Caribe y Bayoán. En efecto, durante la primera parte del viaje la vista activa la mente del puertorriqueño, quien irá confrontando el paisaje que se despliega ante sus ojos con el del edén precolombino <sup>111</sup>, para exhalar sus quejas por la devastación que supuso la conquista:

«Jaragua!... Esa es Jaragua, la comarca feliz, la del amor, la de torrentes misteriosos, la de playas risueñas, la patria de la infeliz Anacaona.

---

<sup>110</sup> Ejemplos semejantes en las páginas 102, 153, 321, 343, 347... Abundan en la recta final de la novela.

<sup>111</sup> Cfr. Ainsa, Fernando. *De la Edad de Oro al Dorado. Génesis del discurso utópico americano*. México, F.C.E., 1992.

Pobre comarca ¡qué solitaria estás! Yo no oigo tus melancólicos areitos, no veo tus hermosos hijos, admiración de los que poco tiempo después de descubrirte, te hicieron infeliz»... (p. 117) <sup>112</sup>.

Esta cita, que corresponde a la anotación del 4 de noviembre en el Diario, abre una serie de lamentos al estilo del *ubi sunt* manriqueño. En *La peregrinación...* se superpone la geografía feliz de un pasado idílico -mera proyección mental del narrador- a la realidad, igualmente mediatizada por esa misma focalización y que desapareció. Como aventura José E. González, lo que se busca es «re-descubrir y re-conocer el espacio material donde habitan los pueblos antillanos. Forma parte del intento de recuperar la visión de un mundo original, propio, nuestro» <sup>113</sup>. Algo que se constituirá en la base de su propuesta política de confederación antillana.

En la novela, este funcionamiento es característico de la primera parte y tiene su clímax en las entregas diarísticas del 9 al 15 de noviembre, donde se intensifica la evocación histórica a partir de una naturaleza a la que se interroga sobre el pasado:

---

<sup>112</sup> Félix Cordova Iturregui dice al respecto: «lo que era una presencia en la mirada fresca de Colón —los habitantes naturales de las islas— Bayoán lo siente como una terrible ausencia. Entre ambas miradas se encontrará el largo proceso de conquista y colonización». «*La peregrinación de Bayoán*, construcción de un punto de vista», en *Hostos para hoy. Anuario hostosiano*, I, 1988, núm. 1, p. 92.

<sup>113</sup> González, José Emilio. «*La peregrinación de Bayoán*»..., op. cit., p. 52.

«¿Cuál de vosotras, marismas, fue la que, durante treinta días detuvo el paso de aquel que jamás se detenía, ni ante los peligros ni ante la crueldad?» (p. 120) <sup>114</sup>.

El lector acaba por saber que se trata de una evocación de Alonso de Ojeda, dato no tan importante. Lo curioso es que estas evocaciones describen la naturaleza con un grafismo superior al que plasma el presente del viaje. Ahora el asíndeton comprime y refuerza notoriamente el pasaje: «...en vez de barro, agua; en medio de ella, mangles; debajo, lodo que se hunde a la menor presión, sima que se ahonda bajo el pie, y a medida que se traga las piernas, la cintura, el cuello —aprieta, sujeta, sofoca, quita fuerzas—» ... (p. 121).

### ***Campo (utopía)/ciudad (corrupción). ¿Civilización?***

Esta inveterada dicotomía funciona bien en la novela. al hilo de un diálogo con la naturaleza que se intensifica según avanza la acción. Las páginas 194-6, es decir, la entrega diarística del 28 de enero por la tarde, se tiñen de emoción al divisar los contornos de la isla puertorriqueña. Bayoán interroga a los elementos del cosmos y busca su complicidad para arropar el amor de la pareja:

---

<sup>114</sup> En la misma línea, cfr. p. 118.



«Y tú, luna, que envuelves con tu luz azul el joyel más precioso de la mar Caribe; tu, que desde aquí me lo presentas como sólo en el fondo de mi corazón lo he visto, cuando soñaba con él: tu, luna ¿darás claridad a la alameda, a la floresta solitaria, a la senda extraviada, para asegurar el paso de dos amantes, para hacer a sus ojos más azul, más hermosa la vida, sólo hermosa y azul cuando se ama?» (p. 195).

De hecho, el paisaje tropical alcanza su máxima belleza como proyección de los sueños del protagonista: «esta costa es un sueño, el sueño feliz de una imaginación que en sus espacios encuentra paisajes mejores en donde fijar su dicha que en la tierra» —se dice a sí mismo Bayoán (p. 195)—. Porque lo definitorio sigue siendo el foco que ilumina la naturaleza, para potenciar la felicidad de los amantes. El campo puertorriqueño parece anclado en una edad mítica, por lo que la descripción no concreta cultivos, orografía... que permitan hacer un retrato sociológico de Puerto Rico. Tiene razón Beauchamp cuando asegura que las descripciones no aportan datos sobre el contorno físico ni sobre los interiores o vestidos de los personajes. La naturaleza «...tiene una función catártica para

Bayoán»<sup>115</sup> y no existe escape alguno para el ciudadano. Reiteración, maniqueísmo... no hay más que leer el texto:

«Isla querida, si los hombres que te pueblan fueran tan sencillos y tan buenos, como estos que habitan en tus campos; que hacen su albergue de tus palmas, su fácil alimento de tus frutos; sus placeres, del tiple, de sus trovas, y de su amor por ti, serías entonces tan feliz como poblada: pero tú, como todas las tierras, das nacimiento a reptiles, y en ti, los reptiles son el hombre.

Filósofos de la naturaleza, jíbaros indolentes, vosotros sois los hombres: los reptiles están en las ciudades» (p. 196).

El lector se halla ante una de las increpaciones más duras de la novela, que invierte la dicotomía civilización/barbarie de los románticos: traslada el polo positivo —es decir, el ideal civilizador— al campo y retoma la fórmula de Alberdi y Sarmiento «gobernar es poblar» para cuestionarla sesgadamente. Llevado de su pasión maniquea, Hostos llega a la aberración de sublimar la indolencia del jíbaro -blanco-, enfrentándose a la corriente que culminará en *Pueblo enfermo*, de

---

<sup>115</sup> Beauchamp, Juan José: «La construcción de la cotidianidad, la historia y el ensayo en *La peregrinación de Bayoán*», en *Hostos: sentido...*, op. cit., p. 524.

Alcides Arguedas, según la cual lo autóctono -el indio- causa todos los males en América.

En ese paraíso, los amantes hacen realidad una vida edénica durante un alto en la navegación:

«¡Qué vida tan tranquila...! ¡Qué inocentes placeres...! ¡Qué ventura tan plácida!

Es para nosotros el sol lo que es el campo; su primera luz, nuestro primer contento, su último rayo, nuestro primer suspiro. Corremos por el campo, al amanecer, tras de los pájaros; después tras de las mariposas. Al mediodía, reunida la familia y yo bajo la ceiba, gozamos de su sombra»... (p. 212).

Los tópicos del mundo clásico se reiteran en la arcadia que Marién imagina como un presente eterno. Su ideal de vida es la del hacendado consagrado por novelas del XIX como *María o Sab...* Bayoán no comparte su perspectiva, pero las secuencias correspondientes a los días 7, 8 y 10 de febrero certifican que tampoco es insensible a las bellezas naturales. El Dorado —paraje real de los alrededores de San Juan en Puerto Rico— se lleva al texto con todo lujo de detalles en una de las descripciones más pormenorizadas del libro, que funciona como marco adecuado de la sutil tentación de la serpiente en el paraíso terrenal. La inductora será Marién, quien despliega intuitivamente sus armas de mujer en el

momento oportuno. ¿Por qué no ser una pareja feliz? — le planteará a su enamorado <sup>116</sup>—. Y éste sufre el desgarramiento entre el reclamo amoroso que le ancla en Cuba y el deber que le impulsa hacia la metrópoli. La exuberancia de los productos tropicales -referente obligado- hereda la tradición de Díaz del Castillo y Cervantes de Salazar:

«A la izquierda del río y al pie de una colina encantadora, una casa; y antes de ella, y entre hileras de palmas, de mameyes y mangos, diamelas de perfume parecido al que despide Marién, jazmines enredados en las palmas; y entre rosas, claveles y alhelíes, el caprichoso jigüero, con sus brazos de esqueleto, extendidos alrededor, y matizándolos, las diminutas hojas simétricamente colocadas por el suelo, los frutos colosales del jigüero, del mamey y de la palma; la fruta dorada del mango; flores caídas que lloraba un tallo, hojas vagabundas que arrastraba el viento; y éste, lleno de esencia y la atmósfera, pura, y el cielo transparente; el silencio solemne, la soledad augusta» (p. 211) <sup>117</sup>.

---

<sup>116</sup> Félix Córdoba Iturregui ha señalado que: «En su reclamo amoroso Marién se expresa como defensora del rincón. Es la tentación mayor que puede hacerle la soledad del campo a Bayoán, reforzada ahora desde la nueva experiencia de su intimidad», en «*La peregrinación de Bayoán*, construcción..., op. cit., p. 102.

<sup>117</sup> Hay bastante bibliografía sobre el paisaje de Puerto Rico cultivado con fruición en la poesía a partir de Gautier Benítez. Cfr., entre otros, Arce de Vázquez, Margot. *El paisaje de Puerto Rico*.

Es uno de los pocos momentos en que la flora autóctona se despliega ante los ojos del lector para reivindicar un espacio propio, antillano, con su tiempo detenido en la «edad feliz» que reclama el caramillo de los mitos grecolatinos. No obstante, hasta conocer a su amada Bayoán no ha tenido ojos para la naturaleza: un buen ejemplo, la descripción de la quinta de Guarionex:

«Caminamos, cruzamos cañaverales, vadeamos arroyos escondidos en las hondonadas del terreno, saltamos zanjas, atravesamos por medio de un palmar, trepamos una colina de arbolado casi bosque, la bajamos y en su falda encontramos otros cañaverales, zanjas, ciénagas, senderos, y al terminar del uno, un edificio vasto, cuadrado, sencillo, con una elevada chimenea en medio, y con carretas, yugos, arados, objetos de labranza, bueyes, caballos y negros a su alrededor» (p. 135).

La yuxtaposición asindética comprime el texto —máxima información en mínimo tiempo— en una descripción con implicaciones sociológicas: se trata de un campo cultivado con un elemento problemático: el negro. Hostos no era declaradamente abolicionista en esta época, pero su ética le llevaba a denostar las

condiciones inhumanas de la vida de los negros, que no conoce de primera mano sino inventa a partir de la literatura antiesclavista cubana <sup>118</sup>:

«Allí, cerca de Bayamón, hay una hacienda: su dueño tendrá esclavos: si quieren arrebatárselos resistirá, defenderá lo suyo, hará tal vez una defensa heroica: después abandonará al látigo del capataz a sus esclavos, y ni sus gritos, ni sus quejas, ni sus llantos lograrán conmoverlo» (p. 197).

Párrafos como éste se prestan a una reflexión: el sistema esclavista presupone una élite blanca, citadina que se desborda sobre el campo virginal contagiándole sus lacras. Solamente los reductos a los que no alcance se salvarán de la corrupta civilización. De hecho, frente a campos y montañas, las calles alineadas de la ciudad producen un rechazo visceral al protagonista. Hay un pasaje explícito, corresponde a la anotación del 18 de diciembre en la bahía de La Habana:

«Una campiña sonriente me llamaba de lejos: la busqué: contemplándola, adormecí el fastidio, y al volver a la ciudad la apostrofé diciendo:

Tú eres la civilización: me causas asco» (p. 126).

---

<sup>118</sup> Es probable que Hostos leyera *Sab*, la novela antiesclavista que la cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda publicó en 1841, en Madrid.

El planteamiento es rotundo. Bayoán detesta la ciudad, corrupta y comprometedora siempre —según sus palabras—<sup>119</sup>. Un buen ejemplo lo tenemos en La Habana, ciudad incipientemente cosmopolita en la época y tal vez por ello denostada con especial saña en sus apuntes de 17 de noviembre:

«Adiós, ciudad, como las ciudades de Europa, repugnante: adiós, para siempre: no volveré a pisarte: tú no sabes lo dolorosa que ha sido para mí tu vista: me aluciné creyendo que por estar colocada en donde estás, en nada te asemejarías a las ciudades que, allende el mar, he visitado: me engañé: eres lo mismo: los mismos hombres; las mismas costumbres depravadas; los mismos vicios; las mismas apariencias de progreso, el lujo, la ostentación y la opulencia; las mismas llagas, la misma gangrena, el mismo virus.

Y eso, en medio de campañas deliciosas, contrastando la podredumbre del hombre con la sanidad de las plantas; y eso debajo de este cielo transparente, limpio, inmaculado!» (pp. 124-5).

---

<sup>119</sup> El tema de la ciudad —fascinación y rechazo— arranca de Baudelaire y cobra vigencia en el modernismo, para estallar en la vanguardia e impregnar todo un siglo veinte teñido por la aceleración despersonalizada. Además del estudio clásico de Benjamin, para Hispanoamérica cfr. el estudio de José Luis Romero, *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*. Buenos Aires, Siglo XXI, 1976.

Las líneas rectoras del texto se estructuran en dicotomías cuyo primer polo siempre está connotado positivamente: el campo frente a la ciudad, América frente a Europa, lo inanimado frente al hombre ciudadano... Y todo ello envuelto en imágenes cuyo telón de fondo son los campos semánticos del fariseísmo bíblico —«sepulcros blanqueados» eso son las ciudades— y la sanidad positivista. El puertorriqueño se lanza a denunciar las lacras del falso progreso que remeda al europeo <sup>120</sup>: la sociedad, hacinada en las ciudades, no es sino un organismo débil, vulnerable y gangrenado por los vicios. Hostos es un pedagogo empeñado en sanar ese organismo enfermo. Y mientras tanto utiliza el libro para lanzar sus denuestos: «...a una reunión llaman pomposamente civilización los que, más fuertes, consiguen destruir a los más débiles» (p. 131). Detrás de este planteamiento hobbesiano, la amargura de un Hostos ya decepcionado tras la dura experiencia española.

Cabe esperar, entonces, la última nota que el texto agrega, la conexión con la patria. Para Bayoán-Hostos, el

---

<sup>120</sup> Según Colón Zayas, la ciudad es la sede de la explotación colonial y ha sido disciplinada por la metrópoli, por lo que es lógico que «...la ciudad es vista en oposición al proyecto utópico de los letrados como lugar de vicio y desorden». Cfr.: «La escritura ante la formación de la conciencia nacional: *La peregrinación de Bayoán*, de Eugenio María de Hostos», en *Revista Iberoamericana*, Pittsburgh, jul.-sept. 1987, núm 140, p. 630. Colón Zayas maneja el concepto de «ciudad letrada» según la clave del libro de Ángel Rama (Hanover, Eds. del Norte, 1984).



campo es patria, sede del carácter nacional, no por reivindicar la independencia —lo que ahora sería un anacronismo—, sino por ser depositaria de unos valores con los que se identifica. En esa línea, el 13 de febrero escribe:

«Vengo de la ciudad; como siempre, descontento (...). En las ciudades, mi corazón amante, mi espíritu que busca la verdad, se axfisian (...). Cuando estoy en el campo, creo estar en mi patria: voy a las ciudades, y me falta. En el campo, los jíbaros me traen a la memoria las costumbres sencillas del pasado... (pp. 213-214).

Ideas representativas del discurso latinoamericano independentista, que siempre habla de «*reinvidicar nuestro pasado, fomentar valores propios, buscar la autenticidad, combatir las ideas foráneas, ser fieles a nosotros mismos*»...<sup>121</sup>. No obstante, Hostos no es un sencillo campesino, sino un hombre con una trayectoria empeñada en forjarse a sí mismo para ser útil a la patria soñada. En ese diálogo cotidiano con su diario, el 22 de octubre se preguntará:

«¿Por qué vuelvo a viajar? ¿Por qué me empeño en recorrer al mundo, y en hacerme conocer de él, si toda

---

<sup>121</sup> Ainsa, Fernando: *La reconstrucción...*, op. cit., p. 188.

mi felicidad consistía en vivir desconocido, y en haber renegado para siempre de las grandezas de la civilización que probé, al errar otra vez por ese mundo?» (p. 110).

La pregunta no es mera retórica. Cordova Iturregui ha señalado que la apertura de la novela con el protagonista a bordo exclamando «¡otra vez! ¡otra vez!» deja claro que Bayoán y su alter-ego Hostos vuelven los ojos al campo isleño después de haber probado la ciudad y, en concreto, la ciudad europea. Por tanto «...su mirada está decididamente marcada por su experiencia en la metrópoli»<sup>122</sup>.

### ***El caribeño como viajero: simbología del mar y la goleta.***

El caribeño es viajero por necesidad, no en vano es isleño. La novela se inicia a bordo de la goleta que lleva al protagonista hacia España y Bayoán se identifica con el barco: «el barco se parece a mí —dirá—: quiere andar y se lo impiden los vientos contrarios» (p. 283). La lectura intertextual más obvia remite a Lope de Vega y su «Pobre barquilla mía»..., una de las mejores alegorías de la vida

---

<sup>122</sup> Cordova Iturregui, Félix: «*La peregrinación de Bayoán*, construcción»..., op. cit., p. 93. Metrópoli que funciona en clave de poder, según la interpretación algo sesgada de este crítico.

humana como esforzada lucha en medio del proceloso mar del mundo. Le definen impotencia y desorientación: «la fragata andaba como ando yo —seguirá anotando—, empujado por un viento que aún no sé si lleva a puerto» (p. 192). Incluso así, Bayoán está seguro de la necesidad de su búsqueda que le impele a lanzarse al mar, pero la intuye larga: «El buque, más feliz, encontrará su puerto: yo, todavía tendré que navegar y navegar»... (p. 180). La insularidad puede ser marco adecuado para la unidad antillana, el espacio-puente hacia otras islas con las que formar una patria supranacional.

En la novela aparece un mar sombrío, símbolo de soledad (p. 101), o borrascoso en las costas del sur (p. 114)<sup>123</sup>. El viajero lo imagina como el mar tranquilo de Colón (p. 113) y ese retorno al pasado se presta a la evocación de su propia infancia (p. 221). Siempre es un mar inmenso, «como mi dolor» —dirá el protagonista (p. 179) con la típica connivencia romántica—. Mar variadísimo, en fin, testimonio de las maravillas de la bondad de Dios (p. 187), o mar de nácar, en el ocaso, de una singular belleza (p. 222). Un mar que, como espacio de libertad, también es fuente de vida<sup>124</sup> y esperanza, la

---

<sup>123</sup> Como la tormenta, la borrasca es uno de los tópicos de la literatura romántica, por ejemplo en Víctor Hugo —*Les travailleurs de la mer*— o en Balzac —*L'enfant mandit*—.

<sup>124</sup> Juan-Eduardo Cirlot en su *Diccionario de símbolos* (Barcelona, Labor, 1985, 6ª ed.) lo define, entre otras cosas, como «...la fuente de la vida y el final de la misma» (p. 298).

vía hacia la madurez y la salvación del destino isleño. Y ése es el sentido último del viaje para su protagonista.

***Las descripciones y su valor simbólico. La dicotomía luz/sombras y su aplicación a personas, acontecimientos y continentes.***

Las dicotomías luz/tinieblas y sol/sombras tienen en la novela el rendimiento previsible en un texto romántico. Su simbología está predeterminada por toda una tradición literaria que toma cuerpo en la Edad Media desde el *¡fiat lux!* del Génesis bíblico. Muchas de las referencias ya fueron saliendo al hilo de la «peregrinación por la naturaleza» por lo que escogeré algunos ejemplos relevantes.

El binomio luz/sombras se aplica en varios ámbitos, desde personas hasta acontecimientos históricos. A corto plazo le sirve al narrador para caracterizar las alternativas de relación entre los amantes<sup>125</sup>; hay un continuo vaivén de luces y sombras, de amanecer y ocaso según funcionen los sentimientos:

«Despuntaba en el oriente el alba, ahuyentaba las sombras de la noche; la brisa cuchicheaba con las

---

<sup>125</sup> Como recuerdan Jean-Michel Adam y André Petitjean en su libro *Le texte descriptif. Poétique historique et linguistique textuelle*. París, Nathan, 1989, pp. 18-24, el paisaje se presenta como reflejo del alma; a veces el mismo se focaliza con tonalidades diferentes. Sirve de operador temporal, e informa al lector de la evolución psicológica de los personajes.

plantas; murmuraba el arroyo; zumbaba, despidiéndose, el insecto.

Vagué, no sé por dónde, respirando la brisa con ansia, con placer, con avidez: la aurora iluminó el espacio: despertó a las plantas y a los pájaros, y anunció un día feliz.

Yo me sentía embriagado»... (p. 142).

Imperfectos iterativos para la naturaleza y sentimientos del narrador, frente al indefinido perfectivo con que se caracteriza a la aurora. La vectorización del espacio es vaga, como corresponde a la posición móvil del descriptor que utiliza una focalización variable. El día se anuncia feliz y Bayoán tiene ojos sensibles para el esplendoroso amanecer porque es feliz: acaba de descubrir el amor y se siente correspondido por Marién. A lo largo de la novela, el juego de luces y sombras tiene mucho que ver con ella: Marién resplandece, incluso en la noche, cuando es feliz. Por eso, su amante -a tono con las claves románticas- le dice: «Mírame, por Dios; no me niegues la luz de tu alma, la única luz que me ha guiado»... (p. 175). Porque ha de tomar la primera decisión radical: renunciar a su amor, momentáneamente, en pro del deber, para volver a la amada cuando haya ganado un nombre y cumplido con la sociedad. La despedida de los amantes entrevera un pasaje proléptico engañoso; despliega ante los ojos ilusionados una felicidad que la muerte de Marién les escamoteará:

«...pensaré, trabajaré, conseguiré un puesto en esa sociedad que se niega a respetar lo que no da, y dentro de tres años, volveré (...) Nos uniremos para siempre (...) nuestros hijos, que se parecerán a ti»... (p. 178).

Desde el punto de vista de la simbología luz/sombras es interesante el final de esta secuencia: el narrador acota entre paréntesis sus sentimientos reflejados mediante la simbología; la luz que irradia la amada ilumina al amante, pero también incentiva la escritura:

«(Para contarte esto, quisiera, papel, rayos de luz: con uno remedaría su mirada, su rubor y su sonrisa, que han dado a mi alma tanta luz, que con ella me alumbraré en el camino sombrío que empiezo mañana a recorrer)» (p. 178).

En el polo opuesto de las correspondencias, el sol puede brillar esplendoroso y ajeno al dolor del joven puertorriqueño. La antítesis será la imagen que traduzca, entonces, la incomprensión de la naturaleza ante el sufrimiento de Bayoán. La mayoría de los ejemplos corresponden a la enfermedad irreversible de Marién. Tras la patética noche de bodas a las puertas de la muerte, Bayoán anota en el amanecer del 30 de julio:

«Ya sale el sol... Yo creí que no saldría: cuando hay tanta oscuridad en un espíritu, ¿por qué viene a recordar que hay luz en otra parte...?» (p. 319).

para cerrar —el 30 del mismo mes— contraponiendo patéticamente el hermoso día, al instante en que un rayo de lucidez le desvela a la amada la cruda realidad: «...gritó desgarradoramente: *me muero, madre mía*. Entonces fue cuando vi yo la alegría del cielo, y la del sol y la del campo» (p. 347).

Hasta aquí un breve esbozo del rendimiento del binomio luz/sombras por lo que se refiere a los amantes. Pero además, esa simbología va a ser utilizada por el protagonista en provecho propio a través de visiones simbólicas que apuntan a su propio destino, heroico pero condenado al fracaso. El fracaso de Colón se convierte en agorero paradigma para quien busca la «luz» que ilumine su vida. Así sucede con el largo y densísimo pasaje descriptivo que ocupa toda la anotación diarística de 20 de diciembre:

«De la tierra que lo abarca, ha brotado una montaña: ¡qué montaña! ¿hay alguna en la tierra que imite la osadía con que ésta se levanta en el espacio? ¿hay alguna que imite sus corrientes de brillantes, sus torrentes sombríos, sus árboles inmensos, sus bosques colosales, la aureola que corona su cúspide? Cerca de la montaña, una

caverna; veo su profundidad a favor de esa luz color de púrpura: y a favor de esa luz, veo esos fantasmas, esos monstruos extraños, esas sombras pavorosas, queriendo penetrar en ella y empujándose, codeándose, impidiéndose el paso, golpeándose, destruyéndose, y volviendo a la nada o transformándose» (pp. 222-223).

Los recursos retóricos -exclamaciones e interrogaciones retóricas- están al servicio de las ideas: una gran tierra -el Caribe- reclama un hombre colosal, Hostos. Y sustantivos como «monstruos», «fantasmas»... o adjetivos como «pavorosos», «extraños»... se sitúan en la más pura línea del horror del género fantástico de la época. Además, aunque no sea muy canónico, el narrador maneja los gerundios apoyándolos en el asíndeton y generando una enumeración caótica capaz de golpear con fuerza al lector. Al final del párrafo, las sombras pavorosas oscurecen el cielo, en el que brilla el azul de las estrellas. La exaltación de la belleza caribeña se apoya en un simbolismo explícito:

«En mi cerebro hay un pensamiento triste, una comparación amarga. La imaginación es un sol que se pone eternamente: engendra un mundo, lo colora con el resplandor de su invisible fuego, y cuando va a perfeccionarlo, su mundo se oculta tras un velo, el



vapor de una noche irremediable lo sombrea, y la oscuridad lo desvanece. En el cielo recuerdan las estrellas la luz del sol ya puesto: en la imaginación no queda nada; el aire es nada» (p. 223).

Lectura nihilista desde luego, ¿simbolismo nietzschiano tan vez?... ¿Sería demasiado presuponer al Schopenhauer de *El mundo como voluntad y como representación*? De cualquier modo, ese visionarismo será utilizado por el protagonista en provecho propio, a través de visiones simbólicas -una inmensa montaña con su profunda caverna, un hombre colosal...- que apuntan a su destino heroico condenado al fracaso, auténtico eje escondido de la novela. El 20 de diciembre anota: «¿Qué me está sucediendo...? ¿Qué tempestad me agita...?» (p. 150). A continuación, Bayoán se desdobra en dos seres antitéticos: el hombre viejo que se resiste a morir y el joven, que irrumpe lleno de vida-luz:

«¿Qué extraña aparición veo ahí?

Confusamente, sí, pero la veo.

Son dos cosas a un tiempo: un hombre colosal, envuelto en luz, que invoca, arrodillado, a un ser invisible en quien espera; y un pueblo, que lucha contra todos, e invoca la *libertad*, la *igualdad* y la *fraternidad*, que lo defiende: el hombre colosal acepta un cáliz, bebe en él, y bendice: el pueblo

acepta su lucha gigantesca, y vence: el hombre colosal se sacrifica, y muere: el pueblo generoso vive, y veo que se dilata y se dilata y va invadiendo lo que antes lo invadía, y convirtiéndose de pueblo en mundo, mientras que el cadáver del hombre colosal se ha dirigido al cielo, dejando en la tierra una luz que antes no había» (p. 151).

El texto es explícito: la lucha por la patria exige un holocausto: de ahí la imagen de «beber el cáliz» con reminiscencias evangélicas así como el «Todo se ha consumado». El marco intertextual se presta a la parodia: la inmolación del Hombre-Dios ha sido sustituida por la del hombre-mártir y la redención de la humanidad tiene su correlato en la liberación del pueblo antillano de las ataduras de la metrópoli -todo esbozado mediante una prolepsis narrativa-. Una lectura atenta sugeriría entroncar la anotación de este 20 de diciembre, con la inmediatamente anterior —15 del mismo mes— y considerarlo clímax de una trayectoria ascendente, la del conflicto entre el amor de Marién y Bayoán y su deber respecto a la patria. El joven ha venido increpándose:

«Mal hijo de mi patria, mal ciudadano, mal hombre, porque me olvido de mi patria, que me necesita, de mis conciudadanos, que me llaman a servirla, de la humanidad, que como en todo hombre espera en mí ¿podré ser mañana esposo, padre?» (p. 149).

Y concluye reforzando un propósito que siempre le ha rondado: «partiré. Quiero ver la verdad y proclamarla ¡Verdad! Yo te veré» (p. 149). Algo reiterativo en su ideario. ¿Ejemplos? «Quiero la luz que me revele a Dios, la verdad, la justicia, la virtud» (p. 112) —había escrito el 22 de octubre por la noche, tras una serie de disquisiciones fruto del autoanálisis al que se somete—. El vocablo «luz» es polisémico: referido a Marién connota pureza, amor, felicidad, inocencia... semas complementarios para perfilar a la etérea mujer romántica. Por contra, aplicado a la misión del protagonista simboliza la verdad y la justicia. La visión del hombre colosal no es sino un fagonazo de lo que todavía no ha conquistado Bayoán en el plano personal -saber cuál es su auténtico camino- ni en el político. Es consciente de su peregrinación, es decir, de hallarse aún en la vía purgativa y lo plasma por medio de visiones:

«Veo un mundo fantástico, semejante a la tierra: (...) los hombres son los llanos, las playas, lo a un nivel; el hombre que se eleva, el Chimborazo, ardiendo interiormente en fuego eterno, cubierto exteriormente de nubes perdurables» (p. 191)<sup>126</sup>.

---

<sup>126</sup> A partir de *Las confesiones* de Rousseau, las «visiones» suelen ser muy propias de los textos en primera persona y lógicamente tienen valor metafórico desempeñando una función indicial. Cfr. Adam, Jean-Michel y André PetitJean: *Le texte descriptif...*, op. cit., pp. 54 y ss.

La alegoría (sic)<sup>127</sup> es muy clara: el hombre superior descuella frente a los otros, fuego enmascarado por nubes, altivo y seguro de su misión. En el texto, Bayoán se desdobra en dos voces -corazón y razón- que entablan una especie de disputa medieval:

«—Tímido corazón, ¡no tiembles! Mi razón, mi conciencia, mi espíritu, hechos de otra cosa que de carne, no quieren descender (...).

—¿Y si el espíritu es un gas, y la carne, la materia corrompida, es quien la forma...?

—Miserable...! El Espíritu es Dios!» (p. 191).

Se cierra la alegoría que conecta al héroe con la eternidad. ¿El puente? No podría ser otro que el azul ya que remite al ideal<sup>128</sup>. Por eso Bayoán, como protagonista de la historia, termina su anotación diaria contrastando el ideal del héroe con la medianía del vulgo. En su holocausto Bayoán tiene un precedente con el que gusta de identificarse: Colón. Él fue agente involuntario de la historia al abrir las puertas del Nuevo Mundo a lo que debería haber sido la civilización, la luz

---

<sup>127</sup> Así denominada por el autor, aunque quizá no lo sea desde el purismo retórico. Es, más bien, una visión simbólica.

<sup>128</sup> Aquí Hostos conectaría con los románticos franceses, entre otros Víctor Hugo para quien «l'art c'est l'azur»... y sería un precedente del azul dariano. Entre ambos, Mallarmé...

que iluminara las tinieblas. Pero ¡ay! no siempre fue así. Habrá que reescribir la historia entonces:

«...empujado por mi amor a la verdad, por la larga indignación que me ha costado el penetrar en las profundidades de la Historia, y sobre todo, de ese periodo prodigioso, feliz y desgraciado a un tiempo, en que la fe del genio arrebató este mundo a las tinieblas, peregrinaré»... (p. 109).

Carlos Rojas sintetiza el dilema constatando que la historia es a la vez progreso y conflicto <sup>129</sup>. Una historia en la que el pesimista Bayoán, forjado en la leyenda negra, necesita creer. Por ello, aplica de nuevo la simbología de la luz al futuro español, en una anotación de 17 de octubre:

«Nación generosa al defenderla (la justicia), pequeña al combatir la independencia, purga hoy su pasada pequeñez (...). Tuvo un momento de gloria, brilló, resplandeció; luego, lo mismo que la hacía temible (esta es la gloria miserable de los pueblos) la hizo decaer; como las llamas, antes de apagarse, destelló; volvió luego a brillar con resplandor magnífico: lo que la había hecho pequeña, la hizo

---

<sup>129</sup> Cfr. Rojas, Carlos. «El concepto de la historia en Eugenio María de Hostos», en *Hostos: sentido...*, op. cit., pp. 385-402.

grande, la augusta independencia: sofocó la de América y murió: luchando por la suya resucita» (p. 106).

### **3. 3 .3. *La peregrinación por la historia.***

Tanto por su finalidad política como por la específica búsqueda de identidad que lleva aparejada, *La peregrinación de Bayoán* supone tomar el pulso a la historia de la metrópoli en dos vertientes: las consecuencias del descubrimiento y la historia contemporánea española. Ambos asuntos son vistos con pesimismo por un narrador -Hostos- que no quiere caer en el sectarismo, pero critica con apasionamiento o ironía. España no ha sido la metrópoli ideal: conquistó y devastó los territorios antillanos y ahora los explota sin tener en cuenta los lícitos anhelos de sus habitantes. Ése es el mensaje global que recibe el lector, un mensaje acorde con las preocupaciones de quien suele colocarse al lado de los oprimidos y resalta los grandes momentos de lucha libertaria protagonizados por la humanidad.

#### ***El viaje de Colón: un oxymoron. El cuestionamiento de la conquista.***

«Estoy admirando los cayos que Colón llamó *Jardines de la Reina* (...), un mar de poco fondo, verde-claro; a la izquierda millares de islotes, de bajos que rechazan a las olas; a la derecha, Ornofay,

en donde empieza el mar a desplegar sus olas, sin otro valladar que Cuba.

Ornofay!... ¡Los Jardines de la Reina!

Vamos a soñar como soñó Colón» (p. 122).

Esta última frase —y varias semejantes— da pie al viaje por la historia, que arranca de la naturaleza. En efecto, es la contemplación de las playas y mares caribeños —en la primera parte del texto— lo que propicia el salto atrás, a la América del descubrimiento revisitada desde los ojos de Colón. Asimismo, lo que desata el lamento por la destrucción subsiguiente a la conquista y colonización de la isla desde la óptica de la leyenda negra <sup>130</sup>. Se abren en el texto dos planos históricos, el presente y el inicio del siglo XVI. En realidad se trata de una falacia, ya que el pasado es mera proyección mental de un narrador-protagonista que focaliza la realidad, mediatizándola.

La historia nos dice que Colón descubrió Puerto Rico en su segundo viaje (19 de noviembre de 1493) <sup>131</sup>. Y

---

<sup>130</sup> Reactivada por ingleses y franceses cuyos nombres conoce bien y cita en el prólogo de la segunda edición: «Raynal, Robertson, de Pradt, Prescott, Irving, Chevalier me presentaron a América en el momento de la conquista y maldije al conquistador» (p. 71). Cfr. Gerbi, Antonello. *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica (1750-1900)*. México, Fondo de Cultura Económica, 1982.

<sup>131</sup> Con una flota de 17 naves parte Colón desde Cádiz el 25 de septiembre del 93 y llega al Caribe recorriendo la Deseada, Marigalante, Guadalupe... «*La última isla reconocida antes de tocar en La Española fue la de Puerto Rico que los indios llamaban Boriquen. El Almirante la bautizó San Juan de Puerto Rico*»... Fernández

para aprender de la historia, o para seguir con su titanismo romántico que le consagra como genio *avant la lettre*, el narrador ha hecho el esfuerzo de ver con los ojos colombinos, ateniéndose a las páginas de su *Diario*. Como dice Cordova Iturregui:

«Existe en Bayoán una verdadera obsesión con la mirada fresca de Colón al posarse por primera vez sobre América en sus viajes. El diario del antillano queda así emparentado con los diarios del descubridor»...<sup>132</sup>.

La mirada del narrador media entre el mundo caribeño y la interioridad del protagonista, entre la naturaleza y el texto colombino, entre el presente y la historia... No extrañará entonces que la primera referencia al tiempo del descubridor sea el *ubi sunt*, la queja nostálgica por el deterioro de la tierra y sus habitantes: nada queda de su feracidad y belleza, ni de la inocencia de los moradores. El narrador conoce los primeros textos sobre la isla de Puerto Rico: el libro XVI de la *Historia General y Natural de las Indias*, donde Gonzalo Fernández de Oviedo relata su descubrimiento y colonización<sup>133</sup>; el libro VI de la

---

Méndez, Eugenio: *Historia cultural de Puerto Rico 1493-1968*. San Juan de Puerto Rico, El Cemí, 1995, p. 42 (ed. corregida).

<sup>132</sup> Córdova Iturregui, Félix: «La peregrinación de Bayoán»..., op. cit., p. 92.

<sup>133</sup> En el libro XVI de su *Historia general y natural de las Indias*, Gonzalo



*Elegías de Varones Ilustres de Indias*, de Juan de Castellanos, primeros versos sobre el mismo asunto <sup>134</sup>; o las escasas páginas que Bartolomé de Las Casas le dedica en su *Historia de las Indias...* Muy probablemente tiene noticias también de la *Relación de Fray Pané acerca de las antigüedades de los indios* (1535)<sup>135</sup> y de la *Memoria del capitán Joan Melgarejo, Gobernador de Puerto Rico* (1582) <sup>136</sup>..., entre otros textos significativos. Casi todos se refieren a la isla de Puerto Rico contextualizándola entre sus hermanas caribeñas. Y aunque aluden a la feracidad y belleza de la tierra que había sido conquistada y colonizada por Juan Ponce de León en 1508, son testigos de escaramuzas y levantamientos indígenas que certifican que la primera colonización tuvo poco de Arcadia.

---

Fernández de Oviedo trata pormenorizadamente de Puerto Rico y las Antillas: la sitúa respecto del archipiélago, da su longitud y latitud, señala la hermosa sierra central y la ría de agua salada, los ríos Luysa, Camuy, Cairabon, Guaorabo, Mayagüez, Coriquex, Xacagua, Guayama, Guayaney y Fajardo, bahías como Yauco y Guánica y el cabo Rojo... en *Crónicas de Puerto Rico...*, op. cit., pp.38-39).

<sup>134</sup> Castellanos escribe los primeros versos dedicados a Colón y en la vejez recuerda su juventud isleña. Relata con dramatismo y fidelidad histórica episodios bélicos entre españoles e indígenas, los primeros areytos (1511), los ataques caribes a las primeras haciendas (1530), los despojos sufridos por los naturales... y ensalza tanto a indígenas como a castellanos.

<sup>135</sup> Su crónica contiene muchos datos de antropología y abarca también los episodios de La Española.

<sup>136</sup> Escrita por García Troche, nieto de Ponce de León y primer autor criollo. Su crónica corresponde a un periodo posterior, al de las relaciones que los gobernadores —en su caso Melgarejo— debían enviar a la metrópoli. Abunda en interesantes descripciones de la naturaleza.

Pero, de momento, Bayoán prefiere olvidarlo. Fiel al viaje colombino, no se ciñe sólo a Puerto Rico sino que abarca otros puntos del archipiélago antillano, superponiendo la nomenclatura indígena a la geografía decimonónica. Como buen romántico se dirige a la naturaleza, pregunta por sus habitantes de antaño, por el cacique Guacanagarí <sup>137</sup>, amigo de Colón y considerado traidor a los suyos, un hombre desgarrado entre dos mundos y dos fidelidades. Por ello símbolo también de Hostos, quien le compadece y tras acusarle de ser mal hijo de su patria, acaba perdonándole.

El barco sigue costeando y los lugares avizorados remiten a sus habitantes: Cibao y su sitiador Caonabo (p. 104) <sup>138</sup>, el canal de Amona (p. 115) <sup>139</sup>, Punta Gorda y Batabanó (p. 124)... «Guantánamo está ahí: ya no hay chozas en las playas, ni haciendo hogueras, indios. Las Casas ¿dónde están tus protegidos?» (p. 118) —dirá—. En este caso, su propósito es más neto: denunciar genocidios, al hilo de la leyenda negra que aún no se

---

<sup>137</sup> Cacique de La Española que habitaba la comarca luego denominada Vega Real... Ayudó a Colón a descargar la encallada Santa María y construir el fuerte de Navidad, el 25 de diciembre del 92.

<sup>138</sup> Región de La Española donde se decía abundaba el oro. Fue explorada por Alonso de Ojeda quien fracasó estrepitosamente. En cuanto a Caonabo, aparece en la *Relación de fray Pané* como uno de los asediados a la fortaleza de la Magdalena en La Española.

<sup>139</sup> La Isla de La Mona está ya documentada por Fernández de Oviedo, a mitad de camino entre La Española y Boriquen. Cfr. *Historia...* Libro XVI, op. cit., p. 35.

cerró <sup>140</sup>. Por eso estalla su indignación tras imaginar el exterminio de los indios:

«El viento nos acerca a ti, montañosa Higüey: a pesar del nublado, adivino tus bosques y cavernas: figúrome a tus hijos, perseguidos en ellos, reducidos de muchos a muy pocos (...) tú, que al llegar los extranjeros, tenías pobladores que defendían tus playas, tus florestas, tus breñas, tus abismos!

Último amparo de la sencillez y la inocencia, dáme la cólera que dabas a tus hijos, su noble indignación, su valor santo: lo que ellos con sus armas, haré yo con mi voz» (pp. 114-115).

Detrás de esta apasionada imprecación no es difícil rastrear al «buen salvaje» de Rousseau, en un XIX romántico, generador de toda una literatura «indianista» a su vez deudora del exotismo europeo. El narrador recuerda cómo los primeros enclaves desaparecieron de la faz americana a manos de la «...justicia providencial que así castiga al que comete un crimen» (p. 115).

---

<sup>140</sup> En sus obras posteriores, tanto en su oda *El nacimiento del Mundo Nuevo* (poema muy flojo que puede leerse hoy en *Los rostros...*, op. cit., pp. 269-277), como en su largo ensayo *El descubrimiento y el descubridor*, mantuvo e intensificó esa visión que responde más a los modernos conceptos de «encuentro» o «encubrimiento» y, de cualquier forma, es destructor para el indígena. Igualmente en su ensayo *Plácido* idealiza la naturaleza paradisíaca antillana destruida por los españoles y llora la pérdida indígena con lamentos panfletarios cercanos al *ubi sunt*. Cfr. *Obra literaria...*, op. cit., pp. 209-270..

Sintagma muy fuerte en una novela destinada al público español. ¿Sería demasiada extrapolación considerarlo una advertencia subrepticia a la metrópoli, ante su insensibilidad frente a las legítimas ansias de autonomía de los puertorriqueños en ese momento? En resumen, el *ubi sunt* suele desembocar en dos tipos de conclusiones: o la indignación por la masacre física y moral; o la prolepsis que propone una alternativa feliz, la de un futuro que nunca existió ni existirá y en el que vuelven a fundirse las acciones y destinos de Colón y Bayoán.

Pero ¿quién es el responsable último de todos los desastres? ¿Quién generó el caos? ¡Colón! Bayoán le increpa, acusándole de haber propiciado una catástrofe al hacer visible el Nuevo Mundo al Viejo: “¿No la cometió, y horrenda, cuando levantó el velo que tan felizmente os ocultaba a ti, a Guanahaní, a Borinquen, a los ojos de Europa? ¿No la cometió, y funesta, señalándoos con su índice tenaz al ya ciego viejo mundo?» (p. 105). Sin embargo, dos meses después da una última vuelta de tuerca al asunto, más madura, con un enfoque más sociohistórico, teñido de fatalismo, que incluye al propio Dios cristiano a quien las riendas de la historia se le habrían ido de las manos. Colón no sería sino una víctima<sup>141</sup>.

---

<sup>141</sup> Hostos fluctúa en su visión de la historia. Páginas atrás había dicho: «Medito en la Providencia (sic), cuya mano veo en los acontecimientos de los pueblos (...) es la compañera de la Historia (...), «resplandeciente de justicia»... (p. 120). Es decir, brota en ocasiones la formación cristiana del autor, al

En definitiva, Hostos admira a Colón y lo enaltece, autoenalteciéndose indirectamente al unir sus destinos. Y después extrapola el problema a todo gran hombre que inexorablemente sufre la incomprensión de los suyos. Por ello, el citado 21 de enero, al evaluar la gesta colombina, escribe:

«Y para eso viene al mundo un hombre que, víctima primero de su fuego interior, lo es después de los hombres, de la burla grosera de los pueblos, de la sonrisa del sabio que no sabe, del desprecio del magnate, de la indiferencia ofensiva de los reyes!

Y a eso viene al mundo un hombre que mendiga para dar, que sufre para hacer feliz, que se empeña en ofrecer lo que no quieren, que a pesar del sarcasmo del mundo, le da lo que no tiene!»... (pp. 184-185).

¿Será ése el futuro que le acecha? —se pregunta en el diario una y otra vez, un Bayoán transparente que apenas oculta al joven Hostos?—. No en vano —y como dice Beauchamp— «Colón es el mediador entre el sujeto que aspira y los valores (sacrificio, sufrimiento, verdad, etc.) a que aspira ese sujeto. Colón es el modelo moral»<sup>142</sup>. Y esto será siempre así, hasta el punto de

---

presentar a un Dios —Providencia justiciera— que gobierna la Historia.

<sup>142</sup> Beauchamp, José J.: «La construcción de la cotidianidad»..., op. cit., p. 528.

que, años después, el puertorriqueño escribe un trabajo extenso sobre su hombre titulado *El descubrimiento y el descubridor*.

¿Miradas paralelas la de Colón y Bayoán? Cordova Iturregui hace ver con acierto que tienen puntos de arranque distintos: Colón parte de la perspectiva europea y citadina, mientras que Bayoán se mueve entre dos mundos y recela de la metrópoli por considerarla siempre un centro de poder. Por eso sus caminos son opuestos: si a Colón le correspondió condenar al Nuevo Mundo al abrir nuevas tierras a la conciencia europea, a Bayoán-Hostos debería corresponder la salvación de la patria. En consecuencia, el final de su viaje debe ser la España europea de quien depende la evolución política de las Antillas.

***El viaje a España —la Madre Patria— un viaje al sepulcro: «Aquí murió España»... —palabras de Bayoán frente a Cádiz—.***

En el Puerto Rico colonial del XIX la atmósfera era provinciana, con un impresionante atraso cultural; para acceder a la enseñanza superior había que salir fuera. Hombres como José Julián Acosta, Ruiz Belvis, Baldorioty de Castro, Calixto Romero, José Gautier Benítez, José Vargas, Jenaro Aranzamendi, Juan Viñals, Federico González, Dámaso Saldaña, Alejandro Tapia y Rivera... y el propio Hostos estudiaron en España y

aprovecharon su estancia para colaborar en la fuente más antigua de la cultura isleña, la *Biblioteca Histórica de Puerto Rico* (1854), editada por Tapia y Rivera, que recoge fragmentos de crónicas, cédulas, memoriales, cartas... de los primeros tiempos. Muchos de ellos colaboraron además en la primicias literarias de la Isla, llámese *Aguinaldo puertorriqueño*, o *Álbum*.

Hostos vino a estudiar a Bilbao y después se trasladó a Madrid. Según el prólogo del 73, está en Madrid al menos del 58 al 61. En *La peregrinación de Bayoán*, el narrador alude una y otra vez a «otro viaje», «su primer viaje»... Consta que volvió a la isla durante el 62, entre otras cosas, por las muertes de sus hermanos Carlos y Eladia. En una novela tan autobiográfica, podría concluirse que las vivencias del propio Hostos se esconden tras los continuos lamentos del narrador Bayoán:

«¿Por qué vuelvo a viajar? ¿Por qué me empeño en conocer al mundo y en hacerme conocer de él si toda mi felicidad consistía en vivir desconocido, y en haber renegado para siempre de las grandezas de la civilización que probé, al errar otra vez por ese mundo?» (p. 110).

En la novela, el viaje a España se yergue como símbolo de las esperanzas fallidas de los hispanoamericanos:

«El viaje a España es la última parte de ese destierro: esa trayectoria circular podría reflejar el viaje circular a través de la historia que recorren las repúblicas latinoamericanas, y que concluye en un regreso involuntario, inevitable, a España, al despotismo»<sup>143</sup>.

Por eso, el viaje a España es dramático, conllevará la muerte del anciano ya que la metrópoli no tiene nada que ofertar. En cuanto a la pareja protagonista, Marién será la víctima propiciatoria mientras que el indeciso Bayoán se impone el viaje de vuelta a «cualquier país» donde un hombre como él pueda ser útil:

«América es mi patria; está sufriendo, y tal vez su dolor calme los míos... Si puedo encontrar allí lo que en vano he buscado en Europa; si en una de esas repúblicas hay un lugar para un hombre que ama el bien, después de recorrerlas todas, después de estudiar sus necesidades presentes, y evocar su porvenir, me fijaré en la que más reposo me prometa... Si en ninguna lo encuentro, seguiré peregrinando» (p. 355).

---

<sup>143</sup> Rosa, Richard. «Puerto Rico a flote...», op. cit., p. 266.



Son las últimas palabras de Bayoán en la novela, que preconizan la vida itinerante del autor. Si nos atenemos al relato, el protagonista ya desde las Antillas tiene los ojos puestos en la metrópoli y a su diario como interlocutor. El 13 de febrero introduce un largo excursus sobre el carácter nacional y la inviabilidad de las relaciones con el otro lado del Atlántico; lamento e imprecación contra una España personalizada a través de la prosopopeya:

«Y a ti también te compadezco, ¡oh pobre España!, te compadezco porque pudieras ser feliz y no lo eres, porque puedes rehabilitarte a los ojos de la historia y no lo haces (...). Pero, entre tanto, esos pueblos del continente se desgarran y tú, España, los dejas desgarrarse: las islas te piden un recuerdo y las olvidas»... (pp. 216-217).

El puertorriqueño especula con la utopía de que la vieja metrópoli tienda una mano a la isla, lo que podría lograrse si los hombres que rigen los destinos de la historia tuvieran inteligencia y buena voluntad: «... buscarás con los ojos a este mundo que por tu sed de riqueza te hizo pobre, y por tu sed de aventuras, cruel y débil: en vez de esclavos, pedirás hermanos (...) la civilización sentará en América sus reales, y el mundo entero andará con paso firme» (p. 217). Una propuesta visionaria que proclama llegada la hora de América, en la

línea de lo que cuarenta años atrás hiciera Bello en sus *Silvas*. Y que supera la dicotomía sarmientina civilización/barbarie sin invertirla necesariamente. Los problemas comienzan cuando ese respeto no es mutuo — vendrá a decir—. España no ha sabido darle cancha a los caribeños:

«¿Por qué no comparten los hijos de mi patria con los hijos de España, las tareas que sólo los de España desempeñan? Que España nos dirija no lo siento; pero que por nuestra debilidad nos prive del derecho de ser hijos, y en vez de con nosotros gobiernen nuestro país esos indiferentes que vienen y se van encogiéndose de hombros!»...

Es obvio el desgarramiento interior de quien al escribir su novela todavía apostaba por salvar ambos mundos. Por eso, cuando avizoran las costas de Cádiz, Bayoán ensalza ante su amada las bellezas de la metrópoli. Para Marién, el Caribe es sol y luz, Europa triste y angustiosa niebla. Bayoán comparte esa vivencia física, pero su mirada es más amplia y le permite afirmar que España —enlazando con esa utopía posible— es bella y soleada en primavera<sup>144</sup>. Por otra

---

<sup>144</sup> Bien es verdad que la descripción hostosiana es pobre y reiterativa: utiliza la anáfora en sintagmas como «tu verás qué de»... mientras que reclama la atención de su amada por medio de estructuras paralelísticas: «mira esas playas...mira a la izquierda»... cfr. la entrada del 15 de marzo por la mañana en la página 248.

parte y después de una larga travesía, la risueña Cádiz anuncia tierra para felicidad de los pasajeros hartos del barco. Respecto al tratamiento de las ciudades españolas, el narrador es muy escueto: consigna pocas, con descripciones tópicas -el cielo azul, las casas encaladas y refulgentes bajo el sol-; lo que importa es la significación política, el papel desempeñado en la historia. Sólo Cádiz -refugio de libertades en apuros- se valora positivamente:

«...aquí vinieron las Cortes; aquí se constituyó España: aquí dio un paso gigantesco que, dado con valor, la hubiera hecho andar los siglos que le faltaban para llegar al XIX: aquí el patriotismo, la abnegación heroica, el espíritu elevado, han dejado una atmósfera que respiro con placer. Aquí... no me oigas, Marién, aquí murió España» (p. 250).

La anáfora refuerza la geografía de la ciudad costera y luminosa que ha traicionado, sin embargo su glorioso destino. Por ello el contoneo de la costa —Tarifa, Trafalgar, Ceuta...— culmina en Gibraltar que no es sino «...el sepulcro de las glorias de España» (p. 258). Enfrente Madrid acapara los vicios del país, símbolo del mal que afecta a la metrópoli y sus colonias; es la mujer, la droga que esclaviza al amante. Hay que leer desde esos parámetros la anotación del 29 de abril, que

deja entrever una larga historia de encuentros y desencuentros de cuño autobiográfico:

«Aquí me tienes, Madrid. Vengo a pedirte lo que tu no das: te he sacrificado mi adolescencia; vengo a sacrificarte mi triste juventud.

Yo llegué aquí, lleno de esperanzas... las mataste: ansioso de gloria y de virtud... trocaste mi ansia en desaliento; anhelante de saber... me diste una sonrisa.

Me refugié en mí mismo; pero un día me espantó mi soledad y huí de ti.

Las brisas de mi patria me calmaron; pero iba haciendo lentamente sus efectos el veneno que infiltraste en mí, y el anhelo de gloria me arrancó de mi retiro.

Aquí me tienes, metrópoli de los vicios de España; impura cortesana (...), Arrastrado por un destino que bendigo y maldigo, y guiado por mi voluntad, vuelvo a buscarte» (pp. 286-287) <sup>145</sup>.

No obstante, la búsqueda no tendrá final feliz. No hay salvación en el Viejo Mundo para pueblos jóvenes que deberán forjarse a sí mismos.

---

<sup>145</sup> «Te he sacrificado mi adolescencia»... Esta frase, cuyo contenido no se justifica en la ficción, avalaría la tesis de Ernesto Álvarez: la base sobre la que ficcionaliza Hostos es su propio diario.

### **3. 3. 4. *La peregrinación como búsqueda de identidad antillana: colonialismo/liberación.***

No es éste el único ni el último momento en que el texto narrativo pone sobre el tapete el asunto de la patria, su «problema por excelencia» -como afirma en el prólogo a la segunda edición de la novela al sintetizar los núcleos temáticos-:

«El problema de la patria y de su libertad, el problema de la gloria y del amor, el ideal del matrimonio y de la familia, el ideal del progreso humano y del perfeccionamiento individual, la noción de la verdad y la justicia, la noción de la virtud personal y del bien universal, no eran para mí meros estímulos intelectuales o afectivos; eran el resultado de toda la actividad de mi razón, de mi corazón y de mi voluntad; eran mi vida» (pp. 68-69).

Hostos describirá la evolución de un patriotismo sin estrecheces nacionalistas, capaz de superar el mero sentimiento en pro de la voluntad comprometida. Todo ello puede ser constatado en el 73, cuando los acontecimientos se han clarificado y sus ideas son más radicales: España —piensa— es la nación que aherroja la patria de Bayoán; habrá que luchar por su liberación a costa de la personal felicidad. En ese sentido, el autor

afirma que el libro se concibió como «una acusación fulminante contra España» (p. 82) y que este propósito genera la escritura.

No obstante y por lo que se refiere al tratamiento de la patria, puede observarse un desfase entre este prólogo y el contenido del libro. En el primero el proceso se ha cerrado, mientras que la novela refleja la fecha de escritura, 1863, con las fluctuaciones de Hostos plasmadas en Bayoán. De hecho, el libro no es una acusación fulminante contra España, sino una búsqueda de identidad puertorriqueña. El anciano, Bayoán como alter-ego del autor en el 63 y el Hostos del prólogo redactado diez años después no son sino momentos distintos y consecutivos de un proceso. Y como telón de fondo, tres amores —gloria, justicia y verdad— perseguidos por todos como fruto de los deberes patrióticos.

***El anciano, memoria y profecía de Bayoán-Hostos.  
La Patria a examen.***

La historia del anciano se inserta en la travesía atlántica a modo de trama secundaria. Desempeña la función estructural de entretener al lector, pero cobra auténtico sentido como alegoría proléptica: su aventura, desgraciadamente fracasada, presagia lo mismo para el joven. Ambos viajan pero el anciano, desengañado por no haber podido redimir la patria, sólo espera la muerte.

Hostos, a través de su alter-ego Bayoán va en busca de un ideal. “A nivel narrativo, entonces, la historia del anciano es memoria y profecía: *Yo era la alborada; él era el ocaso de una fe. Yo creía en los hombres; él dudaba*»<sup>146</sup> -dirá el protagonista-.

En el texto, la historia del anciano se imbrica tras las referencias a un Colón fracasado ... «víctima primero de su fuego interior, lo es después de los hombres»... «que mendiga para dar, que sufre para ser feliz»... afirmaciones que pueden aplicarse a cualquier visionario. Por si no fuera suficiente el paralelismo, el texto tiende otro cable para enlazar la historia: el 21 de enero se avizora Guanahaní, lo que provoca en el narrador Bayoán un último soliloquio:

«Si fuera posible que el mundo se enmendase, su enmienda más grata a los ojos del genio serían los aplausos al infeliz que lo imite; que busque como él; que como él, padezca; que dé sin esperar; que se atormente y muera, sin recibir más que en la muerte el premio de su vida»... (p. 186).

Así queda bien trabada la cadena que une a Colón con el anciano patriota y abre puentes a la esperanza en Bayoán y Hostos<sup>147</sup>. En los dos primeros, la historia se

---

<sup>146</sup> Rivera, J.M. : «*La peregrinación ...*», op. cit., p. 45.

<sup>147</sup> Los paralelismos textuales entre el anciano y Bayoán son múltiples:

ha cerrado y la valoración es negativa; pero tanto Bayoán como Hostos no han fracasado todavía en el nivel de la historia, se embarcan en su viaje iniciático.

Por lo que se refiere a la anécdota, de cuño krausista, Bayoán descubre a un anciano, enfermo y tirado en la borda con el que establecerá un diálogo más adelante, el 28 de enero, en que le describe: “mirando sus ojos, escondidos en dos órbitas cavernosas, sus mejillas hundidas, su barba perfilada, su delgadez mortal»... (p. 192). Soledad, indiferencia, falta de cariño, lucidez y amargura caracterizan sentimientos y palabras vertidas por quien habla con la «hiel de la verdad», desde el rechazo de los otros. Bayoán, que se había propuesto ser bueno con el anciano, quiere además «hacer lo que otros no hacían», porque el hombre superior está obligado a ser distinto.

Las tres primeras apariciones del anciano en el texto sirven, entonces, para caracterizarlo y definir su cosmovisión. La microhistoria parece cerrada mientras se suceden las alternativas de la historia de amor entre Marién y Bayoán. Pero en un determinado momento se produce el reencuentro con una variante, el deseo de implicar a Marién:

---

ambos luchan o han luchado por la patria, ambos llevan un diario o escriben unas memorias...Desde el punto de vista estructural Ángel Rivera interpreta la historia del anciano y la alegoría proléptica que implica como una *mise en abyme*, o *espejo dentro del espejo*. Y la enmarca en su tesis fundamental sobre la novela: se trata de un viaje al caos, eso sí, con una cierta complejidad ya que ... «tiene un mecanismo cuyo circuito de retroalimentación funciona en diferentes niveles». Cfr. Rivera, A. *La peregrinación ...*, op. cit., p. 530.



«Yo quiero lo contrario, Marién; quiero la constante propensión al bien, con todo su olvido de la pequeñez mundana, con todo su valor contra la envidia, con todo su heroísmo contra la injusticia: y no lo quiero para mí tan sólo: lo quiero para ti, para cuantos me quieran y yo quiera, para cuantos me estiman y yo estime. Sábelo, Marién: mi flaco corazón puede inclinarse a un ser digno<sup>148</sup> de mi espíritu; puede querer, aún contra mi razón; pero estimar y admirar y perpetuar su amor a un alma débil, incapaz por flaqueza, del bien y la virtud, eso no; yo no puedo estimar más que lo bueno» (p. 220)

El protagonista está definiendo el ideal femenino de Hostos, no sólo mujer-objeto, frágil y exquisito ángel del hogar, sino compañera a la que educar como forjadora en el hogar de los hombres del mañana<sup>149</sup>. Éste es un asunto al que, andando el tiempo, dedicará gran atención<sup>150</sup>; llegando a afirmar, incluso, la esencial

---

<sup>148</sup> La edición del 63 dice «indigno», lo que responde al sentido del texto.

<sup>149</sup> De hecho y cuando llegue el momento Hostos, como nuevo Pigmalión, enseñará a leer y educará a su mujer Belinda, poniendo en práctica sus ideas.

<sup>150</sup> Cfr. sus trabajos «La educación científica de la mujer» (Chile, 1873); «El programa de los Independientes» (1876); «La educación de la mujer» (Santo Domingo, 1881) y «La liga de Patriotas» (1898). También tocará tangencialmente el tema en su *Sociología* (1880 y 1901) y en la *Moral social* (1888). Cfr. Rivera Nieves, Irma N. *El tema de la mujer en el pensamiento social de Hostos*. San Juan de Puerto Rico, Instituto de Estudios Hostosianos y Universidad de Puerto Rico, 1992.

igualdad de hombre y mujer. Y ello frente a preclaros filósofos, como Schopenhauer, Kant o Hegel. No obstante, no es un revolucionario; mantiene la distinción genérica afirmando que el hogar es el ámbito propio de la mujer, en lo que coincide con una incipiente política educativa vertida en periódicos con destinatario femenino.

Sea como fuere, de momento la delicada atención al anciano se convierte en prueba amorosa que, no sin la instintiva repugnancia inicial, será vencida. Es ahora cuando el anciano toma la palabra y se convierte en el centro del relato al referir su historia dolorosa y útil. Establece, de entrada, un paralelismo explícito entre ambos: «Ud es bueno: bueno, como he querido serlo yo» (p. 231) —le dirá a Bayoán—. Su vida -cuyo relato ocupa varias páginas- es imagen y síntesis de los avatares de los independentistas americanos: lucha y consecución de la libertad política, para comprobar al fin que esos pueblos, capaces de una civilización grandiosa, se ven empequeñecidos por sus hombres que «...se entregan al placer del mando, al frenesí del despotismo (...), o caen precipitados por la audacia —que si es el vencedor en todas épocas, lo es con más razón en la de tempestad—, o siguen sostenidos por la debilidad, y tiranizan» (p. 232).

El anciano es la metáfora del fracaso de las incipientes nacionalidades, la del libertador Bolívar arrollado en un proceso histórico imparable y triste. Así lo reconoce Bayoán quien, en un largo parlamento,

identifica pueblos y hombres enfermos: lo que sucedió en América es histórico, fruto del enmohecimiento de la razón y de la falta de libertad durante siglos. Y al fin, «los pueblos se acostumbran a no ser, lo mismo que un individuo sin ideas se acostumbra a pasar por el mundo sin objeto» (p. 233).

Estamos en el meollo del mensaje que derivará hacia el patriotismo al contraponer el anciano... «el patriotismo verdadero, el patriotismo que ve en el porvenir, que está alerta en todos los momentos»... al «falso patriotismo» escudado tras las máscaras de la hipocresía, la ambición, el anhelo de mando y de fortuna». En la primera edición, estos términos venían reforzados con una visión alegórica abruptamente interpolada tras un desmayo de Bayoán. Los pueblos americanos, como niños inmaduros, caminan hacia el abismo creyendo ir al cielo en pos de quienes los manejan con premeditada lucidez y maldad, imitando a los europeos... sólo el león intenta escabullirse aguijoneado por los demás que tiran de él hacia abajo. En una visión posterior león y cóndor marchan juntos, hermanados por la razón, en pos de un cielo azulado y luminoso (pp. 235-236). En la edición del 73 el pasaje ha desaparecido. ¿Consideraba fuera de lugar esa simbiosis del león español y el cóndor americano tras los sucesos del 68 y la decepcionante actuación de los liberales?

El anciano ya ha cumplido su misión: ser portavoz del desconsuelo del autor, dejar constancia de los desastres de la precaria paz americana. Por lo que esa

trama secundaria irá amainando, aunque quedan tres breves secuencias interesantes desde el punto de vista ideológico: el anuncio de la transmisión de un manuscrito —la historia de su vida— necesario traspaso generacional; el falso anuncio del desembarco en Cádiz, frustrado porque España no tiene salvación que ofrecer a sus colonias; y la macabra escena del reparto de los bienes del anciano tras la fatídica muerte, que resalta el valor del héroe al enfrentarse a la mezquindad de los pasajeros.

A partir de ahora, la historia amorosa enfila su recta final pero, antes de abordarla, quisiera hacer una referencia a la simbología subyacente en los nombres de los personajes, que responden al independentismo hostosiano.

### ***Los nombres de los personajes: una simbología forzada.***

En la «clave» -inserta en la edición del 73- el narrador explica la simbología indígena de sus personajes. En el momento de la publicación Hostos se suma a la moda indianista del XIX, para lo cual disfraza a sus personajes -criollos- con nombres precolombinos. Y ni siquiera es fiel a la realidad isleña: en la caracterización de algunos —como Guarionex o el tangencial Agüeybana— se traiciona la historia manipulándola desde la ficción. Ambos son nombres

taínos: el primero se estableció en la actual Guánica, mientras que el segundo lo hacía en Utuado. El cacique Guarionex está documentado ya en la *Relación de fray Pané* de 1505:

«Estuvimos con aquel cacique Guarionex casi dos años, enseñándole siempre nuestra santa fe y las costumbres de los cristianos. Al principio mostró buen deseo, y dio esperanza de que haría cuanto nosotros quisiésemos y de querer ser Cristiano (...) Pero después se enojó y abandonó su buen propósito, por culpa de otros principales de aquel país, los cuales le reprendían porque obedecía la ley cristiana»... <sup>151</sup>.

En efecto, la relación sigue contando cómo Guarionex se vuelve contra los españoles y sus imágenes, ordenando destruirlas y organizando una conjuración que fracasa, no sin haber matado antes a cuatro o cinco españoles. La relación termina con tono milagrero: los indios entierran las imágenes, y encima crecen ajíes en forma de cruz. Curiosamente serán hallados por la pérfida madre de Guarionex, quien concluye: «Este prodigio ha sido mostrado por Dios, donde fueron halladas las imágenes. Dios sabe por qué» <sup>152</sup>.

---

<sup>151</sup> «Relación»..., en Fernández Méndez, Eugenio: *Crónicas...*, p. 29.

<sup>152</sup> *Ibidem*, p. 31.

También la *Historia general y natural de las Indias* de Fernández de Oviedo se hace eco del asunto en el libro XVI, que trata de la rebelión indígena y la subsiguiente matanza de cristianos en San Juan. De alguna forma, es Agüeybana quien impulsa a Guarionex a comandar la rebelión de «más de tres mil hombres»... Es decir, las crónicas en absoluto presentan a un hombre equilibrado, pacífico, maduro... como sucede con el personaje de *La peregrinación de Bayoán*. La hospitalidad es el único rasgo que corresponde a su biografía pero fue ampliamente desmentida después.

A corto plazo Guarionex había cobrado actualidad en *La palma del cacique* (1852) escrita por Alejandro Tapia y Rivera, el costumbrista más popular del siglo en la isla. Sin embargo, en ella Guarionex integra el triángulo amoroso de la obra y no puede considerarse fuente de Hostos; su temática no tiene nada en común.

Sin referente inmediato, los nombres se utilizan a partir del autoctonismo de moda. No obstante, diez años después de su publicación Hostos refuerza la simbología indígena de sus personajes desde su declarado independentismo, a pesar de lo cual siguen siendo postizos. Marién es una dama decimonónica y Bayoán no tiene nada de indio.

### 3. 4. *Del paratexto al texto:*

#### 3. 4. 1. *El subtítulo y sus implicaciones narratológicas.*

A lo largo de estas páginas se ha venido aludiendo a las dos ediciones que Hostos hiciera de *La peregrinación de Bayoán*. Separadas por diez años, presentan algunas variantes como la supresión de un largo pasaje alegórico en el episodio del anciano, o la adición de una «clave» y un extenso prólogo que documenta la recepción textual y la intencionalidad de unas páginas que tienen mucho que ver con las inquietudes políticas del autor. Cuestiones ya examinadas aquí. Se trata ahora de abordar el subtítulo porque atañe al estatuto narrativo. En efecto, la portada de la primera edición (1863) dice así:

«*La peregrinación de Bayoán*. Diario. Recogido y publicado por Eugenio María Hostos. Madrid, Imprenta del Comercio, 1863".

En la segunda, que llegará diez años después al hilo de su larga estancia en Chile, estampa la siguiente portada:

«*La peregrinación de Bayoán* Diario. Recojido y publicado por Eujenio María Hostos. Segunda edición. Santiago, Imprenta Del Sud-América <sup>153</sup>, 1873 <sup>154</sup>.

---

<sup>153</sup> La grafía tiene mucho que ver con las polémicas lingüísticas en que estaba embarcado el país. cfr. mi artículo «Las polémicas lingüísticas durante el

Es decir, en ambos casos, la obra que se ofrece al público viene apostillada como «diario» a pesar de que la crítica la consideró novela desde su publicación. ¿Cuáles fueron las causas? Quizá no la menos decisiva que, a partir de un momento indeterminado, las ediciones rotulan la obra como «novela».

Por cuanto se refiere al autor, el prólogo del 73 zanja la cuestión. Allí nos habla de «un *libro...* que estaba escrito en mi cerebro» y de un literato llamado Rada y Delgado que le conmina «...a ir todas las noches a leerle en su casa los diarios que durante el día hubiera escrito» (p. 74). La obra se presenta como una especie de cajón de sastre en la que el puertorriqueño, acuciado por la imprenta, va integrando incluso fragmentos de su propio diario de viaje escrito entre Madrid y la isla a lo largo del 59. Es decir, la gestación de la obra no tuvo nada que ver con la lenta elaboración de un texto literario; al joven Hostos le interesaba exponer unas ideas todavía nebulosamente intuitidas, que fundían lo antropológico - el ser del hombre, el deber...- y lo sociopolítico -el problema de la patria-. En consecuencia, su atención se dirige a la búsqueda de modelos, que pasarán por España donde se ha formado y vive:

---

siglo XIX», en *Letra en el tiempo. Ensayos de Literatura Hispanoamericana*. Sevilla, Kronos-Universidad, 1997, pp. 55-72.

<sup>154</sup> Cito por la edición que estamos manejando, pp. 48 y 64, respectivamente, que fotocopian las portadas de los facsímiles correspondientes.



«...imaginé un plan en el cual estuvieran de tal modo ligadas entre sí las ideas que deseaba exponer, que el fin literario de la obra contribuyera a su objeto político y social; y que éste, presentado como objeto secundario, resplandeciera tanto más claramente cuanto más absorbido pareciera por el fin literario de la obra» (p. 78).

Las palabras son contundentes: literatura e ideología deben imbricarse una al servicio de la otra. Y en ese volver los ojos a la literatura del momento, topa con el diario que junto a las cartas fueron moldes habituales de las novelas del XVIII y principios del XIX. La novela personal, es decir, una historia en primera persona tras la que se esconde el autor pero cuyo protagonista es otro, suele centrarse en la crisis interior del personaje, hasta el punto de que algunas pueden considerarse auténticos autorretratos y, desde luego, parte de la escritura de lo íntimo. De duración breve, no importan los acontecimientos, ni suele fijarse con precisión el tiempo; importa la asociación de ideas. Hostos ha debido conocer las novelas de Chateaubriand, en particular *René* (1802) ya traducido y muy de moda en la península. Novela confesional, cuyo protagonista es un viajero que exalta la bondad de la vida natural en la línea de Rousseau<sup>155</sup> y en el que, a su vez, se percibe el

---

<sup>155</sup> Aunque Chateaubriand acabó distanciándose de Rousseau había leído las *Confesiones* (1782 y 89), *la Nueva Eloisa* (1761), *Los Sueños...*

influjo del *Werther* goethiano —la fascinación por la muerte—. Más cercana aún, *Oberman* (1804), la novela epistolar del Senancour discípulo de Rousseau, también describe el mal del siglo en un texto en que se reduce la ficción y aumenta lo filosófico y autobiográfico, hasta el punto de que en su prefacio de 1833 Sainte-Beuve identificó autor y protagonista. Es cierto que el autor traspone en el personaje su amor por la naturaleza, el spleen y la necesidad de la huida ciudadana o la fascinación por los Alpes suizos... Además, en las dos novelas aparece el viaje —a América, a la montaña europea— como vía para la búsqueda de identidad de sus protagonistas... Todo ello puntos de contacto con la novela de Hostos.

Cartas y diario suponen una mirada sobre sí mismo que salva una existencia del olvido y la muerte, en terapia psicológica<sup>156</sup>, aunque el *yo* sea una construcción textual. En conclusión, es creíble como aseveran Mora, Álvarez y Beauchamp, que los diarios perdidos puedan ser el genotexto narrativo, parte de ese «*Diario de mi vida* empezado a los 18 años (circa 1857), con objeto de estudiarme a mi mismo»... del que habla el

---

<sup>156</sup> Por lo que tiene de filosófica y por utilizar el diario, algunos críticos han hablado del *Diario de un seductor (Arte de amar)*, de Sören Kierkegaard como modelo. No me parece pertinente. Funciona el recurso de las cartas y el libro encontrado en un cajón, libro que combina cartas y diario. Pero la estructura formal no es semejante a la novela de Hostos. Y el proceso de seducción de una muchacha —argumento textual— está a años luz del idealismo krausista del puertorriqueño.

puertorriqueño. Álvarez es el más entusiasta defensor de esta teoría:

«Si se despojara a este *Diario* de la aureola de *novela* con la que se presentó al público a través de la imprenta, si suprimimos de nuestras conciencias de lectores críticos el elemento simbólico del que está dotado (...), notaremos que el que habla es el propio Hostos de sus restantes *Diarios*, tomos I y II (...). Hostos pretende presentar en Bayoán al personaje de las Antillas, pero por su modo de autoanalizarse el personaje y la forma de mirar su mundo, es Hostos mismo. Hay una lógica transición de espíritu y de estilo entre la novela y los *Diarios* subsiguientes (...). *La peregrinación de Bayoán*, libro, poema-novela en prosa, o novela, no deja de ser un tomo, hasta ahora podemos aceptarlo como el primero, de los *Diarios* de Hostos»<sup>157</sup>.

### 3. 4. 2. *Los modelos literarios: «Werther» y «Ultime lettere di Jacopo Ortis».*

¿Cuál era el panorama literario español en esos momentos? ¿Qué leía ese privilegiado tanto por ciento de

---

<sup>157</sup> Álvarez, Ernesto. Introducción a *La tela de araña...*, op. cit., pp. 32-33. Por cierto que a continuación defiende, con un entusiasmo y una falta de argumentos fuera de lugar, la modernidad de *La peregrinación...* auténtico poema en prosa simbolista, avant la lettre —según cree siguiendo las palabras de Hostos—.

españoles al que se incorporaban cubanos y puertorriqueños con objeto de formarse o participar activamente en política en calidad de diputados o agentes del malestar independentista? Porque la metrópoli era un hervidero de antiabolicionistas. Uno de los más famosos fue José Antonio Saco (1797-1879), cubano que vivió entre Francia y España y fue tres veces diputado a Cortes entre 1835 y 37, en defensa de la patria y el abolicionismo. Escribió una *Historia de la esclavitud* de la que vio publicados los primeros cuatro volúmenes (1875-78, París y Barcelona) dejando dos póstumos (1883 y 1892). Personajes como él o como el poeta y gestor cultural Magariños Cervantes, impulsor de la *Revista Española de Ambos Mundos* (Madrid 1853-1855), dinamizaron un panorama permanentemente alterado por disturbios y controversias políticas.

En la lectura de *La peregrinación de Bayoán* pueden rastrearse rasgos del folletín, por ejemplo los dualismos que vertebran la novela: amor/deber, amor racional/amor pasional... Los personajes son portavoces ideológicos y presentan una configuración plana; el simbolismo nominal es evidente. La historia tiene un marco cronológico contemporáneo y la presencia del autor en el texto se da por sentada. Existían, además, otras herencias del Siglo de las Luces -didactismo y novela de tesis- que pesaron en el puertorriqueño. Se filtran aún las secuelas de la repulsa del XVIII hacia la novela, mirada con desdén incluso en el país del *Quijote*.

En ese clima, no sorprende encontrar en el puertorriqueño reticencias y rechazos hacia la literatura y en particular la novela... “necesariamente malsana. Lo es dos veces -dirá en su *Moral social* (1888)-: una para los que la cultivan, otra para los que la leen”. Para quien es austero y perfeccionista, obsesionado por la ejemplaridad del «hombre completo», la novela es un pasatiempo pernicioso. Cuando redacta en Chile el segundo prólogo a su obra, no puede evitar una referencia agria a los mentores literarios del XIX, «vagabundos de la fantasía», «idealidad enferma y podrida»... corruptores de la sensibilidad y entendimiento» a los que habría que combatir con los grandes moralistas. Hostos confiesa haber leído sin demasiada profundidad, a Goethe, Foscolo, Byron y Espronceda —entre los primeros- y a Manou, Sócrates, Jesús, Silvio Pellico, Marco Aurelio y Zimmermann —entre los últimos—.

Esta confesión es útil para la cuestión de las fuentes. Porque *La peregrinación de Bayoán* es deudora del primer romanticismo por lo que atañe a la figura de Marién caracterizada con un exagerado pudor y una melancolía que, paulatina pero inexorablemente, lleva a la muerte. No lo es tanto en la tipología del protagonista masculino, siempre contenido, coartado por un deber que cercena sus ilusiones inmediatas. Y recoge estructuras prerrománticas, en concreto de *Ultime lettere de Jacopo Ortis*, de Foscolo y *Los sufrimientos del*

*joven Werther*, de Goethe. Me estoy refiriendo al molde formal —diario o estructura epistolar— más que a la sensibilidad de sus protagonistas, a años-luz de Bayoán.

Montesinos recuerda cómo el *Werther* (1774, 1778 segunda edición reelaborada por el autor) se tradujo en París hacia 1803 pero no se difundió hasta el 30. Seguramente Hostos lo leyó en España, aunque el libro se difundió también en América <sup>158</sup>: Delmonte lo conoció en su viaje a Europa del 27. No he conseguido comprobar si el puertorriqueño recibe influjo del cubano. Pero existen, al menos, otros dos puntos de contacto entre ellos: Delmonte conocía las *Ultime lettere di Jacopo Ortis* y, de hecho, glosó la traducción argentina en su artículo «Foscolo y Miralla»... El otro punto de contacto es más de fondo y se refiere a su concepción de la literatura: a pesar de sus viajes y lecturas, Delmonte fue incapaz de apreciar el romanticismo europeo. Ello se debe a su concepto de la poesía como instrumento útil al progreso de la humanidad, propio de la ideología iluminista. Su insistencia en la moralidad de la obra de arte le aparta del romanticismo que considera «literatura de réprobos». Sin llegar a tanto, en Hostos —que es mucho más joven— se aúnan la filantropía dirigista del XVIII y su formación krausopositivista, impidiéndole gozar del arte por el arte.

---

<sup>158</sup> Cfr. Rukser, Udo. *Goethe in der Spanischen Welt*. Stuttgart, 1958.

Creo, sin embargo, haber localizado la fuente de inspiración de Hostos en las catorce conferencias que, a lo largo de 1862, pronunció en el Ateneo de Madrid Antonio Angulo y Heredia (1837-1873), cubano y divulgador del krausismo en España. Las recogió en un libro bajo el título *Goethe y Schiller. Su vida, sus obras y su influencia en Alemania* (1863), donde abundaba en noticias y comentarios críticos sobre ambos autores. La fecha y el lugar son interesantes porque el puertorriqueño está en Madrid y frecuenta el Ateneo.

Por otro lado, podría decirse que tanto las *Ultime lettere...* como el *Werther* eran los éxitos del momento. Incluso —por ampliar la nómina con otro de los autores citados por Hostos— también lo era Byron, más conocido por sus actitudes que por su *Childe Harold...*<sup>159</sup>. En cuanto al *Werther*, fue un libro tremendamente popular y provocó suicidios en cadena. Su protagonista, enfermo moral e inadaptado social que se ha refugiado en la naturaleza<sup>160</sup> para serenar su psicología, se enamora violentamente de una joven ya prometida. El proceso sufre un paulatino *in*

---

<sup>159</sup> Por citar un ejemplo, el cubano Heredia los estudia y divulga en su *Poetas ingleses contemporáneos*, aparecido en su revista *Iris* (México, 1826); y en el *Ensayo sobre la novela*, que editó en su revista *La Miscelánea*. México, marzo, abril y mayo del 32.

<sup>160</sup> Hay muchas semejanzas entre *Werther* y la *Nouvelle Heloise* de Rousseau, novela en la que también hay un triángulo y cuyo protagonista se rebela contra la sociedad en nombre del amor. La presencia de la naturaleza, como inocencia incontaminada frente a la sociedad, es muy fuerte en ambas, adquiere carácter protagónico, equilibrando los males causados por la sociedad.

*crescendo* mientras Lotte, objeto de su amor, considera a Werther como amigo muy querido. Sólo al final, ya casada, deberá plantearse si sus sentimientos son meramente filiales. Tras una escena apasionada en que ella cae en sus brazos y se deja besar, le rechaza pidiéndole que no vuelva. Werther se suicida <sup>161</sup>.

Si bien tanto Werther como Bayoán se enamoran a primera vista y lo plasman con arrebató en el texto diarístico o la carta al amigo, la historia de amor del primero no puede tener menos puntos en común con *La peregrinación de Bayoán*. Paradójicamente la contención del protagonista caribeño queda lejos del apasionamiento desequilibrado del centroeuropeo, aunque el paralelismo entre los estados psíquicos y el clima es patente. Les vuelve a distanciar el tema de la patria, inoperante para el personaje goethiano... Podríamos seguir comparando ambos textos, pero lo interesante es que el molde formal ha sido sabiamente copiado sin tapujos por Hostos, con leves diferencias que no afectan a la estructura y presentación del texto. *Werther* es una novela epistolar con un destinatario, Guillermo, el amigo del protagonista <sup>162</sup>. *La*

---

<sup>161</sup> En los libros XII y XIII de *Poesía y Verdad* Goethe evoca su etapa juvenil en la que empezó a escribir su *Werther*, una novela autobiográfica en la que se funden su amor sin esperanza por Carlota Buff y el del joven Jerusalén, enamorado hasta el suicidio de una mujer casada, Maxa Brentano.

<sup>162</sup> Sólo he encontrado una referencia al diario que, supuestamente, escribe *Werther* y que confiesa abandonado por su enamoramiento. Es lógico que así sea, no lo necesita ya que tiene en el amigo un confidente que hace sus veces.



*peregrinación...* es un diario y, en ese sentido, el destinatario es Bayoán. Salvando lo que tiene que ver con la génesis y finalidad de la obra, aumentan las semejanzas. En el caso del *Werther*, el lector se encuentra ante un texto rotulado y dividido por fechas: libro I, 4 de mayo de 1771- 10 de septiembre; libro II, 20 de octubre de 1771, hasta la penúltima carta fechada el 20 de diciembre -la última, sin fecha y escrita unos minutos antes del suicidio, sólo ajusta la hora del reloj-.

Lo curioso es que, en la recta final de la segunda parte, cuyas cartas alcanzan hasta el seis de diciembre, el editor entra en el texto explícitamente:

«¡Cuánto daría yo porque de los últimos notables días de nuestro amigo hubiesen quedado testimonios de su puño y letra suficientes para que no me viere yo obligado a interrumpir con mi relato la serie de cartas que él nos legara! (...) No nos queda, pues, sino referir concienzudamente aquello que a costa de reiterado esfuerzo pudimos recoger, intercalar aquí las cartas que dejó el difunto, sin desdeñar el menor de los papeles hallados»... <sup>163</sup>.

---

Cfr. Goethe, Joham W.. *Los sufrimientos del joven Werther*, en *Obras Completas*. Recopilación, traducción, estudio preliminar, preámbulo y notas de Rafael Cansinos Assens. Madrid, Aguilar, 1974, tomo I, p. 1936.

<sup>163</sup> Goethe, Johann W.: *Los sufrimientos...*, op. cit., p. 1969.

Se abre ahora una narración omnisciente que, a modo de monólogo, entrevera el mundo interior del protagonista con las tres últimas cartas. La estructura es cada vez más caótica hasta que, el editor -narrador omnisciente- cuenta el último encuentro de los protagonistas y cierra el relato glosando los acontecimientos.

La novela epistolar tuvo un gran apogeo a partir del XVIII a través de las traducciones. Rousseau y Richardson, impulsores del romanticismo y la novela como vehículo del análisis sentimental, utilizaron con frecuencia lo epistolar, medio de expresión capaz de burlar la censura en tiempos comprometidos. Con otros propósitos, las cartas de Madame de Sevigné recogen la verdad íntima y social que no era oportuno dar a las prensas. Es muy probable que Hostos leyera estos libros tan populares siendo estudiante en España. Y aunque su carácter racionalista le llevara a denostarlos, sin duda retuvo sus esquemas y supo aprovecharlos para dar salida a sus inquietudes.

*Los sufrimientos del joven Werther*, en consecuencia, le da la pista sobre cómo hacer llegar al público un diario, como tal, privado. En ese sentido, la novela de Goethe es la matriz sobre la que trabaja la estructura de su *peregrinación*... Además, en el prólogo chileno cita a Byron, Hugo, Lamartine, Foscolo y Musset... La fama del primero se asentaba, más que en la poesía, en su vida aventurera. En cuanto a los franceses, Hugo tuvo

inmensa repercusión como novelista a partir de *Nôtre Dame de París* y *Les misérables*. Por lo que se refiere a Lamartine, su influjo se extendió hasta América —la *María* del colombiano Isaacs da fe de ello— y generó todo un ciclo de novelas sentimentales para un público mayoritariamente femenino. Musset se mueve entre lo sentimental y la novela de aventuras absorbida por el folletín... Hostos los cita más como modelos del día que como lecturas propias.

Otro es el caso del italiano Foscolo (1778-1827) cuya vida errante marcada por la política le atraía. El puertorriqueño confiesa haberlo leído<sup>164</sup>: *Ultime lettere di Jacopo Ortis*<sup>165</sup> (1799, 1802) presenta puntos de contacto con el *Werther* goethiano, como para considerarlo también modelo de *La peregrinación de Bayoán*. Es una novela epistolar con intromisiones omniscientes del editor. De nuevo un suicida escribe a un amigo para relatarle sus desventuras. Y, otra vez, lo que sitúa al protagonista en el disparadero del suicidio es el amor imposible, en este caso por Teresa. En cuanto al registro formal, se trata de un libro abierto, iniciado en 1798 en Bologna a partir de una tentativa de novela

---

<sup>164</sup> El crítico cubano Piñeyro (1839-1911) dedicó mucha atención a la literatura italiana. En el *Álbum cubano de lo bueno y de lo bello*, revista fundada por la Avellaneda, publicó en 1861 un estudio de conjunto sobre Foscolo, Manzoni, Leopardi y Pellico. Cfr. Bueno, Salvador. «La crítica literaria de Enrique Piñeyro», en *La crítica literaria...*, op. cit., pp. 72-92.

<sup>165</sup> Milano, Garzanti, 1974.

autobiográfica; una novela sentimental y elegíaca cuyo exordio y algunos paréntesis se tiñen de política. El dramatismo de Alfieri se superpone a la intensa influencia del *Werther*, notoria en el diseño general de la obra. La segunda y definitiva edición de 1802 se adapta más al planteamiento autobiográfico del autor —«el libro de mi corazón»—, un libro abierto<sup>166</sup> en la propia obra de Foscolo, cuya temática tendrá descendencia en prosa y verso.

Más allá de su gestación o recepción bibliográfica, interesa el molde epistolar entreverado con la narración omnisciente de Lorenzo, editor de las cartas, y cuyas intervenciones en el texto van siempre en cursiva. Casi al final de la primera parte toma la palabra para dirigirse «a quien leyere» y lo hace como un personaje más.

Además, Foscolo coincide con Hostos en el amor por la patria, uno de los temas fundamentales del *Ortis* y de su poesía entre la que destacan los *Sepolcri*. De hecho, la novela se abre con la desolación del protagonista porque su patria ha sido sacrificada. Napoleón entregó Venecia a los austríacos. Foscolo

---

<sup>166</sup> Por lo que se refiere a su estructura, en dos partes, tras un preámbulo de Lorenzo —el destinatario de las cartas— al lector. Se abren el 11 de octubre de 1797 y cierran un viernes más allá del 20 de marzo del año siguiente. En el medio cartas a Lorenzo, fragmento de la historia de Lauretta, largas cartas a Teresa, entreveradas de intromisiones de un narrador omnisciente que no es otro que el editor.

había luchado contra los austro-rusos entre 1799-1800 e incluso fue herido... La desesperación del protagonista es un trasunto de la suya, en un contexto en que la unidad nacional italiana no se ha cerrado y el tema de la patria está candente. Lo que sucede es que la anécdota amorosa cercena lo patriótico —a diferencia de *La peregrinación...*—.

En resumen: para darse a conocer al público español un jovencísimo Eugenio María de Hostos reconduce sus lecturas apropiándose de la estructura de la novela epistolar que, a simple vista, coincide con la estructura diarística <sup>167</sup>. En *Los sufrimientos del joven Werther* encuentra la solución para aunar narrador y editor; solución confirmada en *Ultime lettere di Jacopo Ortis*, aunque esta última novela le aporte más bien el motivo patriótico y tal vez le dé la pista sobre cómo sazonar lo político con una historia de amor. Como nota curiosa, podría añadirse que, al estudiar hoy las tres novelas y más allá de sus obvias diferencias, se detectan afinidades que llegan hasta la anécdota: por ejemplo las tres sufrieron una segunda edición, en realidad una reelaboración definitiva por parte de su autor.

---

<sup>167</sup> De hecho es un cauce que parece atraerle. Cfr. *La última carta de un jugador*, relato que Hostos publicó en *El Cascabel* de Madrid (15-X-1865), constituido por una larga carta del protagonista a su madre.

### **3. 4. 3. La historia amorosa como subgénero narrativo romántico: lógica de las acciones y caracterización de los personajes.**

Esta novela-diario, cuyo hilo conductor es la peregrinación de quien sale al mundo cual héroe mítico, se convierte en una historia de amor siguiendo las pautas de la novela sentimental, entonces de moda. El puritano Hostos que aborrece el romanticismo y denigra la novela, se disculpa en su prólogo del 73: lo importante es el deber, la patria, el ideal, la identidad... La historia de amor es una concesión a la galería, una previsible historia romántica heredada de Saint-Pierre.

El *planteamiento* arranca con el encuentro de los protagonistas. Bayoán, que ha estado recorriendo el Caribe en fragata, desembarca en Cuba y halla a su amigo Guarionex quien le invita a visitarles en la hacienda. La entrada del 28 de noviembre —una de las más largas, con bastante diálogo y sumario narrativo— lleva un subtítulo espectacular: «en el cielo» y dice así: «Estoy en el cielo, todo es luz (...) Estaba triste: estoy alegre: estaba desesperado; hoy espero (...) Vivía indiferente: hoy amo» (p. 133). ¿Qué ha sucedido para que se produzca un cambio tan radical en el carácter del protagonista? Muy sencillo: en la hacienda le fue presentada Marién, la jovencita hija del anfitrión. Y entre ambos estalla el amor a primera vista, como torrente desbocado que revoluciona al joven misántropo.

El fenómeno es doble, aunque se narre desde la óptica del diarista -sólo el hombre tiene voz en la escritura romántica-:

«Por una de las puertas salía en aquel momento una mujer...

¡Mentira!

Una adolescente no es una mujer, porque no es mujer un ángel (...) en la adolescente el espíritu y la luz velan la carne: y luz es lo que se ve tras de los ojos, espíritu y luz alrededor: ésa es su atmósfera (...) ¿Será esa adolescente la aurora de mi alma?» (pp. 134-135) <sup>168</sup>.

Pues sí, lo será... De momento y tras las dudas iniciales de Bayoán —el miedo a contaminar lo que toca, el temor a complicarse la vida con el sufrimiento amoroso— se abren dos ejes semánticos sustentadores de la relación entre los enamorados: el conflicto amor/deber y el conflicto amor-puritano/amor-deseo. Al principio los deberes patrióticos ganan la partida tras una serie de dudas: “Separarme de Marién, huir de mi

---

<sup>168</sup> Todas las mujeres de las que se enamora Hostos son muy jóvenes: conoció a su futura mujer, Belinda Ayala a sus quince años. El autor ha recreado su enamoramiento en *Inda*, relato en molde diarístico publicado el 28 de abril del 78, reelaboración de la historia amorosa de Marién y Bayoán que se abre así: «Como Bayoán a Marién, conocí yo a Inda»... Cfr. *Los rostros...*, op. cit., pp. 49-69.

felicidad! ¿Puedo yo hacerlo?» (p. 158)<sup>169</sup>. Ello es visible en un diálogo con la madre, quien le augura la desgracia si abandona a su hija. Sus agoreras palabras adelantan, sin saberlo, el final de la historia:

«Pues bien, Bayoán; yo se lo digo: será Ud. infeliz toda su vida, porque Ud. no ha tenido compasión de la felicidad de un ángel: Marién morirá»... (p. 163).

El protagonista cree estar obligado en conciencia a «...hacer el sacrificio de mi felicidad actual para merecerla mañana» (161). Interrogaciones retóricas, exclamaciones... le sirven para cuestionarse sus propios principios: «¿Y qué soy yo, que sacrifico a una idea la realidad; a un oscuro mañana un hoy feliz?» (p. 168) — se dirá a sí mismo—. El paso siguiente es convencer a la amada -ya advertida por su madre- de la necesidad del viaje. Marién reacciona con una madurez inusual en sus pocos años:

«...comprendí mi desgracia y la acepté, porque tú así lo quieres: te admiro, y te imito, porque te quiero más que nunca»... (p. 16)).

---

<sup>169</sup> Palabras proféticas por lo que se refiere al mismo Hostos quien abandonó a varias enamoradas por seguir su destino patriótico. En el diario se refiere al menos a Carolina (junio-octubre del 1870), la limeña Manola (1872) y Carmela Lastarria (1873), hija del intelectual chileno.



Ante una respuesta así, Bayoán vacila... Además y en un segundo momento, Marién, como cualquier mujer romántica, no puede aceptar un amor controlado por la razón. Se abre, entonces, uno de los diálogos más creíbles y mejor contruidos de la novela, en una secuencia de bastante calidad:

—«Sí, yo sé que me quieres! ¿Viviría si lo dudara? Pero tu amor es cruel; yo no quiero ese amor, quiero otro amor, el amor que yo siento por ti que acallaría a mi razón si llegara un momento en que él y la razón desacordaran (...) yo no quiero para nada tu razón (...) yo quiero tu alma»... (p. 170).

El texto recoge el impacto de esas palabras en el alma de Bayoán, con la subsiguiente tormenta interior: desgracia, crueldad, conciencia opresora... pensamientos que agobian el alma de quien, tras una sorda lucha interna, sale vencedor de la prueba. Tan vencedor que pasa al ataque, acusando de egoísmo a la amada:

«Basta ya: no hay amor donde hay tanto egoísmo; no hay amor donde no hay el acatamiento de las sagradas decisiones de una conciencia pura»... (p. 172)

Palabras bastante retóricas que transparentan su voluntad... Marién vuelve a plegarse y, en la última

secuencia de este fragmento, la pareja pasea por el jardín de la hacienda, en el marco idílico de El Dorado, en un compás de espera que permite consolidar la atracción inicial. Entre suspiros, lágrimas y protestas de amor por ambas partes, Bayoán invoca de nuevo a su amada: “no me niegues la luz de tu alma —le dirá— la única luz que me ha guiado»... (p. 175) <sup>170</sup>. La armonía del mundo impele al amante al rapto apasionado: estrecha entre sus brazos a la que adora mientras que, en el marco de la analogía romántica, el estallido de sus mil besos silenciosos, repercute en tierra, aire y cielos: ... «oímos murmurar la brisa, las hojas, el agua en sus ensueños y vimos fulgar miles de estrellas» —anotará fielmente el protagonista en su diario (p. 176)—. Armonía que parece pender de un hilo tan leve como frágil es la dicha de Marién: el desmayo amoroso, exigido por la estética del pudor al uso, es también un aviso para el amante. La vida de la protagonista es como hoja que el viento arrastra.

El conflicto amor/deber seguirá abierto a lo largo del *nudo narrativo*, en gran medida ocupado por el viaje en barco que, felizmente, vuelve a unir a los amantes. Los

---

<sup>170</sup> Pasaje ya comentado al hablar del simbolismo de luz y sombras. Simbolismo en parte también bíblico; no en vano Cristo ha dicho —como se lee en las Sagradas Escrituras— «Yo soy la Luz del mundo». Una vez más el pasaje tiene una doble lectura: secularización mundana y sacralización de la amada en el marco del idilio. Es ella la que debe iluminar, como la candela en lo alto de la mesa alumbró toda la casa.

padres de Marién han decidido llevarla a Europa para curar su melancolía. La pareja irá conociéndose, mientras el marco espacio-temporal del viaje permite al narrador ir entreverando microhistorias como la del anciano, al hilo del idilio, auténtico eje conductor. Al constatar que la heroína languidece consumida por el mal de amores, Bayoán decidirá casarse para salvarla:

«Ella ha dormido, mientras yo velaba: ella murmuraba blandamente: “vamos a casarnos”, mientras que yo me repetía asustándome: “se lo he prometido, sólo eso la salva”»... (p. 271).

Por su horror al patetismo, Hostos no enfrenta a los amantes con la feliz noticia. La madre de Marién -dentro de un código de época, el de la inmadurez femenina- es quien recibe la buena nueva, en perfecta simetría con el primitivo desaire de su futuro yerno. La trama amorosa va progresando con avances y retrocesos: Bayoán se declara enamorado; sin embargo Marién desconfía de una decisión asumida como un deber. Protesta sobre protesta, se suceden escenas en que la protagonista vuelve a demostrar madurez y fortaleza:

«—Tú quieres que te crea, y mientras me prometes la dicha que espero de ti, tú no la esperas y te prometes en silencio buscarla en tus quimeras, no faltar a tus propósitos, arrojarte en esa vida de

tormentos que secarán tu corazón y te harán inútil para la felicidad (...)

—Juro por ti que antes del mes de junio seremos nuestros ante los hombres, como hoy lo somos ante nuestras conciencias» —le responderá él— (p. 270).

Y, en efecto, la boda se celebra ya en tierra, tras el desembarco cerca de Alicante; una boda fúnebre a las puertas de la muerte. A estas alturas del relato, a punto de producirse el rápido desenlace, los diarios se han cortado abruptamente por la intervención del editor. Y será éste quien, como narrador omnisciente, narre la boda (p. 303) y explique al lector la complicada situación psicológica que está viviendo su —en la ficción— amigo puertorriqueño. En efecto, Bayoán sonríe, pero «...su sonrisa hacía daño; era la sonrisa de una felicidad que llega tarde; de una alegría empañada por un presentimiento aciago» (p. 303). Y su amigo Hostos sintoniza con él hasta el punto de exclamar:

«Sí; aquello era la felicidad y yo la comprendía; pero a pesar de comprenderla, me produjo un pesar tan agudo, un sentimiento tan punzante, un desmayo de corazón tan doloroso, que tuve que retirarme a un balcón a respirar» (p. 303).

Es decir, los contrarios se funden como corresponde a la antítesis tan querida por el romanticismo. Amor-

conciencia, amor-desgracia son binomios que el protagonista aprenderá a conjugar —como reconoce el editor en calidad de amigo—: «Predestinado al dolor, Bayoán amaba el dolor; sufriendo, cumplía su misión (...). La conciencia estaba en todo, y estuvo en el amor: quien amaba a Marién, no era, pues Bayoán; era su conciencia» (p. 299). De cualquier forma, a nivel de relato las cuñas omniscientes (pp. 288-304) no hacen sino adelantar, en un doblete semántico, lo que el diario del protagonista seguirá reflejando después (pp. 304-317).

El segundo eje sobre el que pivota la relación de la pareja es el dilema amor puritano/amor deseo, por decirlo de alguna manera. Muy lentamente la pasión se va imponiendo al protagonista, como fruto de la atracción por su amada, mujer-ángel, envuelta en el halo de su espiritualidad. Por ello, la más leve mirada, rozamiento... provoca la explosión de los sentimientos. Marién es la típica heroína decimonónica: el rubor cubre su rostro, la hiperestesia le provoca el desmayo. El conflicto amor/deseo en ella es muy tenue; es incapaz de identificar, en su inocencia, el desasosiego que siente junto al amado. De hecho, el matrimonio no se consuma porque Bayoán nunca lo exige.

Un simple y castísimo beso en la hacienda de El Dorado, antes del viaje en barco, provoca el primer desmayo de amor:

«Marién estaba desmayada; yo, enajenado, sólo pensaba en besar aquella cabeza, reclinada en mi hombro, y la besaba con delirio, con pasión, con avidez (...)

Marién volvió: al abrir los ojos, y ver en dónde estaba, se encendió y palideció, y por una timidez que me dio los deleites purísimos del cielo, volvió a reclinarse en mi hombro su cabeza. Yo la besé otra vez, y otra vez, y otras mil lo hubiera hecho, si no hubiera sentido el estremecimiento doloroso de aquel cuerpo delicado y frágil» (p. 177).

La protagonista, frágil «vaso de cristal lleno de esencia» (p. 166), irá adivinando el mundo de los sentidos protegida por su pudor. Sus reacciones sólo nos llegan a través de Bayoán ya que es su diario lo que leemos. Poco a poco, él se irá sintiendo como un sátiro, el perverso descubridor de la carne. La escena de veintiuno de diciembre modula bien los sentimientos de ambos, siempre desde una óptica masculina teñida de puritanismo:

«Yo acerqué con unción mis labios a su frente... ¿Qué es un beso que quema, que da sed de un amor, lleno de fuego, de llamas, de desmayos, de ansias, de torturas? (...)

Me prometí no volver a besarla: me avergonzaba de verla avergonzada, me dolía el haber visto una

sola vez en la faz de la inocencia, el color del delito, y me creía infame por haber revelado al ángel la existencia de la carne, a la virgen enamorada la mancha del amor» (p. 154).

En el marco del espiritualista código romántico todo contacto es subversivo y mucho más en la cosmovisión hostosiana escondida tras las palabras de Bayoán. El puertorriqueño enfrenta de forma radical amor y deseo, condenando este último con una exageración puritana propia del mundo protestante. Un casto beso en la frente se califica como «delito» y el amor es una «mancha» en el ropaje virginal del alma femenina. El lector percibe con alarma una deformación de la época, la consideración del cuerpo como pecado <sup>171</sup>... Tras la ceremonia matrimonial, Bayoán se embarca en una durísima batalla contra sus instintos, que le reclaman la consumación del sacramento: un mal entendido respeto al pudor femenino se lo impide. En ese sentido la escena del cinco de septiembre (pp. 326-328) está muy bien lograda, es un ejemplo de los «tira y afloja» entre ambos, con el descubrimiento de los encantos femeninos —«ya no es una niña, es mujer» y el hurtársele de ella con el subsiguiente enfado masculino:

---

<sup>171</sup> El puritanismo del protagonista es absurdo. Estoy muy de acuerdo con J.M. Rivera quien dice: «aire es lo que les falta a estos personajes encorsetados en una moral asesina». «*La peregrinación de Bayoán*»..., op. cit., p. 49.

«...tal vez porque empezaba a revelársele el deleite que mis ojos le pedían ¿por qué cuando se desasíó de mis brazos y huyó atemorizada, sentí cólera y corrí frenético tras ella y le dije con imperio *Tú eres mía*» (p. 327).

A la connotación pecaminosa que siguen teniendo los besos robados se une la acusación de Marién: «No vuelvas a ser cruel, me has empeorado» (p. 328). Los desmayos llegan a asemejarse a una antesala de la muerte <sup>172</sup>, pero cuando el amante esposo se retrae inseguro de su virtud, la amada le provoca desde su inocencia. El dilema amor/deseo, verdadero eje temático de la última parte, alcanza su clímax en una larga escena -relatada el nueve de octubre- en que el beso adquiere carácter de violación:

«...ella sorprendió aquella mirada, se cubrió el seno, recogió su cuerpo, me miró y espantada del desorden que había en mí, dio un grito lastimero, un alarido aterrador:

—¡Bayoán! ¡Bayoán! ¡socorro!

—No te asustes, soy yo.

La lámpara se apagó en aquel momento

¡Aparta, demonio! ¡Bayoán, socorro!» (p. 339).

---

<sup>172</sup> Cfr. las pp. 328 y 339.



Y, por supuesto, se desmaya. Cuando vuelve en sí, pregunta una y otra vez: «¿No era él, verdad?» (p. 340)... Las técnicas folletinescas son evidentes en secuencias destinadas a resaltar la fortaleza moral de Bayoán, vencedor de la lucha por mera soberbia: «Duerme en paz, casta virgen; aún cuando tu salud no lo exigiera, por el placer de vencerme, seguiré vencíendome» (p. 333)<sup>173</sup>. Tranquiliza al protagonista la certeza de que su amada muere virgen. Una vez más será el editor —su amigo Hostos— quien como narrador omnisciente lo refrende recordando el amor pudoroso de «...aquellas dos almas (que) ardían en un fuego» (p. 297)<sup>174</sup>.

Por fin, el *desenlace*: Marién parece mejorar y ello provoca falsas expectativas (pp. 324-326). Sin embargo está sentenciada y se suceden escenas de una

---

<sup>173</sup> En la edición del 63, a estas palabras sigue un amplísimo párrafo ensayístico, demasiado explícito y farragoso, que remacha aún más estas ideas del vencimiento de la carne. Pienso que son válidas en sí mismas —«mientras el espíritu impera, el hombre es algo, pero en el momento en que la materia lo domina»... (p. 329) se lee en la anotación de seis de septiembre—. Pero desde mi punto de vista, Hostos las aplica desafortunadamente en su relación matrimonial con Marién. La carne no es mala cuando se convierte en atinado vehículo del espíritu y el matrimonio cristiano santifica la ley natural.

<sup>174</sup> A partir de esta virginidad en el matrimonio, algunos críticos han querido ver un paralelismo con la pareja evangélica de José y María. Creo que hay un gran trecho entre la castidad vivida por amor e ideales más grandes —es el caso de la historia bíblica— y la mantenida por el placer soberbio de saberse por encima de los demás.

desesperante agonía, atendida por los suyos, impotentes. Para mantener el suspense, el narrador intercala una microhistoria -la de la joven enferma- levemente esbozada<sup>175</sup> en función del paralelismo con la de Marién: si la enferma muere, ella morirá; predicciones que por desgracia se cumplen en ambos casos. No queda sino relatar la muerte de Marién -en la ficción, el veintiuno de noviembre- y lo hará el editor, rememorando la escena como un personaje más (pp. 350-351). Bayoán, destrozado por los acontecimientos, embarca para una América a la que ofrece sus servicios, como prefiguración de lo que en su día hará Hostos.

#### ***3. 4. 4. ¿Un diario que se transforma en novela o una novela que retorna a los cauces diarísticos? Del diario a la tercera persona. De la tercera persona al diario del editor. Focalización y problemas de inserción en el texto.***

El lector se encuentra ante una novela en formato de diario, casi con seguridad producto de la reescritura de los primeros *Diarios* de Hostos. En este epígrafe quisiera dar cuenta de una peculiaridad formal en la estructura de la obra: transcurridas unas dos terceras partes -páginas 101-288 de esta edición-, se produce una fractura. El diario desaparece para dar lugar a un

---

<sup>175</sup> En la edición que manejamos se desarrolla entre las pp. 331-344.

narrador omnisciente, un personaje transparente, el editor Hostos. A partir de ahí alternan dos voces narrativas y se van entreverando narración omnisciente y diario. Con una variante y es que las últimas entradas del diario —correspondientes a los días 15 de diciembre y 8, 15, 21 y 23 de febrero, pp. 352-355— son «apuntes del editor», subterfugio que pone de manifiesto el autobiografismo de la novela.

Como ya se estudió aquí, la entrada del editor justificándose en pro de la inteligibilidad textual está copiada de Goethe:

«El editor de este diario, presumiendo que sus pocos lectores anhelarán la explicación de las frecuentes lagunas que desde aquí en adelante encontrarán, va a decir lo que su amistad con Bayoán, el conocimiento de su carácter y las observaciones sobre él le permiten decir» (p. 289)

En consecuencia, cumplirá con el doloroso deber de «referir al lector lo que Bayoán calla» (p. 317). Intérprete de la situación, psicoanalista de su personaje, lo que relata es el *desenlace* de la historia. A nivel de discurso, la intromisión del autor ha sido poco comprendida por los críticos que, sin reconocer sus modelos, vieron en ella el naufragio de un joven escritor incapaz de culminar la faena. Éste planteamiento es tan empobrecedor como aquel que, en las antípodas, pretende vender la modernidad de

esta «obra abierta». Hostos aprovecha el molde goethiano para condensar el mensaje, perfilando aún más la caracterización de su héroe. Y para ello utiliza la narración omnisciente con sumarios en torno a la misión del hombre superior, a su titanismo, su sensibilidad delicadísima, su amor pudoroso avalado por la continencia, su heroico romanticismo que le lleva a amar sólo lo digno... Es su conciencia —concluye—, un ser completo (p. 296).

Y para que su personaje sea creíble prolonga el diario del 20 de junio al 24 de julio —pp. 304-317— en lo que, a nivel de narración constituye uno de los escasos fragmentos analépticos: Hostos editor-personaje es llamado por su amigo Bayoán para que asista a su boda... El relato vuelve atrás en forma de diario, con las alternativas existenciales que desgarran al protagonista. Este procedimiento agiliza el texto y mantiene el suspense: son dos miradas sobre la fúnebre boda que prefigura el funesto final casi inmediato.

Al narrador le quedan aún dos misiones: una de orden narratológico: justificar la publicación con el recurso al «manuscrito encontrado», es decir, la transmisión de papeles del protagonista al editor. La segunda misión es mucho más interesante para el autor: justificar su obra y abstraer el mensaje:

«Cuando Bayoán me dijo: *Toma ese manuscrito, consérvalo y acuérdate de mí*, yo no vi en el manuscrito la historia de un hombre, la memoria de

unos amores; vi la historia del espíritu del hombre (...), pensé que el espíritu era uno y uno mismo el combate de la vida (...). Volví a leer el manuscrito: vi en él la infelicidad de un hombre, producida por lo mismo que debía haberle dado la ventura, y exclamé: *¿Será posible que el amor de sus deberes, el sentimiento de lo justo y de lo injusto, las ansias de verdad, la creencia de que sólo la virtud hace feliz al hombre, haya hecho desgraciado a uno? Y entonces ¿qué hacemos en el mundo? ¿vivimos para morir, nada más...? ¡Es imposible!*» (pp. 301-302).

Este texto es parte de una larga digresión, dentro del relato omnisciente, que abarca las 296-306 destinadas a caracterizar al protagonista. En un movimiento centrífugo, de lo concreto a lo abstracto, el narrador aclara su misión: la suya es una ficción moralizadora, a tono con el carácter y las inquietudes del joven puertorriqueño. Hay que definir al hombre, bien sea Hostos, el puertorriqueño, el hispanoamericano, o el *hombre* con mayúsculas... Detrás de toda su fábula, un problema: el sentido de la vida. Y, a corto plazo, un destinatario: la juventud hispanoamericana. Apurando algo, propongo considerar *La peregrinación de Bayoán* como un pre-*Ariel*... fraguado por una personalidad más racionalista en moldes estéticamente menos valiosos que la obra de Rodó. Pero su finalidad es la misma. Novela autobiográfica o ensayo vertido en molde

narrativo aprovechando la simbología de *La tempestad* shakespeariana, son intentos paralelos:

«Me decidí a dar el *Diario* al público: al decidirme, se unió a mis deseos y a mi sed, una intención; la intención de que viera en la vida de un hombre la posibilidad de una ventura, más difícil, es cierto, pero mejor que la que ansía. A esta intención del hombre que se acuerda de los hombres, añado la intención del patriota (...). Yo espero como él y espero más que en nada, en la juventud de mi país. Para ella arrebató a la oscuridad las meditaciones de mi pobre amigo. Ahora, cumpla la juventud con su deber» (p. 302).

A la hora de contextualizar, al puertorriqueño le ha pesado más lo político —el tema de la patria— que no es sino parte de un proyecto antropológico más amplio; hunde sus raíces en el krausismo y justifica desde dentro la actividad pedagógica y política del hombre público Hostos.

Todo ello —narratológicamente hablando— necesitaba del subterfugio del autor en el texto, apelando mediante la anáfora una y otra vez a su destinatario:

«Respondan los pocos lectores para quienes he cometido la profanación de lanzar al mundo el

espíritu que gime en estas hojas de papel ¿qué prefieren? ¿ser felices, olvidándose de sí mismos (...), o ser desgraciados, pensando perpetuamente en la necesidad de engrandecerse, de perfeccionarse (...), obedeciendo a esa voz interior que nos ordena elevarnos y buscar la luz?» (p. 301).

A la vista de los textos se consolida la interpretación idealista de Hostos: su positivismo se aplicó a cosas concretas -la educación de los pueblos- negándose siempre a cercenar el espíritu en el hombre. Ese idealismo es un cocktail: el deber por el deber kantiano, el racionalismo armónico krausista y el ideario cristiano subyacente por su formación familiar. Es justo lo que le permite dar el salto del deber al amor en un vuelo insospechado.

## *Conclusiones*

Con su centro en el intelectual puertorriqueño Eugenio M<sup>a</sup> de Hostos, mi trabajo se ha enmarcado en el contexto del siglo XIX hispanoamericano en que se agiganta la conexión del intelectual con el medio y se afianza la conciencia del *yo*, plasmada en la proliferación de memorias, recuerdos... entre la apología y el testimonio. El autor se había trabajado desde el plano político -la emancipación de la isla, el apoyo a una confederación antillana-. Para conocer al hombre se recurría a sus libros de madurez: la *Sociología*, la *Moral*... teñidos de krausismo y positivismo, muy afines al estoicismo de esta especie de santo laico. Pero sólo al hilo de la edición crítica del Instituto de Estudios Hostosianos en Puerto Rico se apuntaban otros valores, interesantes desde el punto de vista literario.

En primer lugar, tiene su sitio en la escritura personal decimonónica: durante 1874, en un momento crítico de su vida, redacta una *Memoria* que, aunque breve, es una



auténtica autobiografía. En el mismo año Alberdi edita *Mi vida privada...* cinco años después Guido y Spano publicará también su *Carta confidencial a un amigo que comete la indiscreción de publicarla...* Estamos en plena efervescencia memorialística y vindicativa. Pero además, con una serie de intermitencias, escribe un *Diario*, en el que se confiesa, donde quedan huellas de su denodado esfuerzo por «ser un hombre completo» en la línea de lo propugnado por el krausismo; y testimonia su interés por la patria, que resalta más en el *Epistolario* y se verterá en el cauce narrativo a base de utilizar fragmentos de su propio diario. Aunque el autor lo advierte en el prólogo de la segunda edición de su novela autobiográfica, *La peregrinación de Bayoán (1873)*, no había sido tenido en cuenta. En consecuencia, me pareció necesario estudiar globalmente el autor y la obra, estableciendo el pertinente juego de interrelaciones entre los textos citados. Para ello es vital la cronología: el eje de mi trabajo ha sido su novela, con el límite temporal de los diez años que separan las dos ediciones (1863-1873), lanzadas en Madrid y Santiago de Chile, respectivamente. Límites que afectan también a la lectura del *Epistolario* y del *Diario*: me he ceñido a la etapa europea de su autor (Madrid 1866-París 1869).

De cualquier forma, abordar la personalidad hostosiana en los textos exigía hablar de los contextos, sociopolíticos, ideológicos y literarios. Eugenio María

crece en su isla, pero se forma en una España invadida por traducciones francesas —Chateaubriand, Hugo, George Sand, Suè, Dumas...— e inglesas —Walter Scott y lord Byron— desde los treinta. Novela histórica, novela social —cuyo auge corresponde a los cuarenta—, folletines y novela por entregas serán los cauces del romanticismo. Byron, Goethe y Fóscolo, sus modelos en cuanto a la estructura narrativa de *La peregrinación de Bayoán* (1863).

*La Memoria* es su testamento autobiográfico. Urge evaluar una vida ejemplar, para lo que rescata a sus padres cuya ascendencia —madre dominicana y padre cubano— parece predisponerle proféticamente a la confederación de las Antillas. Una madre adorada, imagen sobre la que tejerá la búsqueda de su futura esposa y un padre que se erige en modelo ético de quien se sabe predestinado a una gran misión. Para ejemplificarlo, se escogen dos episodios fundadores —el nacimiento del nuevo hijo y la curación casi milagrosa de una enfermedad— cuya simbología es deudora del mesianismo: le aguarda un destino más trágico que glorioso como certificará el narrador metadiscursivamente. La cálida evocación de la infancia apunta al titanismo romántico que, junto al mesianismo, constituyen los dos pilares de su personalidad. El hombre adulto —del que se dan sólo unas pinceladas— ha cuajado su búsqueda del ideal como deber político —la independencia y confederación antillana—, sin olvidar las raíces éticas del pedagogo.

Frente a la visión totalizadora de la autobiografía, su diario le acompañará durante su vida (1866-78 y 1898-1903). Examen de conciencia laico, es confidente y terapia salvadora, plasma la forja del carácter y el itinerario ideológico del puertorriqueño. Se desenvuelve en tres espacios: Madrid, Barcelona y París. La etapa madrileña, del 66 al 67 atiende a la personalidad acosada por limitaciones económicas y timideces de todo tipo. Las estancias en Barcelona y París se abren a lo profesional —trabajar en un periódico— y lo político —contactos con los liberales, intervenciones en el Ateneo al principio «torpes y teñidas de titubeos» para culminar en la famosa de 20 de diciembre del 68 que le consagra como hombre público y marca su ruptura independentista con la metrópoli. Los objetivos se van perfilando, el autoanálisis cede terreno a lo inmediato siempre asumido en el texto desde su resonancia interior, por contraposición a las memorias.

En consecuencia, el diario nos da un hombre de carne y hueso que contraponer a la estatua del prócer impoluto acuñada por la crítica. El *epistolario* del 68 asiste a la forja del político visionario pero prudente, que escribe con pasión e inteligencia al destinatario: Fernández de los Ríos, Olózaga, Sagasta, Castelar... los intelectuales y políticos más relevantes. Y que gusta también de reconstruir su historia, la titánica lucha por la libertad de los hombres. Historia que plasma su evolución política del autonomismo a la confederación de las islas. Historia

que recoge el desencanto ante los liberales españoles hasta el 68 y su posterior peregrinación americana. A fines del 73, las cartas son más largas —expone sus ideas e intenta convencer—, el tono más seguro y más amplios los párrafos en pro de la patria.

Eugenio María de Hostos describe sintéticamente su proyecto vital en la *Memoria*, se confiesa una y otra vez en la diacronía fragmentaria del *Diario*, vibra como político apasionado en el *Epistolario*, pero incluso se autodescribe indirectamente en la escenificación que constituye el prólogo a la edición de su novela del 73. Ahí están sus claves: el deber de ser un hombre completo; el deber de abogar por la libertad; el deber de ser útil sobre todo a la patria, a la que supedita la escritura. En ese sentido, este prólogo es de nuevo una autobiografía que completa y continúa la *Memoria*.

*La peregrinación de Bayoán* (1863) es el texto más antiguo de Eugenio María de Hostos. Novela autobiográfica en molde de diario, ha generado polémica pero el consenso crítico es cada vez mayor: su génesis debe estar en los propios diarios del puertorriqueño, que parecen arrancar del 57: Gabriela Mora, Ernesto Álvarez, José Juan Beauchamp... lo avalan. Diario y cartas estaban ahí, como intertextos prestigiosos: *René* (1802) de Chateaubriand, *Oberman* (1804) de Senancour, *El diario de un seductor* del danés Kierkegaard, *Las tribulaciones del joven Werther* de Goethe o *Ultime lettere di Jacopo Ortis*, del italiano Fóscolo... Goethe y Fóscolo prestarán

el molde formal y los franceses el tono epocal: la melancolía o mal de siglo, la huida ciudadana, la exaltación de la vida natural, el mitema del viaje... incluso el compromiso político en Foscolo; Kierkegaard será el menos aprovechado.

En cuanto a la génesis e intencionalidad de la temprana novela, conviene escuchar de nuevo al autor, en su novela, en el *Diario* y en el ya citado prólogo del 73. El *Diario* consigna:

«...hasta 1863 quería gloria, y nació *La peregrinación de Bayoán*. Aquello era la fábula de una volición latente, y la crisis que produjo empezó a elaborarse: quise patria, y como medio, aspiré a la política; submedio de este fin secundario fue el desenvolvimiento intelectual»... (p. 133).

Periodo que zanja los debates en torno al sentido que tiene para Hostos la literatura: un medio de darse a conocer —«adquirir gloria»— y servir a la patria. Precisamente, porque el anonimato del autor y la sagacidad de la censura abortaron la recepción, se ve obligado a seguir *con la pluma en la mano* y lanzar diez años después la edición chilena, contento porque *La peregrinación...* es «el único de mis trabajos literarios que contemplo con orgullo y puedo leer sin la tristeza piadosa que tengo para las obras de imaginación» —dirá (p. 68)—.

Por lo que se refiere a la novela, en su recta final el editor Hostos salta al texto como un personaje más, un amigo del protagonista: «para explicar las frecuentes lagunas»... En realidad le urgen dos misiones: una de orden narratológico: justificar la publicación con el recurso al «manuscrito encontrado» que, en la ficción le es entregado por Bayoán. La segunda, iluminar el mensaje de esta ficción moralizadora que enlaza con el prólogo originario y cierra circularmente la obra al fundir texto y paratexto: «Bayoán me lo dijo: *Feliz, amigo mío, quien tiene el valor del sufrimiento; porque ése al concluir su peregrinación por este mundo, habrá encontrado su Jerusalén, su Dios*» (p. 97).

Mensaje que se metaforiza en el título —símbolo de la vida humana— y en el viaje iniciático, hilo conductor del argumento de la novela, fundido con la novela sentimental romántica. El paratexto cobra una singular importancia en Hostos. Los prólogos del 63 y 73 sintetizan los ideales del autor. La clave —añadida en la segunda edición— explicita la simbología escondida tras los nombres de los protagonistas -la tan anhelada confederación antillana-. El título «peregrinación» cuenta con intertextos famosos —la *Peregrinatio Egeriae, las Peregrinaciones de una paria* de Flora Tristán y el *Childe Harold* de lord Byron, modelo intertextual más cercano por la aureola de libertador... Todos ellos tienen en común su calidad de viaje iniciático, travesía del caos al orden en pro de la forja del carácter. La parábola de los

dos caminos —tomada del sofista Pródico, del evangelio de Mateo, con resabios dantescos— se constituye en alegoría del viaje iniciático.

La peregrinación por la naturaleza es focalizada a través de intertextos famosos: *El viaje equinoccial...* del barón von Humbolt; el *Viaje a La Habana* de la condesa de Merlin, Hostos es caribeño, es decir viajero y navegante por un mar plurisémico, cárcel y espacio de libertad. Su acercamiento a la naturaleza contrapone campo —sede de los valores patrios— a ciudad —receptora del falso progreso—. Y focaliza el mundo natural desde el recuerdo y la mirada europea -el *Atala* de Chateaubriand- y, por supuesto, la colombina cuyo *Diario* le sirve de guía. Heredero de la cosmovisión humanista de la vieja Europa y de sus anhelos utópicos, lanza dardos envenenados contra la corrupta civilización citadina. Tópico inveterado, desde la antigüedad grecolatina hasta el *Menosprecio de corte y alabanza de aldea* de Guevara... acabará plasmándose en acusación irónica en *Concierto barroco* (1974), la nouvelle del cubano Alejo Carpentier cuyo protagonista reacciona contra la ridícula lectura que Europa realiza de la América hispánica, de la «invención de América»—como dijera O'Gorman—. Y todo ello en el marco de simbologías universales -la lucha de luz y sombras propia de los salmos bíblicos y las viejas cosmogonías- y acorde a la estética romántica que prima la fusión de sentimientos y naturaleza, de gran rendimiento en el texto.

La peregrinación por la historia arranca de la naturaleza caribeña, lo que propicia el salto a la América del descubrimiento revisitada desde los ojos de Colón. El foco del narrador media entre el mundo caribeño y la interioridad del protagonista, entre la naturaleza y el texto colombino, entre el presente y la historia. El resultado es el *ubi sunt* manriqueño, la queja nostálgica y la denuncia por el deterioro de la tierra y sus habitantes. Hostos admira a Colón, gran hombre víctima del destino que condenó al Nuevo Mundo al abrirlo a la conciencia europea, desterrándolo del paraíso. Oxymoron, auténtico viaje al revés, a Bayoán-Hostos corresponde la salvación de la patria, que debería generarse en la metrópoli. Pero ¡ay! el viaje a España es un viaje al sepulcro. Para Marién, el Caribe es sol y luz; Europa triste y angustiosa niebla. El mito de Cádiz cae destrozado: aquí murieron las libertades... Todo lo acaparó Madrid, símbolo del mal, eje de una historia de desencuentros para Hostos. Por eso, la peregrinación como búsqueda de identidad antillana está de antemano condenada al fracaso. Autor y narrador, al asumir el patriotismo, le explicarán al lector su paso de mero sentimiento a voluntad comprometida que culmina en una fulminante acusación contra España. La historia del anciano patriota —trama secundaria de origen autobiográfico— es metáfora del fracaso de la paz americana que destruyó los sueños de Bolívar. Bayoán como alter-ego del autor en el 63 y el Hostos del



prólogo chileno, diez años después, no son sino momentos distintos y consecutivos del proceso.

Los textos que he trabajado constituyen un gran panel de literatura personal, distintos desdoblamientos de un único impulso autobiográfico que no sabe de teorías, de moldes formales adecuados, ni siquiera de excesiva calidad literaria. Disquisiciones ensayísticas, visiones alegóricas, excesivas interrogaciones retóricas y antítesis... detrás un hombre que busca vaciar su *yo* en cualquier cauce: diario, carta, relato, ensayo... Y que, tempranamente, supo plasmar su crisis personal elevándola a categoría universal, en catarsis al servicio de la felicidad de cualquiera. Lo hizo desde una doble perspectiva, personal y política, como ciudadano de esa *polis* que despreció y que en su vida errante tuvo muchos nombres: Madrid, París, Nueva York, Santiago de Chile, Santo Domingo... y otras urbes en las que no habitó pero amó, porque siempre se supo ciudadano del mundo.

## Bibliografía

### a) *Obras de Eugenio María de Hostos*

—*La peregrinación de Bayoán. Diario recogido y publicado por Eugenio María Hostos.* Madrid, Imprenta del Comercio, 1863.

—*La peregrinación de Bayoán. Diario recogido y publicado por Eugenio María Hostos.* Santiago de Chile, Imprenta del Sud-América, 1873, 2ª ed.

—*Moral Social.* Santo Domingo, Imprenta de García Hermanos, 1888.

—*Tratado de Sociología.* Madrid, Imprenta de Bailley-Baillièrre e hijos, 1904.

—*Meditando... Hamlet. Plácido. Carlos Guido Spano. Guillermo Matta. Lo que no quiso el lírico quisqueyano, etc.* París, Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas, 1909.

—*Obras Completas.* La Habana, Cuba, Cultural, S.A., 1939. Edición conmemorativa del gobierno de Puerto Rico con motivo del centenario de Hostos. Contenido: I-

II. *Diario*. III. *Páginas íntimas*. IV. *Cartas*. V. *Madre Isla*. VI. *Mi viaje al sur*. VII. *Temas sudamericanos*. VIII. *La peregrinación de Bayoán*. IX. *Temas cubanos*. X. *La cuna de América*. XI. *Crítica*. XII-XIII. *Forjando el porvenir americano*. XIV. *Hombre e ideas*. XV. *Lecciones de derecho constitucional*. XVI. *Tratado de moral*. XVII. *Tratado de sociología*. XVIII-XX. *Ensayos didácticos*.

—*España y América*. Prólogo por Francisco Elías de Tejada. Recopilación y arreglo por Eugenio Carlos de Hostos. París, Ediciones Literarias y Artísticas, 1954.

—*Obras Completas*. (2ª ed. facsimilar de la conmemorativa del Centenario). San Juan de Puerto Rico, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1969, 20 vols.

—*Moral social. Sociología*. Prólogo y cronología de Manuel Maldonado Denis. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1982.

—*Estímulos de vida para cada día (pensamientos)*. Sel. Vivian Quiles-Calderín. Pról. Julio César López. Río Piedras, P.R., Universidad de Puerto Rico, Instituto de Estudios Hostosianos e Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1998.

—*Obras Completas*. San Juan de Puerto Rico, Comité del Sesquicentenario de Eugenio María de Hostos, Instituto de Estudios Hostosianos, 1989 y ss.

—*Diario (1866-1869)*. *Obras Completas (Edición Crítica)*. Vol. II. Tomo I. Edición revisada y anotada por Julio César López y Vivian Quiles-Calderín, con la

colaboración de Gabriela Mora y Pedro Álvarez Ramos. Prólogo por Gabriela Mora. San Juan de Puerto Rico, Editorial del Instituto de Cultura Puertorriqueña y Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1990.

—*Epistolario (1865-1878). Obras Completas (Edición Crítica)*. Vol. III. Tomo I. Compilación, revisión y anotaciones por Vivian Quiles-Calderín, con la colaboración de Julio César López. Estudio preliminar por Julio César López. San Juan de Puerto Rico, Instituto de Estudios Hostosianos, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 2000.

—*La peregrinación de Bayoán. Diario recogido y publicado por Eugenio María Hostos. Obras Completas (Edición Crítica)*. Vol I. Literatura. Tomo I. Edición revisada y anotada por Julio César López, Vivian Quiles-Calderín y Pedro Álvarez Ramos. Prólogo por José Emilio González. San Juan de Puerto Rico, Editorial del Instituto de Cultura Puertorriqueña, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1988.

### ***b) Antologías de Eugenio María de Hostos***

—*Hostos en Santo Domingo*. Ciudad Trujillo, R.D., Imprenta. J. R. Vda. García Scs., 1939.

—*Hostos y Cuba*. Comisión cubana pro centenario de Hostos, La Habana, Municipio de La Habana, 1939.

—*Antología*. Prólogo de Pedro Henríquez Ureña; selección, arreglo y apéndice por Eugenio Carlos de

Hostos. Madrid, Imprenta, Litografía y Encuadernación J. Bravo, 1952.

—*Obras*. Compilación y prólogo por Camila Henríquez Ureña. La Habana, Casa de las Américas, 1976.

—*América: La lucha por la libertad*. Estudio preliminar, bibliografía y cronología por Manuel Maldonado Denis. México, Siglo XXI Editores, 1980.

—*Obra literaria selecta*. Selección, prólogo, bibliografía y cronología de Julio César López. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1988.

—*Los rostros del camino (Antología)*. Selección y prólogo Julio César López. San Juan de Puerto Rico, Instituto de Cultura Puertorriqueña; Instituto de Estudios Hostosianos; Universidad de Puerto Rico, 1995.

### ***c) Estudios sobre Hostos***

—Abellán, José Luis. «La dimensión krausopositivista en Eugenio María de Hostos», en Julio César López (ed.) *Hostos: Sentido y proyección de su obra en América*. Río Piedras P.R., Instituto de Estudios Hostosianos; Universidad de Puerto Rico, 1995, pp. 329-339.

—Ainsa, Fernando. «Hostos y la unidad de América Latina: raíces históricas de una utopía necesaria», en Julio César López (ed.) *Hostos: Sentido y proyección de su obra en América*. Río Piedras P.R., Instituto de Estudios Hostosianos; Universidad de Puerto Rico, 1995, pp. 417-442.

—Alvarez, Ernesto. «Hostos y Colón, vidas paralelas», en *Revista de Estudios Generales*. Río Piedras, P.R., 4, 1989-1990, núm 4, pp. 13-41.

———. Introducción a *La tela de araña*, en Eugenio María de Hostos, *Obras Completas*, Edición Crítica, Literatura, vol. 1, tomo IV, San Juan, Puerto Rico: Instituto de Estudios Hostosianos, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1997.

———. *Hostos novelista: Estética y psicología en «La peregrinación de Bayoán»*. Río Piedras, Edil, 2000.

—Aponte Alsina, Marta. «Mi viaje al sur: del paraíso perdido al porvenir latinoamericano», en *Revista del Instituto de Cultura Puertorriqueña*. San Juan de Puerto Rico, 26, 1987, núms. 95-96, pp. 51-56.

—Araya Grandon, Juan G. «Hostos y *La peregrinación de Bayoán*: un texto libertario», en *Teoría, ciencia, arte y humanidades*, Universidad del Bío Bío, Región VIII, Chile, 5, 1996.

—Ardao, Arturo. «La idea de la Magna Colombia, de Miranda a Hostos», en *Estudios latinoamericanos de historia de las ideas*. Caracas, Monte Ávila, 1978, pp. 9-32.

—Arpini, Adriana. «Semantización y resemantización de las categorías civilización y barbarie en los escritos de Eugenio María de Hostos». Proyecto de tesis, Mendoza, Argentina, 1988.

—Arroyo, Ana. *América en su literatura*. Río Piedras P.R., Editorial Universitaria - Ediciones La Torre, 1967, pp. 277-291.

—Asturias, Miguel Ángel. «Influencia de Hostos en la generación de 1920», en Manuel Maldonado-Denís (ed.). *Visiones sobre Hostos*, Caracas, Ayacucho, 1988, pp. 423-426.

—Babín, María Teresa. «Hostos como crítico literario», en *Jornadas Literarias*, Barcelona, Rumbos, 1967, pp. 14-18.

—*La cultura de Puerto Rico*. San Juan de Puerto Rico, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1986, 2ª ed.

—Balseiro, José A. «Crítica y estilos literarios en Eugenio María de Hostos», en Comisión Pro Celebración del Centenario. *América y Hostos*. La Habana, Cultural, 1939, pp. 54-63.

—Barbageleta, Hugo D. «Hostos y Hamlet. Eugenio María de Hostos», en Eugenio Carlos de Hostos, ed., *Hostos, peregrino del ideal*, París, Ediciones Literarias y Artísticas, 1954.

—Beauchamp, José J. «La construcción de la cotidianidad, la historia y el ensayo en *La peregrinación de Bayoán*», en Julio César López (ed.). *Hostos: Sentido y proyección de su obra en América*. Río Piedras, Instituto de Estudios Hostosianos, Universidad de Puerto Rico, 1995, pp. 521-540.

———. «La peregrinación de Bayoán: crisis de la novela y novela de crisis de la búsqueda de valores», en *Talleres 5*, 1989, núms. 1-2, pp.113-174.

—Blanco-Fombona, Rufino. «Eugenio María de Hostos», en Comisión Pro Celebración del Centenario. *América y Hostos*. La Habana, Cultural, 1939, pp. 97-129.

- . «Eugenio María de Hostos», en *Grandes escritores de América, Siglo XIX*. Madrid, Renacimiento, 1917, pp. 173-221.
- Bosch, Juan, *Hostos el sembrador*. Río Piedras, Huracán, 1976 (1ª ed., 1939).
- . *Mujeres en la vida de Hostos*. San Juan, Asociación de Mujeres Graduadas de la UPR, 1939.
- Cabrera, Francisco Manrique. «Hostos: vivir peregrinante en confesión», en *Sin Nombre*. San Juan de Puerto Rico, 111, 1973, núm 4, pp. 5-22.
- Cadilla, Carmen Alicia. «Hostos: crítico de Hamlet», en *Alma Latina*, 53, 1939, pp. 53-56.
- Cancel, Rafael. «Hostos: crítico de Hamlet», en *Hostos para hoy*, 1, 1988, núm. 1, pp. 73-79.
- Carr, Raymond. «Hamlet y Hostos», en *Homines*, 6, 1982-1983, núm. 2, pp. 180-183.
- Carrillo Ramírez, Alfredo. «Eugenio María de Hostos», en *Trópico* (Edición especial) 3, 1939, núm. 26, pp. 15-17.
- Caso, Antonio. «La filosofía moral de Eugenio María de Hostos», en Comisión Pro Celebración del Centenario. *América y Hostos*. La Habana, Cultural, 1939, pp. 209-222.
- Castillo, José. «La obra de Hostos en Santo Domingo», en Julio César López (ed.). *Hostos: Sentido y proyección de su obra en América*. Río Piedras, P.R., Instituto de Estudios Hostosianos; Universidad de Puerto Rico, 1995, pp. 29-44.



- Cataluña R., Víctor. *Eugenio María de Hostos, su forma de vida, su obra y su pensamiento*. Tesis. Universidad Complutense de Madrid, 1985
- Colón Zayas, Eliseo R. «La escritura ante la formación de la conciencia nacional: *La peregrinación de Bayoán*, de Eugenio María de Hostos», en *Revista Iberoamericana*. Pittsburgh, 53, jul.-sept. 1987, núm. 140, pp. 627-634.
- Cordova Iturregui, Félix. «*La peregrinación de Bayoán: construcción de un punto de vista*», en *Hostos para hoy, Anuario hostosiano*1, 1988, núm. 1, pp. 89-105.
- . «Hostos: literatura y poder. Bayoán, Nueva Época», en *Boletín del Instituto de Estudios Hostosianos*, San Juan de Puerto Rico, 2, 1994, núm. 2, pp. 3-5.
- Delgado Cintrón, Carmelo. «Los estudios jurídicos de Hostos en Madrid», en *Revista/Review Interamericana*, 28, 1988, núm. 34, pp. 29-35.
- . «Los escritos jurídicos de Hostos: la etapa española, 1857-1869', en *Hostos: Sentido y proyección de su obra en América*. Río Piedras, P. R., Instituto de Estudios Hostosianos y Universidad de Puerto Rico, 1995, pp. 185-244.
- Díaz Soler, Luis M. «Participación de Eugenio María de Hostos en el movimiento abolicionista puertorriqueño», en *La Torre*, Río Piedras P.R., 21, 1973, núms. 81-82, pp. 175-202.
- Elías de Tejada, Francisco. *Las doctrinas políticas de Eugenio María de Hostos*. Madrid, Cultura Hispánica, 1949.

- Fernández Méndez, Eugenio. «El pensamiento social de Eugenio María de Hostos», en *Revista de Ciencias Sociales*, 9, 1965, núm. 1, pp. 39-53.
- Ferrer Canales, José. «Hostos y Giner», en *Asomante*, San Juan de Puerto Rico, 21, 1965, núm. 4, pp. 7-28.
- . «Hostos y Varona», en Julio César López (ed.) *Hostos: Sentido y proyección de su obra en América*. Río Piedras P.R., Instituto de Estudios Hostosianos; Universidad de Puerto Rico, 1995, pp. 45-53.
- . *Antillanismo y anticolonialismo en Betances, Hostos y Máximo Gómez*. Río Piedras P.R., Oficina del Rector, Universidad de Puerto Rico, 1990.
- . *Martí y Hostos*. San Juan, Instituto de Estudios Hostosianos; Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, 1990.
- Figueroa, Loida. «Hostos y Betances», en *Revista del Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico Y el caribe*, 10, 1990, pp. 73-81.
- . «Eugenio María de Hostos y Bonilla, según su epistolario inédito», en Julio César López (ed.) *Hostos: Sentido y proyección de su obra en América*. Río Piedras P.R., Instituto de Estudios Hostosianos; Universidad de Puerto Rico, 1995, pp. 55-92.
- Florit, Eugenio. «Hostos, el sembrador apasionado», en *Revista Hispánica Moderna*, New York, 31, 1965, pp. 127-132.
- Franco, Pericles A. *Hostos y su ideal de una Confederación Antillana*. Santo Domingo, Caribe, 1970.

—Fránquiz, José. «La visión de Kant y el ensueño de Hostos», en Eugenio Carlos de Hostos (ed.) *Hostos, peregrino del ideal*. París, Ediciones literarias y gráficas, 1954, pp. 77-97.

—Gómez-Martínez, José Luis. «Hacia el 98: Hostos ante España y las Antillas», en <http://ensayo.rom.uga.edu>

—González, José Emilio. *Hostos as a Philosopher*. Diss. Boston University, 1940.

———. «Hostos y la idea de la Confederación de las Antillas», en *Revista Jurídica de la Universidad de Puerto Rico*, 55, 1986, núm. 2, s.a.

———. *Vivir a Hostos (Ensayos)*. San Juan, Comité Pro Celebración Sesquicentenario del Natalicio de Eugenio María de Hostos, 1989.

———. «Observaciones éticas sobre la moral social de Eugenio María de Hostos», en Julio César López (ed.) *Hostos: Sentido y proyección de su obra en América*. Río Piedras P.R., Instituto de Estudios Hostosianos; Universidad de Puerto Rico, 1995, pp. 351-360.

———. «Sentido americano de la obra de Hostos», en *Revista de Ciencias Sociales*, 6. 1962, núm. 3, pp. 307-320.

—González, José Luis. «Tres fundadores de la literatura puertorriqueña: Hostos, Brau, Zeno Gandía», en *Humanismo*, 48-49, 1958, pp. 96-115.

—González de la Rosa, Edelmira. «La peregrinación de Bayoán: introducción al tema antillano», en *Educación*, 14, 1965, núm. 14, pp. 59-78.

—Guerra Cunningham, Lucía. «Feminismo e ideología liberal en el pensamiento de Eugenio María de Hostos», en Julio César López (ed.). *Hostos: Sentido y proyección de su obra en América*. Río Piedras P.R., Instituto de Estudios Hostosianos; Universidad de Puerto Rico, 1995, pp. 361-374.

———. «Feminismo e ideología liberal en el pensamiento de Eugenio María de Hostos», en *Revista del Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico*, 12, 1991, pp. 18-24.

—Guitarte, Guillermo. «Los trabajos lingüísticos de Hostos», en *Filología*, Buenos Aires, 21, 1986, núm. 2, pp. 83-115.

—Gutiérrez Laboy, Roberto. *Hostos y su filosofía moral: Acercamiento a Moral social*. Puerto Rico, Sociedad Histórica de Lajas, 1992.

———. *Moral y lenguaje en Hostos: Un análisis de Moral social*. Diss. Rutgers University, 1991.

—Guzmán, Ramón A. «Los orígenes doctrinales de la obra jurídica de Hostos», en Julio César López (ed.). *Hostos: Sentido y proyección de su obra en América*. Río Piedras, Instituto de Estudios Hostosianos; Universidad de Puerto Rico, 1995, pp. 253-269.

—Hernández de Morman, Isabel. «Eugenio María de Hostos (1839-1903)», en *La novela criolla en las Antillas*. Nueva York, Plus Ultra, 1977, pp. 55-70.

—Henríquez Ureña, Camila. «La peregrinación de Eugenio María de Hostos», en Eugenio María de Hostos, *Obras*, La Habana, Casa de las Américas, 1976.

- . *Las ideas pedagógicas de Hostos y otros escritos*. Santo Domingo, Secretaría de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos, 1994.
- Henríquez Ureña, Pedro. «Ciudadano de América», en *Plenitud de América*. Buenos Aires, Peña, Del Giudice, 1952, pp. 137-143.
- . «La sociología de Hostos», en *La utopía de América*. Caracas, Ayacucho, 1989, pp. 276-272.
- Henríquez y Carvajal, Francisco. «La muerte de Hostos», en Manuel Maldonado-Denís (sel.). *Visiones sobre Hostos*. Caracas, Ayacucho, 1988, pp. 151-152.
- Hostos, Adolfo de. *Índice hemero-bibliográfico de Eugenio María de Hostos, 1863-1940*. San Juan, s.e., 1940.
- . *Tras las huellas de Hostos*. Río Piedras, Universidad de Puerto Rico, 1966.
- Hostos, Carlos de. *Hostos, peregrino del ideal*. París, Ediciones literarias y gráficas, 1954.
- Hostos. Sentido y proyección de su obra en América*. Ponencias presentadas en el *Primer Encuentro Internacional sobre el pensamiento de Eugenio María de Hostos*, celebrado en Puerto Rico del 2 al 7 de abril de 1989. Ed. Julio César López. San Juan de Puerto Rico, Instituto de Estudios Hostosianos, Universidad de Puerto Rico y Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1995.
- Lagmanovich, David. «La crítica literaria en Hostos», en *Sin Nombre*, San Juan de Puerto Rico, 3, 1973, núm. 3-4, pp. 23-29.

—Laguerre, Enrique. «Hostos y Martí», en *Polos en la cultura iberoamericana*. Boston, Florentia, 1977, pp. 137-147.

—*Lecturas puertorriqueñas*. Madrid, Plaza Mayor, 1974.

—Lipp, Salomón. «Releyendo a Hostos: algunas facetas de su ideario», en Julio César López, ed. *Hostos: Sentido y proyección de su obra en América*. Río Piedras P.R., Instituto de Estudios Hostosianos; Universidad de Puerto Rico, 1995, pp. 375-383.

—Llorens, Washington. «Hamlet visto por Hostos y Goethe», en *Boletín de la Academia de Artes y Ciencias de Puerto Rico*, 3, 1967, núm. 1, pp. 107-114.

—Lluch Mora, Francisco. «Breves consideraciones en torno a *La peregrinación de Bayoán* de Eugenio María de Hostos», en *Miradero. Ensayos de crítica literaria*. San Juan, Puerto Rico, Editorial Cordillera, 1966, pp. 11-19.

———. «Consideraciones en tomo a algunas páginas del Diario de Eugenio María de Hostos», en *Miradero. Ensayos de crítica literaria*, San Juan, Puerto Rico, Editorial Cordillera, 1966, pp. 25-35.

—López, Julio César. Prólogo a *La Peregrinación de Bayoán*. San Juan, Puerto Rico, Editorial San Juan, 1973, pp. 5-11.

———. *La dimensión antillanista en el epistolario de Eugenio María de Hostos*. Río Piedras, Instituto de Estudios Hostosianos, 1996.

—López, Julio César y Quiles-Calderín, Vivián. *La peregrinación de Bayoán*, proyecciones de una revisión». En *Revista del Instituto de Cultura Puertorriqueña*, 26, 1987, pp. 74-75.

—Lugo, Américo. «Los escritos literarios de Hostos», en Eugenio Carlos de Hostos (ed.). *Hostos, peregrino del ideal*. París, Ediciones Literarias y Artísticas, 1954.

—Lugo Guernelli, Adelaida. *Eugenio María de Hostos: Ensayista y Crítico Literario*. San Juan, Puerto Rico, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1970.

———. *Hostos y la literatura*. Cuadernos Hostosianos núm. 2. Río Piedras, P.R., Comité del Sesquicentenario de Eugenio María de Hostos, 1988.

—Magdaleno, Mauricio. *Hostos y Albizu Campos*. San Juan, Puerto Rico Libre, 1939.

———. «Hostos, acontecimiento de América», en Manuel Maldonado-Denís (sel.) *Visiones sobre Hostos*. Caracas, Ayacucho, 1988, pp. 196-199.

—Maldonado-Denís, Manuel. «Martí y Hostos: paralelismos en la lucha de ambos por la independencia de las Antillas en el siglo XIX», en *Revista del Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe*, 1, 1985, pp. 105-114.

———. Selección, prólogo y notas. *Visiones sobre Hostos*. Caracas, Ayacucho, 1988.

———. «Eugenio María de Hostos y el krausismo en América Latina», en *El krausismo y su influencia en América Latina*. Madrid, Calatrava, 1989. 169-186.

—. *Eugenio María de Hostos y el pensamiento iberoamericano*. México, Fondo de Cultura Económica, 1992.

—Márquez Rodríguez, Alexis. «El estilo literario de Eugenio María de Hostos», en Julio César López (ed.). *Hostos: Sentido y proyección de su obra en América*. Río Piedras P.R., Instituto de Estudios Hostosianos; Universidad de Puerto Rico, 1995, pp. 541-552.

—Martín, José Luis. «Hostos escritor», en *Revista de Instituto de Cultura Puertorriqueña*, 50, 1971, pp. 16-20.

—Massuh, Victor. «Hostos y la filosofía», en Eugenio Carlos de Hostos (ed.). *Hostos, peregrino del ideal*. París: Ediciones literarias y gráficas, 1954, pp. 53-75.

—. «Hostos y el positivismo hispanoamericano», en *América como inteligencia y pasión*. México: Tezontle, 1985. 11-36.

—Mead, Robert G. «Montalvo, Hostos y el ensayo hispanoamericano», en *Hispania*, 39, 1956, núm. 1, pp. 56-62.

—Meléndez, Concha. «Hostos y la naturaleza de América», en Comisión Pro Celebración del Centenario. *América y Hostos*. La Habana, Cultural, 1939, pp. 79-95.

—Méndez, José Luis. «La actualidad del pensamiento de Eugenio María de Hostos», en Julio César López (ed.). *Hostos: Sentido y proyección de su obra en América*. Río Piedras P.R., Instituto de Estudios Hostosianos; Universidad de Puerto Rico, 1995, pp. 657-664.



- . «Las ideas estéticas de Eugenio María de Hostos», en Manuel Maldonado-Denís (sel.). *Visiones sobre Hostos*. Caracas, Ayacucho, 1988, pp. 407-422.
- Mistral, Gabriela. «Una biografía de Hostos», en Comisión Pro Celebración del Centenario. *América y Hostos*. La Habana, Cultural, 1939, pp. 39-45.
- Mora, Gabriela. *Hostos intimista: Introducción a su diario*. San Juan, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1976.
- . «Hostos y la mujer», en Julio César López (ed.). *Hostos: Sentido y proyección de su obra en América*. Río Piedras P.R., Instituto de Estudios Hostosianos; Universidad de Puerto Rico, 1995, pp. 707-720.
- Morales, Angel Luis. «E. M. de Hostos: Apuntes sobre su obra literaria», en *Asomante*, San Juan de Puerto Rico, 11, 1946, núm. 2, pp. 66-92.
- Morales Nieves, Alfredo. *El pensamiento americanista en Eugenio María de Hostos*. Diss. University of California at Davis, 1987.
- . «La realidad social en *Mi viaje al sur*», en *Revista del Instituto de Cultura Puertorriqueña*, 26, 1987, núms. 95-96, pp. 44-50.
- Morejón, Nancy. "Graciela Azcárate, Hostos y Bosh en barco de papel por casa», en *Granma*, La Habana, 25 de septiembre de 1988, p. 5.
- Oraa, Luis M. *Hostos y la literatura*. Santo Domingo, Taller, 1982.
- Ortiz, Nilda S. «Naturaleza y paisajes en *La peregrinación de Bayoán*: galería de espejos en la

- conciencia hostosiana», en *Revista del Instituto de Cultura Puertorriqueña*, 1987, núms. 95-96, pp. 84-87.
- Oyola de Calderón, Caridad. «La educación integral según Hostos», en Julio César López (ed.). *Hostos: Sentido y proyección de su obra en América*. Río Piedras P.R., Instituto de Estudios Hostosianos; Universidad de Puerto Rico, 1995. 285-305.
- Pedreira, Antonio S. *Hostos ciudadano de América*. Río Piedras P. R., Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1964; Río Piedras P.R., Edil, 1976..
- Pimentel, Miguel A. *Hostos y el positivismo en Santo Domingo (filosofía y política)*. Santo Domingo, Universidad Autónoma, 1981.
- Pino Iturrieta, Elías. «Hostos en Venezuela. Aproximación a su obra», en Julio César López, ed. *Hostos: Sentido y proyección de su obra en América*. Río Piedras P.R., Instituto de Estudios Hostosianos; Universidad de Puerto Rico, 1995, pp. 93-102.
- Pozzi, Pablo. «Hostos, el panamericanismo y la sociedad política argentina 1873-1874', en Julio César López (ed.). *Hostos: Sentido y proyección de su obra en América*. Río Piedras, Instituto de Estudios Hostosianos; Universidad de Puerto Rico, 1995, pp. 721-745.
- Reyes Dávila, Marcos. «Hostos: Una literatura para la liberación», en *Exégesis*, 3, 1989, núm. 7, pp. 19-26.
- . «Hostos: la llamarada escrituraria», en Julio César López (ed.). *Hostos: Sentido y proyección de su*

*obra en América*. Río Piedras, Instituto de Estudios Hostosianos; Universidad de Puerto Rico, 1995, pp. 553-566.

—Reyes Ramos, América y Jorge María Rusalleda Bercedóniz. «El ideal de la Confederación de las Grandes Antillas Españolas en Eugenio María de Hostos y José Mantí», en *Revista del Instituto de Cultura Puertorriqueña*, 16, 1973, núm. 58, pp. 39-55.

—Rivera, Juan Manuel. «*La peregrinación de Bayoán*: fragmentos de una lectura disidente», en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*. Lima, 15, 2º semestre 1989, núm. 30, pp. 39-55.

———. *Ibidem*, en *Revista de Estudios Generales*, 4, 1989-1990, núm. 4, pp. 43-66..

—Rivera, Ángel. «*La peregrinación de Bayoán*, de Eugenio María Hostos: viaje de retorno al caos», en *Revista Canadiense de Estudios Hipánicos*, 17, 1993, núm. 3, pp. 525-535.

———. *Eugenio María de Hostos y Alejandro Tapia y Ribera: Avatares de una modernidad caribeña*. New York, Peter Lang, 2001.

—Rivera Nieves, Irma. «El tema de la mujer en el pensamiento hostosiano», en *Exégesis*, 3, 1989, núm. 7, pp. 39-45.

———. *El tema de la mujer en el pensamiento social de Eugenio María de Hostos*. San Juan, Decanato de Estudios Graduados e Investigación; Instituto de Estudios Hostosianos, 1992.

- Rodríguez Bustamante, Norberto. «Hostos y su actualidad en el continente americano" , en Julio César López (ed.). *Hostos: Sentido y proyección de su obra en América*. Río Piedras P.R., Instituto de Estudios Hostosianos; Universidad de Puerto Rico, 1995, pp. 469-473.
- Rodríguez Demorizi, Emilio. *Hostos en Santo Domingo*. Ciudad Trujillo, García, 1939.
- . *Luperón y Hostos*. Ciudad Trujillo, Montalvo, 1939.
- Rodríguez de Lecea, Teresa. «El krausismo y Latinoamérica», en Julio César López (ed.). *Hostos: Sentido y proyección de su obra en América*. Río Piedras P.R., Instituto de Estudios Hostosianos; Universidad de Puerto Rico, 1995, pp. 475-502.
- Rodríguez Ozán, María Elena. «Hostos y el nacionalismo latinoamericano», en Julio César López (ed.) *Hostos: Sentido y proyección de su obra en América*. Río Piedras P.R., Instituto de Estudios Hostosianos; Universidad de Puerto Rico, 1995, pp. 503-507.
- Roig de Leuchsenring, Emilio. *Hostos y Cuba*. La Habana, Ciencias Sociales, 1974.
- . «Hostos y Martí, dos ideologías antillanas concordantes», en Manuel Maldonado-Denís (sel). *Visiones sobre Hostos*. Caracas, Ayacucho, 1988, pp. 533-545.
- Rojas Osorio, Carlos. «Ideas filosóficas de Eugenio María de Hostos», en *Revista del Instituto de Cultura Puertorriqueña*, 26, 1987, núms. 95-96, pp. 63-70.

- . *Hostos: Apreciación filosófica*. Humacao, Colegio Universitario, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1988.
- . «El concepto de historia en Eugenio María de Hostos», en Julio César López (ed.) *Hostos: Sentido y proyección de su obra en América*. Río Piedras P.R., Instituto de Estudios Hostosianos; Universidad de Puerto Rico, 1995, pp. 385-402.
- . «El concepto de naturaleza y ética ecológica en Hostos», en *Revista de Estudios Generales*, 8, 1993-1994, núm 8, pp. 311-325.
- . «Hostos y la identidad caribeña», en *Caribbean Studies*, 25, 1992, núms. 1-2, pp. 133-145.
- Román, Ángel M. «El tema del deber en tres vivencias: la patria, la familia y el amor profano», en *Humanidades*, 8, 1974, núm. 8, pp. 41-44.
- Romeu Fernández, Raquel. *Eugenio María de Hostos, antillanista y ensayista*. Madrid, Seminario de Estudios Americanistas, Universidad de Madrid, 1959.
- Rosa, Richard. «Hostos en el mercado: Raza y nación en *Mi viaje al sur*», en *Revista Iberoamericana*, 63, 1997, núms. 178-179, pp. 193-208.
- . «Comentarios a Doris Sommer: *Puerto Rico a flote desde Hostos hasta hoy*», en *Op. cit.*, *El Caribe entre imperios (Coloquio de Princeton)*. Ed. Arcadio Díaz Quiñones. Río Piedras, P.R., Universidad de Puerto Rico y Comité del centenario del 98, 1997, núm. 9, pp.
- Rosa de González, Edelmira. «*La peregrinación de Bayoán*. Introducción al tema antillano», en *Educación*,

San Juan, Puerto Rico, 14, 1965, pp. 59-78.

—Ruano, Argimiro. *Hostos según Hostos. Mayagüez, Ediciones Sesquicentenario, Centro Cultural Eugenio María de Hostos, 1992.*

—Sambrano Urdaneta, Oscar. «Hostos y Venezuela», en Julio César López (ed.) *Hostos: Sentido y proyección de su obra en América*. Río Piedras P.R., Instituto de Estudios Hostosianos; Universidad de Puerto Rico, 1995, pp. 115-163.

—Soto, Norberto. *Hostos y la realidad coyuntural de las Antillas*. Santo Domingo, Taller, 1985.

—Soto Crespo, Ramón. «Infiernos imaginarios», en *Modern Fiction Studies*, 44, 1998, núm. 1, pp. 215-239.

—Terán, Oscar. «La nación en la Sociología y la Moral social de Hostos», en Julio César López (ed.) *Hostos: Sentido y proyección de su obra en América*. Río Piedras P.R., Instituto de Estudios Hostosianos; Universidad de Puerto Rico, 1995, pp. 403-413.

—Vázquez, Carmen. «Los trabajos y los días. Hostos en París (1868 y 1869)», en Julio César López (ed.) *Hostos: Sentido y proyección de su obra en América*. Río Piedras P.R., Instituto de Estudios Hostosianos; Universidad de Puerto Rico, 1995, pp. 165-181.

—Villanueva Collado, Alfredo. «Eugenio María de Hostos ante el conflicto modernismo/modernidad», en *Caribbean Studies*, Instituto de Estudios del Caribe, UPR, 25, 1992, núms. 1-2, pp. 147-158.

—Villarini, Ángel R. «La enseñanza orientada al

desarrollo del pensamiento según Eugenio María de Hostos», en Julio César López (ed.). *Hostos: Sentido y proyección de su obra en América*. Río Piedras, Instituto de Estudios Hostosianos; Universidad de Puerto Rico, 1995, pp. 307-326.

—Waltzer, Hildreth N. *The Inner Pilgrimage of Eugenio María de Hostos as seen through Bayoán*. Diss. New York University, 1976.

—Zea, Leopoldo. «Hostos como conciencia latinoamericana», en Julio César López (ed.). *Hostos: Sentido y proyección de su obra en América*. Río Piedras, Instituto de Estudios Hostosianos; Universidad de Puerto Rico, 1995, pp. 509-518.

#### **d) Otros estudios citados**

—Adam, Jean-Michel y André, PetitJean. *Le texte descriptif. Poétique historique etinguistique textuelle*. París, Nathan, 1989.

—Aguinaldo puertorriqueño. Barcelona, Gimbernat y Dalmau, 1843.

—Ainsa, Fernando. *De la Edad de Oro al Dorado. Génesis del discurso utópico americano*. México, Fondo de Cultura Económica, 1992.

———. *La reconstrucción de la utopía*. Pról. de Federico Mayor. México, Correo de la Unesco, 1999.

———. *Espacios del imaginario latinoamericano. Propuestas de geopoética*. La Habana, Arte y Literatura, 2002.

- Alborg, Juan Luis. *Historia de la Literatura Española. IV. Romanticismo*. Madrid, Gredos, 1980.
- Historia de la Literatura Española V. Realismo y Naturalismo*. Madrid, Gredos, 1996.
- Alonso, Manuel A. *El Gíbaro*. Río Piedras, Edil, 1983.
- Álvarez, Silvia. *El afán modernista: la constitución de la discursividad moderna en Puerto Rico (siglo XIX)*. San Juan de Puerto Rico, Callejón, 2001.
- Aponte, Marta. *Tapia ayer y hoy. Edición conmemorativa 1882-1982*. Santurce, Universidad del Sagrado Corazón, 1982.
- Artigas-Sanz, Carmen de. *El libro romántico en España*. Madrid, C.S.I.C., 1953, 4 vols.
- Bachelard, Gaston. *El agua y los sueños*. México, Fondo de Cultura Económica, 1994.
- Badía, Juan Ferrando. *Historia político-parlamentaria de la República de 1873*. Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1973.
- Béguin, Albert. *El alma romántica y el sueño. Ensayo sobre el romanticismo alemán y la poesía francesa*. México, Fondo de Cultura Económica, 1954.
- Bueno, Salvador. «Domingo Delmonte como crítico», en *La crítica literaria cubana del siglo XIX*. La Habana, Letras Cubanas, 1979, pp.32-50.
- . *José Martí y su periódico «Patria»*. Barcelona, Puvill Libros, 1997.
- Caballero, María. «La casa de la laguna: familia y nación en Rosario Ferré», en *Ficciones isleñas*.



*estudios sobre la literatura de Puerto Rico*. San Juan de Puerto Rico, Editorial de la Universidad, 1999, pp. 103-128.

—Carilla, Emilio. *El Romanticismo en la América Hispánica*. Madrid, Gredos, 1967, 2 vols.

—Céspedes del Castillo, Guillermo. *Historia de España. Textos y documentos de la América Hispánica (1492-1898)*. Barcelona, Labor, 1986.

—Cirlot, Juan-Eduardo. *Diccionario de símbolos*. Barcelona, Labor, 1985, 6ª ed.

—Córdova Iturregui, Félix. «El Jíbaro de Manuel Alonso: la textura de los silencios elocuentes», en *Revista de Estudios Hispánicos*. Río Piedras, P.R., 14, 1997, núm. 1, pp. 139-156.

—Corwin, S. *Spain and the Abolition of Slavery in Cuba 1781-1886*. Austin, University of Texas, 1967.

—Couégnas, Daniel. *Introduction à la paralittérature*. París, Seuil, 1992.

—De la Gándara, José. *Anexión y guerra de Santo Domingo*. Madrid, 1884.

—Díaz Soler, Luis Manuel. *Historia de la esclavitud negra en Puerto Rico*. San Juan de Puerto Rico, Publicaciones de la Universidad, 1965 (2ª ed. 1974).

—Esteban, Ángel. *La modernidad literaria. De Bécquer a Martí*. Granada, Impredisur, 1992.

———. *Donde no habite el olvido. La influencia de Bécquer en Hispanoamérica*. Pról. de Vicente Sabido. Granada, 1994.

- Fernández Méndez, Eugenio. *Crónicas de Puerto Rico. desde la conquista hasta nuestros días (1493-1955)*. San Juan de Puerto Rico, El Cemí, 1995.
- . *Historia cultural de Puerto Rico 1493-1968*. San Juan de Puerto Rico, El Cemí, 1995.
- Ferrerías, Juan Ignacio. *La novela por entregas 1840-1870*. Madrid, Taurus, 1972.
- . *Introducción para una sociología de la novela española del siglo XIX*. Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1973.
- Foscolo, Hugo. *Ultime lettere di Jacopo Ortis*. Milano, Garzanti, 1974 (e.o. 1799, 1802).
- Genette, Gérard. *Palimpsestes. La littérature au second degré*. París, Seuil, 1982.
- . *Seuils*. París, Seuil, 1987.
- Gerbi, Antonello. *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica (1750-1900)*. México, Fondo de Cultura Económica, 1982.
- Giner de los Ríos. *Estudios de literatura y arte*. Madrid, 1919.
- Goethe, Joham W. *Los sufrimientos del joven Werther*, en *Obras completas*. Recopilación, traducción, estudio preliminar, preámbulo y notas de Rafael Cansinos Assens. Madrid, Aguilar, 1974, tomo I.
- González, Beatriz; Lasarte, Javier; Montaldo, Graciela y Daroqui, María Julia (comp.). *Esplendores y miserias del siglo XIX. Cultura y sociedad en América Latina*. Caracas, Monte Ávila, Latinoamericana,

Equinoccio y Ediciones de la Universidad Simón Bolívar, 1995.

—González Stephan, Beatriz. *Fundaciones: canon, historia y cultura nacional. La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*. Madrid, Iberoamericana, 2002.

—Guerra, François Xavier y Quijada, Mónica. *Imaginar la nación*. Münster, Lit y Ahila, Cuadernos de Historia Latinoamericana, 1994.

—Hock, Leo LH. *La Marque du titre*. La Haya, Mouton, 1982.

—Labra, Rafael María. *La Sociedad Abolicionista Española (su fundación, sus periodos históricos, sus hombres, sus éxitos)*. Madrid, 1908.

———. *El Ateneo de Madrid 1835-1905*. Madrid, Alonso, 1906.

—Lane, Philippe. *La périphérie du texte*. París, Nathan Université, 1992.

—López Morillas, Juan. *El krausismo español, perfil de una aventura intelectual*. México, Fondo de Cultura Económica, 1980, 2ª ed.

———. *Hacia el 98: literatura, sociedad, ideología*. Barcelona, Ariel, 1972

———. «Una crisis de la conciencia española: krausismo y religión» y «Una afinidad electiva: G. de Azcárate y W.E. Channing», en *Hacia el 98...*, pp. 119-160 y 161-180, respectivamente.

—Meléndez, Concha. *La novela indianista en*

*Hispanoamérica*. Madrid, Hernando, 1933

—Menéndez Pelayo, Marcelino. *Historia de los heterodoxos españoles*. Madrid, BAC, 1978, 3ª ed.

—Montaldo, Graciela. «El cuerpo de la patria: espacio, naturaleza y cultura en Bello y Sarmiento», en *Esplendores y miserias del siglo XIX: Cultura y sociedad en América Latina*. Caracas, Monte Ávila, Latinoamericana, Equinoccio y Ediciones de la Universidad Simón Bolívar, 1995, pp.

—Montesinos, José. *Introducción a una historia de la novela en España en el siglo XIX. seguida del esbozo de una bibliografía española de traducciones de novelas (18–1850)*. Madrid, Castalia, 1960, 3ª ed. corr. y aum.

—Núñez Ruíz, Diego. *La mentalidad positiva en España: desarrollo y crisis*. Madrid, Túcar, 1975.

—Op. Cit. *El Caribe entre imperios (Coloquio de Princeton)*. Ed. Arcadio Díaz Quiñones. *Revista del Centro de investigaciones Históricas*. Río Piedras, Universidad de Puerto Rico, núm. 9, 1997.

—Palacios, Juan Miguel. «La Filosofía de Kant en la España del siglo XIX», en *Kant in der Hispanidad*. Eds. Jorge Eugenio Dotti, Harald Holz y Hans Radermacher. Bern, Peter Lang, 1988, pp. 171-208.

—Ortega, Marie-Linde (ed.). *Escribir en España entre 1840 y 1876*. Madrid, Librería Visor-Fundación Duques de Soria y Presses Universitaires de Marne-La-Vallée, 2002.

—Paz, Octavio. *Los hijos del limo. Del romanticismo a la vanguardia*. Barcelona, Seix Barral, 1974.

—Pérez Ortiz, Melanie. «Historias privadas, litigios públicos: El *Aguinaldo puertorriqueño* de 1843', en *Revista de Estudios Hispánicos*, Río Piedras, P.R., 29, pp. 5-14.

—Quijada, Mónica. «¿Qué nación? Dinámicas y dicotomías de la nación en el imaginario hispanoamericano del siglo XIX», en *Imaginar la nación*. Coord. François Xavier Guerra y Quijada, Mónica. Münster, Lit y Ahila, Cuadernos de Historia Latinoamericana, 1994.

—Rama, Carlos M. *Historia de las relaciones culturales entre España y ñla América Latina. Siglo XIX*. México, Fondo de Cultura Económica, 1982.

———. *La independencia de las Antillas y Ramón Emeterio Betances*. San Juan de Puerto Rico, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1980.

——— (ed.). *Las Antillas para los antillanos*. San Juan de Puerto Rico, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1975.

—Rama, Ángel *La ciudad letrada*. Hanover, Eds. del Norte, 1984.

—Ramos, Demetrio. «El antillanismo extremista: Betances y los *velos* que cubrieron la muerte de Cánovas», en *Cuba, Puerto Rico y Filipinas en la perspectiva del 98*. Curso de verano de El Escorial dirigido por Demetrio Ramos y Emilio de Diego. Madrid, Universidad Complutense, 1997, pp. 73-110.

- Revista Iberoamericana. Siglo XIX. Fundación y fronteras de la ciudadanía.* Pittsburgh, 63, enero-junio 1997, núms. 178-179.
- Rivas, Mercedes. *Literatura y esclavitud en la novela hispanoamericana del siglo XIX.* Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1990.
- Rivera, Ángel. «Siglo XIX. Alejandro Tapia y *Mis memorias*: tecnologías del martirio y de la configuración del yo», en *Revista de Estudios Hispánicos.* Río Piedras, P.R., 23, 1996, pp. 275-294.
- Romero, José Luis. *Latinoamérica, las ciudades y la ideas.* Buenos Aires, Siglo XXI, 1976.
- Romero Tobar, Leonardo. *Historia de la Literatura Española siglo XIX (II).* Madrid, Espasa-Calpe, 1998.
- . *La novela popular española del siglo XIX.* Madrid, Ariel y Fundación Juan March, 1976.
- Rubio Cremades, Enrique. *Panorama crítico de la novela realista-naturalista española.* Madrid, Castalia, 2001.
- Rukser, Udo. *Goethe in der Spanischen Welt.* Stuttgart, 1958.
- Rupérez, Paloma. *La cuestión universitaria y la noche de San Daniel.* Pról. de Manuel Tuñón de Lara. Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1975.
- Sánchez-Arcilla Bernal, José. «Apuntes para el estudio de la Capitanía General de Cuba durante el siglo XIX», en *Cuba, Puerto Rico, Filipinas en la perspectiva del 98.* Curso de verano de El Escorial

dirigido por Demetrio Ramos y Emilio de Diego. Madrid, Universidad Complutense, 1997, pp. 163-214.

—Sabry, R. «Quand le texte parle du paratexte», en *Poétique*. París, febrero 1987, núm. 69.

—Sanz del Río (1814-1869). *Apunte biográfico por Francisco Giner de los Ríos. Documentos. Diario y Epistolario preparados con una introducción por Pablo de Azcárate*. Madrid, Tecnos, 1969.

—Schenk, H.G. *El espíritu de los románticos europeos. Ensayo sobre la historia de la cultura*. México, Fondo de Cultura Económica, 1983.

—Sevilla, Soler, María Rosario. *Las Antillas y la independencia de la América española (1808-1826)*. Madrid-Sevilla, C.S.I.C., y Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1986.

—Soler, Ricaurte. *Idea y cuestión nacional latinoamericana. De la independencia a la emergencia del imperialismo*. México, Siglo XXI, 1980.

—Sommer, Doris. *Foundational Fictions. Th National Romances of Latin America*. Berkeley, University of California Press, 1993.

—Suárez Díaz, Ada. *El Antillano. Biografía del Dr. Ramón Emeterio Betances 1827-1898*. San Juan de Puerto Rico, Instituto de Estudios Avanzador de Puerto Rico y el Caribe, 1988.

—Suárez Murias, Marguerite. *La novela romántica en Hispanoamérica*. New York, Hispanic Institute, 1963.

—Varela Jácome, Benito. *Estructuras novelísticas del siglo XIX*. Barcelona, Clásicos y ensayos, col Aubí, 1974.

—Wentzlaff-Eggebert, Christian. «Literatura americana o literatura nacional: problemas de legitimación después de la independencia», en *Problemas de la formación del estado y de la nación en Hispanoamérica*. Ed. Inge Buisson. Köln, Böhlau, Verlag GmbH and Cie, 1984, pp. 279-288.

—Yáñez, Mirta. *La novela romántica latinoamericana*. La Habana, Casa de las Américas, 1978.

—Zavala, Iris. *Ideología y política en la novela española del siglo XIX*. Madrid, Anaya, 1971.

—Zea, Leopoldo. *Descubrimiento e identidad latinoamericana*. México, UNAM, 1990

———. *El positivismo en México*. México, 1943.

———. *Apogeo y decadencia del positivismo en México*. México, 1944.

———. *El pensamiento latinoamericano*. Barcelona, Ariel, 1976.





## CUADERNOS PUBLICADOS

1. OSORIO TEJEDA, Nelson, *Las letras hispanoamericanas en el siglo XIX*, prólogo de José Carlos Rovira, Cuadernos de América sin nombre, nº 1, Alicante, Universidad de Alicante / Editorial Universidad de Santiago, 2000.
2. HACHIM LARA, Luis, *Tres estudios sobre el pensamiento crítico de la ilustración americana*, prólogo de Nelson Osorio, Cuadernos de América sin nombre, nº 2, Alicante, Universidad de Alicante / Editorial Universidad de Santiago, 2000.
3. MATAIX AZUAR, Remedios, *Para una teoría de la cultura: la expresión americana de José Lezama Lima*, prólogo de José Carlos Rovira, Cuadernos de América sin nombre, nº 3, Alicante, Universidad de Alicante, 2000.
4. MENDIOLA OÑATE, Pedro, *Buenos Aires entre dos calles. Breve panorama de la vanguardia poética argentina*, prólogo de Remedios Mataix, Cuadernos de América sin nombre, nº 4, Alicante, Universidad de Alicante, 2001.

5. GARCÍA IRLLES, Mónica, *Recuperación mítica y mestizaje cultural en la obra de Gioconda Belli*, prólogo de Carmen Alemany, Cuadernos de América sin nombre, nº 5, Alicante, Universidad de Alicante, 2001.
6. PASTOR, Brígida, *El discurso de Gertrudis Gómez de Avellaneda: identidad femenina y otredad*, prólogo de Nara Araújo, Cuadernos de América sin nombre, nº 6, Alicante, Universidad de Alicante, 2002.
7. VV.AA., *Desafíos de la ficción*, prólogo de Eduardo Becerra, Cuadernos de América sin nombre, nº 7, Alicante, Universidad de Alicante, 2002.
8. VALERO JUAN, Eva M<sup>a</sup>, *Rafael Altamira y la «reconquista espiritual» de América*, prólogo de M<sup>a</sup> Ángeles Ayala, Cuadernos de América sin nombre, nº 8, Alicante, Universidad de Alicante, 2003.
9. ARACIL VARÓN, M<sup>a</sup> Beatriz, *Abel Posse: de la crónica al mito de América*, prólogo de Carmen Alemany Bay, Cuadernos de América sin nombre, nº 9, Alicante, Universidad de Alicante, 2004.
10. PIZARRO, Ana, *El sur y los trópicos*, prólogo de José Carlos Rovira, Cuadernos de América sin nombre, nº 10, Alicante, Universidad de Alicante, 2004.
11. PELOSI, Hebe Carmen, *Rafael Altamira y la Argentina*, prólogo de Miguel Ángel de Marco, Cuadernos de América sin nombre, nº 11, Alicante, Universidad de Alicante, 2005.





ISBN 84-7908-828-1



9 788479 088286



Universitat d'Alacant  
Universidad de Alicante